

Samir Amin parte aquí de un Marx sin fronteras. Sin límites. Sin ismos. Afirmando que el materialismo histórico constituye la esencia del marxismo, y considerando por tanto que las leyes económicas del capitalismo tienen un estatus epistemológico que las subordina a las del materialismo histórico, establece que no hay leyes económicas más que en el mundo capitalista, y por tanto la “ciencia económica” no es una ciencia general de los modos de producción, sino la ciencia particular del modo capitalista.

Sin embargo las leyes económicas del capitalismo tienen una existencia objetiva, y estas leyes se rigen en última instancia por la ley del valor.

Una contribución esencial de Samir Amin al desarrollo de la teoría, ofrecida en este libro, es la relativa al *paso de la ley del valor a la ley del valor mundializada*, basada en la jerarquización –también ella mundializada– de los precios de la fuerza de trabajo en torno a su valor. Una ley del valor mundializada coherente con los fundamentos de la ley del valor descubierta por Marx propia del capitalismo, por una parte, y con las realidades del desarrollo mundializado desigual, por otra.

Asociada a las prácticas de gestión del acceso a los recursos naturales, esta mundialización del valor constituye el fundamento actual de la renta imperialista.

elviejotopo.com

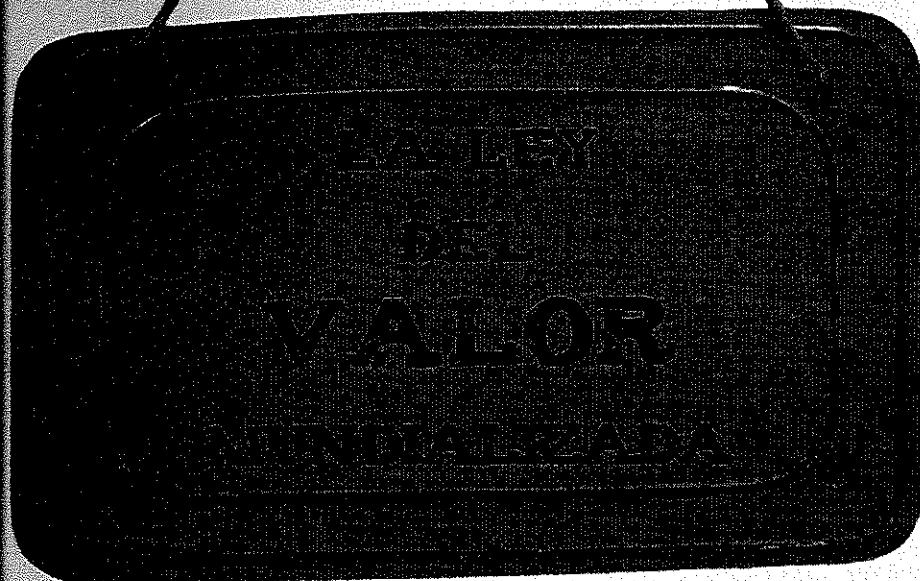


9 788415 216414

LA LEY DEL VALOR MUNDIALIZADA // SAMIR AMIN

EL VIEJO TOPO

SAMIR AMIN



Por un Marx sin fronteras

EL VIEJO TOPO

SAMIR AMIN

LA LEY DEL VALOR MUNDIALIZADA

Por un Marx sin fronteras

EL VIEJO TOPO

Introducción

Marx sin fronteras

1

Marx no es “un” filósofo, “un” historiador, “un” economista, un “politólogo”, “un” sociólogo. Ni siquiera es un sabio de primera magnitud en cada una de estas disciplinas. Y todavía menos un universitario de talento que habría preparado un buen plato multidisciplinar con todos estos ingredientes. Marx se sitúa de entrada mucho más allá. Marx inicia la crítica radical de los tiempos modernos, y en primer lugar la del mundo real. Esta crítica radical del capitalismo exige y permite descubrir el fundamento de la alienación mercantil y de la explotación del trabajo (indisociables). El estatus fundamental del concepto de valor emerge de esta crítica radical; solamente así es posible entender las leyes objetivas que gobiernan la reproducción del sistema, subyacentes a los movimientos de superficie que aprehende la observación directa de la realidad. Y después las de los discursos que conforman esta realidad, los discursos de la filosofía, de la economía, de la sociología, de la política. Esta crítica radical desvela entonces su auténtica naturaleza, que, en última instancia, sigue siendo apologética, legitimadora de las prácticas del poder dominante del capital.

“Ser marxista”, para mí, consiste en proseguir la obra iniciada solamente por Marx, aunque este inicio haya sido de una potencia sin igual. No consiste en quedarse en Marx, sino en partir de él (*La*

© Samir Amin, 2011

Título original: *La Loi de la valeur mondialisée*

Traducción de Josep Sarret

Revisión de Ramón Sánchez Tabarés

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo

Diseño: Miguel R. Cabot

ISBN: 978-84-15216-41-4

Déposito Legal: B-28239-2012

Imprime: Publidisa

Impreso en España

crisis. Salir de la crisis del capitalismo o del capitalismo en crisis, p. 185 y ss.).

Marx no es un gurú. Ni un profeta en el que todas las conclusiones que haya podido sacar de su ambición de hacer esta doble crítica radical de la realidad y de sus lecturas son necesariamente "correctas", "definitivas", lo que transformaría su obra en una teoría cerrada, conclusa. Marx no tiene fronteras porque la crítica radical que él inicia carece ella misma de fronteras, es siempre incompleta, es necesariamente objeto de su propia crítica ("someter el marxismo formulado en un momento dado a la crítica marxista"), tiene que enriquecerse incesantemente con la crítica radical de lo que el sistema real produce de nuevo como nuevos campos abiertos al conocimiento.

Pero Marx ha creado escuela. Las escuelas de los marxismos históricos se han constituido siguiendo su estela, se han enfrentado, han combatido (a menudo con violencia) como lo hacen todas las escuelas teológicas. Sus exégesis son "antimarxismo" por naturaleza. El marxista solo puede ser un marxista independiente. Quienes han tratado de serlo hasta un pasado no muy lejano han sido siempre tildados de "desviacionistas" por las escuelas de los marxismos teológicos. La posición en que se encuentran hoy tal vez no es tan incómoda.

El caso es que los marxismos históricos que han ocupado el primer plano han sido por ello mismo lo que no dudo en calificar de "marxismo vulgar". De un modo general, este marxismo vulgar yuxtapone dos discursos.

Existiría por una parte una ciencia económica correcta, la economía política marxista, crítica y complemento de la ciencia económica ricardiana considerada insuficiente y en oposición absoluta a la supuesta ciencia económica llamada neoclásica, discurso ideológico sin valor científico. Y existiría por otra parte una ciencia de

las sociedades, el materialismo histórico, basado en una proposición fundamental: que la lucha de clases es el motor de la historia. Estos dos capítulos del marxismo serían complementarios. Su unidad procedería de la del método común que los inspira: la filosofía del materialismo dialéctico. Nuestro propósito aquí no es refutar esta lectura del marxismo y sustituirla por otra, sino simplemente examinar cómo se articulan en el capitalismo las leyes económicas y las luchas de clases.

El subtítulo de *El Capital* —"Crítica de la economía política"— no significa "crítica de una economía mala" (ricardiana) a sustituir por una crítica "buena" (marxiana), sino crítica de la supuesta ciencia económica, denuncia de su auténtica naturaleza (el discurso de la burguesía sobre su propia práctica) y por tanto de su estatus epistemológico, denuncia de sus límites e invitación a comprender que esta supuesta ciencia que quisiera ser autónoma respecto al materialismo histórico no puede serlo.

Nuestra tesis es, pues: 1º) que el materialismo histórico constituye la esencia del marxismo, y que, por consiguiente, 2º) que las leyes económicas del capitalismo tienen un estatus epistemológico que las subordina a las del materialismo histórico; 3º) que las leyes económicas tienen, por otra parte, un estatus teórico en el modo capitalista diferente del que tienen en los modos precapitalistas, e incluso, 4º) que, hablando con propiedad, no hay leyes económicas más que en el mundo capitalista y que por tanto la "ciencia económica" no es una ciencia general de los modos de producción, sino la ciencia particular del modo capitalista; 5º) que las leyes económicas del capitalismo tienen una existencia objetiva; y finalmente, 6º) que estas leyes se rigen en última instancia por la ley del valor.

Así, para nosotros, la lucha de clases en el capitalismo en general y en el sistema imperialista mundial en particular opera sobre una base económica determinada y modifica a su vez esta base.

Las proposiciones aquí formuladas se desarrollarán en este libro y afectarán a los dominios principales relativos a: 1º) la acumulación en el modo de producción capitalista (capítulo 1); 2º) el equilibrio monetario y la teoría del tipo de interés (capítulo 2); 3º) el reparto del excedente entre capitalistas y hacendados y la teoría de la renta de la tierra (capítulo 3); 4º) la acumulación a escala mundial en el sistema imperialista, la jerarquización de los precios de la fuerza de trabajo y la renta imperialista (capítulo 4).

2

Yo fui un lector precoz de Marx. Hice esta lectura del *El Capital* y de las demás obras de Marx y Engels disponibles en francés de una forma que creo poder calificar de atenta durante mis estudios universitarios, entre 1948 y 1955. Elegí asimismo leer atentamente a los autores criticados por Marx (Smith, Ricardo, Bastiat, Say y otros) en vez de contentarme con los “cursos universitarios” de economía que presentaban sus tesis.

Este trabajo me produjo ciertamente una gran satisfacción intelectual y me convenció de la fuerza del pensamiento de Marx. Pero al mismo tiempo me dejó con ganas de más, puesto que me planteaba una cuestión central, la del “subdesarrollo” (término nuevo que entonces empezaba a utilizarse) de las sociedades contemporáneas de Asia y África, para la que no encontraba la respuesta en Marx. Los textos que leí más tarde, cuando fueron publicados en francés por vez primera en 1960 —los *Grundrisse*— dejaron igualmente sin saciar mi apetito intelectual.

Lejos de “abandonar” a Marx y de considerarlo “superado”, llegué simplemente a la conclusión de que su obra había quedado inacabada. Marx no había podido completar su obra como se había

propuesto hacerlo, entre otras cosas debido, por una parte, a la integración en su análisis de la “dimensión mundial” del capitalismo, y por otra, a la articulación sistemática de la cuestión del poder (lo político) y de la economía (capitalista y precapitalista), más allá de las indicaciones más que brillantes que pueden proporcionar sobre el tema su tratamiento de las revoluciones francesas (desde la Gran Revolución a la de 1871, pasando por la de 1848).

La cuestión del “desarrollo” (desigual) que caracteriza a la realidad del capitalismo mundializado me llevó pues, ya en mis años universitarios, a centrar mi reflexión en la primera de estas dimensiones. Mi tesis de doctorado (*La acumulación a escala mundial*, 1957) lo atestigua. Dicha tesis constituyó para mí un punto de partida, una primera etapa en el trabajo que llevé a cabo durante los cincuenta años que siguieron. No voy a describir de nuevo aquí los momentos sucesivos de este desarrollo. Pero creo que es útil que llame la atención sobre la formulación de conjunto de la cuestión del “desarrollo desigual” que propuse en 1973 en el libro que lleva este título y en otras dos obras que escribí por la misma época —*La ley del valor y el materialismo histórico* (1977) y *El intercambio desigual* (1973).

Para llegar a esta formulación elegí centrar mi reflexión en estas dos direcciones, inspirándome directamente en la magnífica lección que sobre esta materia nos había dado el propio Marx. Primero me sumergí en una lectura atenta de las grandes obras de la economía vulgar producidas después de Marx, en respuesta a Marx, como Marx nos había enseñado que teníamos que hacer mediante su crítica de la economía “clásica” y de su deriva vulgar anterior. Esto implicaba la lectura directa de los trabajos de Böhm Bawerk, Walras y otros productores de los fundamentos de la nueva economía “subjetivista” hasta las formulaciones de Keynes. Esta lectura crítica ya la había propuesto en la primera versión de *La acumulación* (1957)

y la había retomado en *El desarrollo desigual*. “Leer a Marx” hoy —es decir, después de Marx— impone esta lectura crítica que a mí me convenció del carácter vulgar, ideológico en el sentido funcional del término, de la nueva economía burguesa, posmarxista y anti-marxista.

Marx, en su momento, no se había limitado a la crítica teórica de sus predecesores. Les había enfrentado al mismo tiempo con la presentación ordenada de una inmensa masa de datos empíricos. Del mismo modo, yo pensaba que la crítica de la economía burguesa posterior a Marx no era suficiente. Y que era igualmente necesario completarla con la presentación ordenada de los “hechos” que ilustran la realidad del despliegue mundializado del capitalismo. En *La acumulación* propuse un primer tratamiento de esta masa de datos empíricos, y luego la actualicé respecto a las publicaciones de los años 1970. Proseguí este trabajo observando más de cerca los desarrollos en curso de la época —la de ese primer “despertar del Sur” representado por el período de Bandung (1955-1980). Lectores atentos de mis escritos —principalmente británicos y japoneses— han destacado la importancia de estos “estudios empíricos”. La continuación tiene dos facetas: la economía, la llamada economía del desarrollo, por una parte, y la profundización del análisis de los mercados (y del rol de las anticipaciones), por otra. La primera de estas facetas me pareció en su conjunto más bien pobre, incapaz de ir más allá de la visión decretada de las “etapas ineludibles del crecimiento”. Yo había formulado la crítica radical de esta visión mecanicista y vulgar tres años antes incluso de que lo hiciera el propio Rostov en su obra de 1960. Y desde entonces la “economía del desarrollo” propuesta por las principales instituciones encargadas de las intervenciones al servicio de la misma (el Banco Mundial, los programas de “cooperación”, las Universidades) no ha ido más allá de estas pamplinas.

La segunda faceta prosiguió, a mi modo de ver, la deriva vulgar llevándola al término de su lógica: la construcción de una “economía imaginaria” —la de los mercados generalizados— sin relación alguna con el capitalismo realmente existente. La centralidad del concepto vacío e irreal de “previsiones”, necesario para esta construcción, culmina dicha deriva. La “teoría económica” se ha convertido en una escolástica que se dedica a la discusión de algo muy parecido al “sexo de los ángeles”, pensando, como sus predecesores de la Edad Media, que la respuesta a esta cuestión es el medio por excelencia a partir del cual se puede comprender el mundo. Simultáneamente, esta deriva, que se proclama “empírica”, se asigna el objetivo de integrar en las tesis que propone una masa cada vez mayor —pero desordenada— de datos empíricos. El método matemático que este tratamiento impone no tiene por qué ser rechazado de entrada. Pero la sofisticación continua de sus métodos no consigue abolir el carácter absurdo —irrealista— de las cuestiones que plantean sus utilizadores: las “previsiones” (el sexo de los ángeles).

Ni la crítica que yo dirigí a la teoría vulgar y a sus “aplicaciones” para-empíricas, ni las contra-proposiciones que desarrollé, se proponían como contrapunto integrar la masa ordenada de datos en una teoría del capitalismo mundializado realmente existente, aunque no me parecieron suficientes para comprender la totalidad de la realidad del desarrollo desigual. La articulación de la dimensión política/ideológica/cultural y de la relativa a la gestión económica de la sociedad, constituye en efecto el eje central de una lectura materialista histórica ineludible. Y en este campo mi lectura de Marx me había convencido, como ya he dicho, de que sus primeras proposiciones eran una invitación a atreverse a avanzar más. Cosa que yo traté de hacer proponiendo, por una parte, un concepto general del “modo de producción tributario”, fundamento de la gran familia de las organizaciones de las sociedades de clase avanzadas pre-

capitalistas, estableciendo la oposición entre la articulación poder dominante/economía dominada y la articulación inversa propia del capitalismo, y sacando de ello unas cuantas conclusiones importantes relativas a las formas de alienación propias de las sociedades históricas antiguas y de la sociedad capitalista moderna. Y, por otra parte, buscando en la variedad de las formas tributarias el movimiento de las contradicciones concretas que operaban en ellas, acelerando o retardando el avance del capitalismo. Traté pues de integrar las cuestiones planteadas desde el punto de vista del materialismo histórico y las relativas a la dimensión económica, como podrá constatar el lector de *El desarrollo desigual* y de *La ley del valor y el materialismo histórico*.

Mi trabajo no ha sido nunca el de un marxólogo. Ya he dicho y repetido que para mí “ser marxista” era partir de Marx y no quedarse en él o en sus principales sucesores (Lenin, Mao), fundadores de los marxismos históricos.

El eje central de las conclusiones de mis esfuerzos viene definido por la formulación de una “ley del valor mundializada”, coherente con los fundamentos de la ley del valor propia del capitalismo descubierta por Marx, por una parte, y con las realidades del desarrollo mundializado desigual, por otra.

Las que yo osaría calificar –sin falsa modestia– de mis propias contribuciones al enriquecimiento de un “Marx sin orillas” son diversas, concretamente desde el punto de vista de su importancia por lo que respecta a la concepción de la naturaleza y al alcance de las principales contradicciones y conflictos a ella asociados en el capitalismo contemporáneo.

En mis contribuciones “dispersas” no he dudado en “completar” las proposiciones de Marx, ni en “corregirlas”. Destacaré por tanto aquí mis desarrollos relativos al papel del crédito en la acumulación (en respuesta a la cuestión de la realización de la plusvalía

planteada por Rosa Luxemburg); mis análisis centrados en el crecimiento del departamento III de absorción de la plusvalía; mis críticas a las teorías de Marx relativas a las determinaciones del tipo de interés y de la renta de la tierra, y mis propuestas alternativas en estos campos, mis críticas a la economía vulgar. Estas cuestiones son las que me han llevado a referirme a *El desarrollo desigual*.

La principal de mis contribuciones es la relativa al *paso de la ley del valor a la ley del valor mundializada*, basada en la jerarquización –también ella mundializada– de los precios de la fuerza de trabajo en torno a su valor. Asociada a las prácticas de gestión del acceso a los recursos naturales, esta mundialización del valor constituye el fundamento de la renta imperialista. Considero que esta gobierna el despliegue de las contradicciones principales del capitalismo/imperialismo realmente existente y los conflictos asociados, de modo que las clases y las naciones están imbricadas en sus luchas y conflictos, con toda la complejidad de sus articulaciones específicas y concretas. Considero que una lectura de los siglos XX y XXI no puede ser otra, precisamente, que la de la emergencia –o el “despertar”– de los pueblos y naciones de las periferias del sistema capitalista/imperialista mundializado.

Por supuesto, hay otras muchas contribuciones al enriquecimiento de un Marx sin orillas, aportadas por otros marxistas. No las ignoro, pero esta obra no pretende ser una “enciclopedia” dedicada a hacer un inventario total de las mismas.

3

Para orientar mi exposición de un “Marx sin orillas” he optado por retomar mi libro *El materialismo histórico y la ley del valor* y proponer una especie de nueva edición revisada y ampliada del mismo.

En los muchos préstamos que utilizo aquí de ese viejo libro (1977), he conservado lo esencial de la argumentación, procurando que fuera lo más concisa y precisa posible.

El recurso a formulaciones de cariz matemático no ha de asustar a nadie. Las ecuaciones de un sistema que se reduce a dos sectores (o a dos productos) puede leerlas un alumno de secundaria. Unas ilustraciones numéricas muy simples facilitan la comprensión. El propio modelo generalizado, presentado en un recuadro, es accesible a todos. Una formulación con n ecuaciones (en lugar de 2) que recurriera a la utilización del álgebra matricial no cambiaría en absoluto la validez de las conclusiones (aunque sí resultaría poco legible a un lector no versado en matemáticas).

Los nuevos párrafos llaman la atención del lector sobre las cuestiones que interpelan a la exposición retenida. He procurado hacer presentaciones sintéticas que, aún siendo suficientes en sí mismas —espero— no excluyen volver a lecturas más minuciosas y a fin de cuentas más precisas.

Esta obra, por lo demás, no recurre a otras contribuciones hechas por su autor en campos que no tienen relación directa con el eje central en torno al cual se articulan los argumentos: el que constituyen el valor y la ley del valor.

Esas “otras contribuciones” se refieren: (i) a la “sucesión” de los modos de producción que preceden al capitalismo, cuestión acerca de la cual me he separado claramente de las propuestas de los marxismos históricos (véase a este respecto *El desarrollo desigual*); (ii) a los desafíos a los que ha de hacer frente la transición desde el capitalismo mundializado al socialismo —la principal cuestión política de nuestra época. (Esta referencia a mis intervenciones en dichos debates puede encontrarse también en *La crisis. Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis*).

Esta obra, que bebe abundantemente de *La ley del valor y el*

materialismo histórico, llega, creo yo, en un buen momento. Este libro, que completa *El desarrollo desigual*, trata en efecto de mi propuesta central relativa a la ley del valor mundializada. Ahora bien, la crisis actual gira totalmente en torno a las diferentes evoluciones posibles de las relaciones sociales e internacionales que gobiernan la forma de esta ley, bajo el efecto combinado de las luchas sociales en las sociedades del centro y de las periferias del capitalismo contemporáneo y de las luchas entre las sociedades imperialistas dominantes y las de las periferias dominadas, que ponen en entredicho la búsqueda de la dominación de lo que yo llamo el “capitalismo tardío de los oligopolios generalizados, financiarizados y mundializados”.

El estatus fundamental de la ley del valor

Tras consagrar todo el Libro I a los fundamentos de la ley del valor, Marx se ocupa, en el Libro II, de lo que puede parecer una demostración “económica” estricta. Trata efectivamente de demostrar que la acumulación en un sistema capitalista “abstracto” es posible y de determinar las condiciones dinámicas del equilibrio.

En sus ejemplos ilustrativos, el sistema se caracteriza por un determinado número de magnitudes y proporciones, todas ellas fuertemente vinculadas al ámbito de lo económico, que son: 1º) las proporciones en las que la fuerza de trabajo y los medios de producción se reparten entre las dos secciones que definen en su base principal la división social del trabajo, permitiendo la producción *simultánea* de medios de producción y medios de consumo; 2º) las proporciones que caracterizan en cada sección la intensidad de la utilización de los medios de producción por el trabajo directo, medida del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; 3º) la evolución de una fase a otra de estas últimas proporciones, que mide el ritmo y la orientación del progreso de las fuerzas productivas; 4º) la tasa de explotación del trabajo (tasa de la plusvalía).

Marx propone una serie de ejemplos en los que todas las magnitudes se establecen en forma valor. Pero lo que él deduce de estos ejemplos —a saber, las condiciones económicas de la reproducción

ampliada— podría igualmente deducirse de un modelo establecido directamente en forma de precios de producción, en el que el beneficio se calcula en función del capital invertido y no del trabajo explotado. En este marco preciso y limitado, los dos razonamientos—ambos de tipo “económico”— son equivalentes.

He desarrollado, pues, un modelo de reproducción ampliada (con progreso de las fuerzas productivas) definido de la manera más simple del siguiente modo:

Fase 1

Sector I: producción de bienes de producción

$$1e + ah = pe$$

(léase: a horas de trabajo directo actuando mediante una unidad de equipo y unas materias primas producen p unidades de equipo).

Sector II: producción de bienes de consumo

$$1e + bh = qc$$

(léase: b horas de trabajo directo actuando mediante una unidad de equipo y unas materias primas producen q unidades de consumo).

Fase 2

El progreso de las fuerzas productivas viene definido por la capacidad, para una misma cantidad de trabajo directo (a y b), de emplear una masa mayor de equipos y de materias primas, y de pro-

ducir con estos medios una masa mayor de bienes de equipo y de consumo. O sea, midiendo λ e γ los progresos de la productividad del trabajo (y siendo λ e $\gamma < 1$):

$$1e + a\lambda b = pe$$

$$1e + b\gamma h = qc$$

En este marco formal muy general llegamos a las conclusiones siguientes:

1. Es posible un equilibrio dinámico, con la única condición de que la fuerza de trabajo ($a + b$) se distribuya entre ambos sectores en las proporciones adecuadas.

2. El ritmo de la acumulación (medido por el crecimiento de la producción de equipos) determina el empleo (conclusión inversa a la de la economía vulgar).

3. El equilibrio dinámico supone que los bienes de consumo producidos durante una fase se compran durante la misma fase. Los bienes de equipo producidos durante una fase se compran al principio del siguiente período. Dado que la plusvalía generada durante una fase solo puede realizarse durante el período siguiente, el equilibrio dinámico exige una gestión centralizada y correcta del crédito.

4. Si se reduce toda la economía a estos dos sectores, el equilibrio dinámico exige un crecimiento del salario que viene determinado en una proporción que es una combinación de λ e γ . Las tasas de la plusvalía y las composiciones orgánicas evolucionan según λ e γ . La tasa de beneficio es generalmente estable.

5. Si los salarios reales no siguen su necesaria progresión, el equilibrio solamente es posible si paralelamente se desarrolla un tercer sector de consumo improductivo de la plusvalía.

1. Una ilustración simple del modelo

Nuestro modelo aprehende directamente las relaciones técnicas de producción (inputs de equipo y de trabajo directo, outputs), por ejemplo:

$$\text{Sección I : } 1e + 4h \rightarrow 3e$$

$$\text{Sección II : } 1e + 4h \rightarrow 6c$$

Los inputs de capital constante se definen directamente en unidades de equipos e , los inputs de trabajo directo en horas h , y los outputs en unidades de equipos e para la sección I y en unidades de consumo c para la sección II. Se observará que, en este ejemplo, la composición orgánica es idéntica en ambas secciones.

Partimos del supuesto de que el producto del trabajo se reparte entre el proletario y el capitalista en proporciones idénticas de una sección a la otra (tasas de la plusvalía idénticas). Suponemos también que los salarios constituyen la única fuente de la demanda de bienes de consumo C , es decir que el poder adquisitivo cristalizado en la remuneración del trabajo permite absorber toda la producción de II, durante cada fase descrita sucesivamente. En cambio, la plusvalía es íntegramente "ahorrada" con vistas a financiar la inversión bruta (sustitución y ampliación); es decir, que el poder adquisitivo cristalizado en la plusvalía generada durante una fase permite la activación de los equipos necesarios para el equilibrio dinámico durante la fase siguiente.

Tratándose de un equilibrio dinámico, definimos el progreso realizado entre una fase y otra por el ritmo de crecimiento de la productividad del trabajo (cociente entre el producto y el input de trabajo directo). Por ejemplo, si la productividad en cada sección se dobla de una fase a otra, la tecnología para la fase 2 vendrá definida por:

$$\text{Sección I : } 2e + 4h \rightarrow 6e$$

$$\text{Sección II : } 2e + 4h \rightarrow 12c$$

La misma cantidad de trabajo directo emplea dos veces más equipos de materias primas, etc., para producir un output doble. Las composiciones orgánicas físicas se duplican.

¿Cómo puede lograrse, en estas condiciones, el equilibrio entre una fase y otra? Supongamos que al principio tanto la cantidad de trabajo disponible ($120h$) como el *stock* de equipo ($30e$) vienen dados. Su reparto entre las dos secciones (la tasa de la plusvalía y el ritmo de crecimiento superan la producción de I sobre las necesidades de sustitución), son simultáneamente interdependientes. Por ejemplo, tendremos:

Fase 1	Equipo	Trabajo necesario	Trabajo extra	Producto
Sección I	$20e$	$40h + 40h$	\rightarrow	$60e$
Sección II	$10e$	$20h + 20h$	\rightarrow	$60c$
Total	$30e$	$120h$		

Aquí el producto de I durante la fase 1 es el doble de lo que se necesita para la sustitución de los equipos y permite obtener durante la fase 2 un output igualmente doble. Se verifica así que las proporciones $2/3 - 1/3$ que caracterizan el reparto de las fuerzas productivas entre I y II, y una tasa de la plusvalía del 100%, es decir, que no cambia (o sea, con los salarios reales doblados), son las condiciones del equilibrio dinámico, donde la fase 2 se caracteriza del siguiente modo:

Fase 2	Equipo	Trabajo necesario	Trabajo extra	Producto
Sección I	$40e$	$40h +$	$40h$	$\rightarrow 120e$
Sección II	$20e$	$20h +$	$20h$	$\rightarrow 120c$
Total	$60e$	$120h$		

Constatamos aquí que el poder adquisitivo cristalizado en los salarios corresponde a 120 horas de trabajo (60 de las cuales de trabajo necesario) ha de permitir comprar 60c durante la fase 1 y 120c durante la fase 2, es decir, que el salario real se ha de doblar, lo mismo que la productividad del trabajo. La producción de equipo, doblada entre una fase y otra, encuentra su salida en la fase siguiente. Se observa que el ritmo de crecimiento del equipo disponible determina la cantidad total de trabajo que se lleva a cabo y no a la inversa. Este es un punto importante: la acumulación del capital determina el empleo y no al revés (como pretende la economía vulgar en general y el marginalismo en particular). Aquí, por la misma elección de las hipótesis, el volumen del empleo permanece constante de un período al otro. En la hipótesis de un crecimiento de la población activa, natural por ejemplo, el ritmo de la acumulación no permite el pleno empleo.

A nuestro modo de ver, este modelo tan simple es suficiente para ilustrar la naturaleza de la relación objetiva entre el valor de la fuerza de trabajo y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en el modo de producción capitalista. No se le añade nada al pasar a un denominador común (el "numerario", véase más adelante) que permita sumar los inputs sustituyendo el cálculo en valores por el cálculo en precios (igualación de la tasa de beneficio, aquí igual a la tasa de la plusvalía de todos modos, puesto que las composiciones orgánicas son idénticas en ambas secciones), o introduciendo hipótesis más complejas: composiciones orgánicas diferentes y/o crecimientos de la productividad diferentes en las dos secciones.

En nuestro modelo, por ejemplo, es posible, evidentemente, formular las condiciones del equilibrio en términos homogéneos. Si el precio de la unidad de C es 1 euro, el de E, 2 euros y la tasa del salario por hora 0,5 euros, obteniéndose la plusvalía (aquí, igual al beneficio) por sustracción, tenemos:

Fase 1	Equipo	Salarios	Plusvalía	Producto
Sección I	$20e \times 2 = 40 \text{ €}$	$80h \times 0,5 = 40 \text{ €}$	40 €	$60e \times 2 = 120 \text{ €}$
Sección II	$10e \times 2 = 20 \text{ €}$	$40h \times 0,5 = 20 \text{ €}$	20 €	$60c \times 1 = 60 \text{ €}$
Total	60 €	60 €	60 €	180 €

En la fase siguiente, el equilibrio implica, si los precios permanecen estables, que el salario nominal se dobla, lo mismo que la productividad:

Fase 2	Equipo	Salarios	Plusvalía	Producto
Sección I	$40e \times 2 = 80 \text{ €}$	$80h \times 1 = 80 \text{ €}$	80 €	$120e \times 2 = 240 \text{ €}$
Sección II	$20e \times 2 = 40 \text{ €}$	$40h \times 1 = 40 \text{ €}$	40 €	$120c \times 1 = 120 \text{ €}$

Se verifica que no hay dificultades de absorción.

Los salarios distribuidos en el curso de la fase 1 (60 €) permiten comprar toda la producción de bienes de consumo proporcionada en el curso de esta fase (60 € igualmente). En cuanto a la producción de bienes de equipo obtenida durante la fase 1 (120 €), la compran los capitalistas y la ponen en funcionamiento en la fase 2 (valor de los equipos presentes en la fase 2: 120 € igualmente). Estos bienes de equipo sirven, en un cincuenta por ciento de su valor para la reconstitución de la capacidad productiva de la fase 1, y en el otro cincuenta por ciento (financiado por la plusvalía realizada en la fase 1, es decir, 60 €) para crear una capacidad suplementaria.

De una fase a otra, el salario por hora real se dobla y lo mismo sucede con la producción de bienes de consumo.

Conviene destacar aquí que los equipos producidos en el curso de una fase no tienen los mismos valores de uso que los equipos

que han servido para producirlos. Con los $20e$ empleados en la fase I no se producen $60e$ idénticos, sino $60e$ de un nuevo tipo. Por ejemplo, con las máquinas de vapor no se producen más máquinas de vapor sino motores eléctricos. Si no, no se comprendería cómo con el mismo tipo de equipo sería posible tener una eficacia doble en la fase siguiente. Si los equipos fuesen los mismos se tendría la misma eficacia, es decir, se mantendría la misma relación equipo/trabajo directo. Si una misma cantidad de trabajo directo puede poner en funcionamiento dos veces más equipo en valor para producir dos veces más producto final, es que los equipos son diferentes, nuevos, más eficaces.

Esta observación nos permite distinguir el modelo de acumulación ampliada intensiva que calificaremos de extensivo. En este último se producen los mismos equipos, pero en cantidades crecientes (esta acumulación ampliada extensiva exige por tanto un crecimiento paralelo de la cantidad de mano de obra puesta a su servicio). En el modelo intensivo aquí considerado –más interesante– este no es necesariamente el caso.

Señalemos que la realización de la plusvalía exige necesariamente la intervención del crédito. Si el sistema del crédito adelanta a los capitalistas al principio de la fase I la suma de 120 € para que puedan comprar su equipo (60 €) y pagar los salarios (60 € con los que los obreros compran lo que consumen), al final de esta primera fase los capitalistas habrán recuperado 60 € en razón de sus ventas de bienes de consumo y 60 € en razón de sus ventas mutuas de equipo para sustituir los equipos usados. Podrán así reembolsar el anticipo de 120 € , pero no podrán comprar los bienes de equipo suplementarios para la expansión de la producción a menos que reciban un nuevo anticipo por un total de 240 € para la fase 2, anticipo que utilizarán según el mismo esquema y que reembolsarán al final de la fase 2, y así sucesivamente. Encontramos de nuevo

aquí lo que ya hemos escrito respecto al papel del crédito en el “problema” de los mercados en respuesta a los argumentos de Rosa Luxemburg. Es evidente que es posible razonar también en salarios nominales constantes, cuando los precios bajan y los salarios reales aumentan.

El modelo general de acumulación ampliada

Parámetros del sistema

Estableceremos de un modo general el sistema que vincula los salarios reales (y las tasas de plusvalía) a los ritmos de desarrollo de las fuerzas productivas.

Cada sección (la sección I para la producción de los medios de producción B, y la sección II para la producción de los bienes de consumo C) se define, para cada fase, mediante una ecuación en valor del siguiente modo:

Fase I

$$\text{Sección I : } e + a = pe$$

$$\text{Sección II : } e + b = qc$$

en donde e representa una unidad de equipo; a y b respectivamente las cantidades de trabajo directo empleadas por esta unidad; y p y q respectivamente las cantidades de unidades de equipo y de consumo obtenidas.

Los dos pares de parámetros a, b, p, q definen el sistema tecnológico. Determinan los precios de equilibrio e y c de las unidades de equipo y de consumo.

El progreso técnico viene definido por los parámetros λ e γ (menores que uno), que definen el sistema productivo en las fases siguientes.

Tenemos, pues:

Fase 2

$$\text{Sección I : } e + a\lambda = pe$$

$$\text{Sección II : } e + b\gamma = qc$$

Fase 3

$$\text{Sección I : } e + a\lambda^2 = pe$$

$$\text{Sección II : } e + b\gamma^2 = qc$$

etc.

Con una cantidad global de trabajo $a\lambda + b\gamma$ menor que $a + b$, se obtiene, mediante una utilización apropiada del equipo, una producción igual.

El primer elemento de cada igualdad designa el valor del capital constante consumido en el proceso productivo, reducido a una unidad física de equipo E , estimado en su valor unitario e ($e_1, \neq e_2, \neq e_3$, etc.); el segundo elemento designa la cantidad física $a, b, a\lambda, b\gamma$, etc. de trabajo directo total (trabajo necesario y trabajo excedente) llevado a cabo por una unidad E en cada sección para cada fase.

El producto físico de cada sección, respectivamente p y q , se estima por su valor unitario e y c (del mismo modo $e_1, \neq e_2, \neq e_3$, etc.).

El sistema comporta tres pares de parámetros (a, b, p, q, λ e γ) y 2 incógnitas (e y c) por cada par de ecuaciones que carac-

terizan cada fase. Los parámetros a y b miden la intensidad física en trabajo de los procesos productivos (sus inversos están vinculados a las composiciones orgánicas); los parámetros p y q el producto físico de los procesos productivos que ponen en funcionamiento en cada sección una unidad de equipo E ; y los parámetros λ e γ , los ritmos del progreso técnico en cada sección. Evidentemente, λ e γ son menores que 1, ya que el progreso técnico permite obtener con menos trabajo directo un producto físico superior por unidad de equipo.

Determinación de los precios unitarios

Las desigualdades proporcionan los pares e y c :

$$e_1 = \frac{a}{p-1} \quad c_1 = \frac{a + b(p-1)}{q(p-1)}$$

$$e_2 = \frac{a}{p-1} \quad c_2 = \frac{a + b(p-1)}{q(p-1)}$$

$$e_3 = \frac{a^2}{p-1} \quad c_3 = \frac{a^2 + b^2(p-1)}{q(p-1)}$$

Como las ecuaciones indican que se producen los equipos por medio de equipos y de trabajo directo, los precios unitarios e disminuyen de una fase a otra al ritmo del crecimiento de la productividad en la sección I. En cambio, como los bienes de consumo se producen por medio de equipos y de trabajo di-

recto, los precios unitarios c disminuyen a un ritmo que es una combinación de λ e γ .

Ecuaciones de reproducción ampliada

Los equipos E se reparten entre las secciones I y II en las proporciones n_1 y $1 - n_1$ para la fase I; n_2 y $1 - n_2$ para la siguiente, etc. Los elementos a, a y b, b pueden descomponerse a su vez en salarios y plusvalía. Para ello se introducen S_1 y S_2 que representan los salarios nominales para cada fase 1 y 2 sucesiva en el sistema de los precios e, c ; los términos K son factores de proporcionalidad.

El sistema productivo en dinámica equilibrada, determinado por los ritmos del progreso λ e γ se escribe, por tanto, así:

Fase 1

Sección I:

$$n_1 e_1 + n_1 a S_1 + n_1 a (K - S_1) = n_1 p e_1$$

Sección II:

$$(1 - n_1) e_1 + (1 - n_1) b S_1 + (1 - n_1) b (K - S_1) = (1 - n_1) q c_1$$

Fase 2

Sección I:

$$n_2 e_2 + n_2 a S_2 + n_2 a (K - S_2) \lambda = n_2 p e_2$$

Sección II:

$$(1 - n_2) e_2 + (1 - n_2) b S_2 \gamma + (1 - n_2) b (K - S_2) = (1 - n_2) q c_2$$

Se trata de un sistema expresado en valores y no en precios de producción puesto que las tasas de la plusvalía son idénticas de una sección a otra.

El equilibrio dinámico de la reproducción ampliada exige que se cumplan dos condiciones:

1. Que los salarios distribuidos para cada fase (en el conjunto de las dos secciones) permitan comprar toda la producción de bienes de consumo producidos durante esta fase;

2. Que la plusvalía generada durante una fase (en las dos secciones) permita comprar una cantidad de bienes de equipo igual a la añadida en la fase siguiente.

El equilibrio dinámico exige, pues:

—La igualdad oferta-demanda de bienes de consumo, que se expresa así:

Fase 1

$$n_1 a S_1 + (1 - n_1) b S_1 = (1 - n_1) q c_1$$

Fase 2

$$n_2 a \lambda S_2 + (1 - n_2) b \gamma S_2 = (1 - n_2) q c_2$$

—La igualdad oferta-demanda de bienes de equipo, que se expresa así:

Fase 1

$$n_1 p e_1 = e_2$$

Fase 2

$$n_2 p e_2 = e_3$$

Los salarios nominales S pueden entonces expresarse en función de los parámetros:

$$S_1 = \frac{(1 - n)[a + b(p - 1)]}{(p - 1)[an + b(1 - n)]}$$

$$S_2 = \frac{(1-n)[a\lambda + b\gamma(p-1)]}{(p-1)[a\lambda n + b\gamma(1-n)]}$$

siendo $n = \frac{\lambda}{p}$ ($n_1 = n_2 = n_3$, etc.)

Los salarios reales $S'_1 = \frac{S_1}{c_1}$ y $S'_2 = \frac{S_2}{c_2}$ se convierten en:

$$S'_1 = \frac{(1-n)q}{an + b(1-n)}$$

$$S'_2 = \frac{(1-n)q}{a\lambda n + b(1-n)}$$

Se verifica que $S'_2 > S'_1$ (ya que el numerador no cambia y el denominador decrece de una fase a otra). Así pues, el equilibrio dinámico exige un crecimiento de los salarios reales a un ritmo que viene determinado por una combinación de los ritmos del progreso de las productividades λ e γ .

La explotación del modelo general aquí definido puede proseguirse en diferentes direcciones. En particular es posible preguntarse cómo evolucionan las composiciones orgánicas del capital y las tasas de la plusvalía (que pueden medirse por la relación plusvalía/salario a partir de los elementos definidos en las ecuaciones del equilibrio), o incluso las "tasas de beneficio" (que se obtienen relacionando la plusvalía obtenida en la producción con el valor de los equipos empleados para obtenerla).

Veremos entonces que cuando el progreso de la productividad es más rápido en la sección I ($\lambda > \gamma$), la composición orgánica y la tasa de la plusvalía suben; y a la inversa, que cuando el progreso de la productividad es más rápido en la sección II ($\gamma > \lambda$) bajan. Por ello, debido a que la composición orgánica y la tasa de la plusvalía varían en el mismo sentido, la tasa de beneficio equilibrio en dinámico tiende a permanecer estable porque el movimiento de la tasa de la plusvalía exigido por el equilibrio dinámico de la oferta y la demanda tiene que compensar el de la composición orgánica, que viene determinado precisamente por la relación de los progresos de la productividad λ e γ .

Aplicaciones numéricas

Consideraremos los seis casos siguientes:

—Caso 1: composiciones orgánicas iguales ($a = b$); aumentos de productividad iguales ($\lambda = \gamma$) en las dos secciones.

—Caso 2: composiciones orgánicas distintas ($a \neq b$); aumentos de productividad iguales ($\lambda = \gamma$) en las dos secciones.

—Caso 3: composiciones orgánicas iguales ($a = b$); aumentos de productividad distintos (aquí $\lambda > \gamma$).

—Caso 4: hipótesis inversa de la precedente ($\lambda < \gamma$).

—Caso 5: caso 3 límite, los aumentos de productividad se limitan a la sección II ($\lambda = 1$ e $\gamma = 1/2$).

—Caso 6: caso 4 límite, los aumentos de productividad se limitan a la sección I ($\lambda = 1/2$ e $\gamma = 1$).

La tabla siguiente describe los resultados de la resolución del problema del equilibrio dinámica para las diferentes hipótesis relativas a los parámetros.

Caso	1	2	3	4	5	6
Parámetros						
a	4	4	4	4	4	4
b	4	8	4	4	4	4
p	3	3	5	5	30	3
q	6	10	6	6	1	6
λ	0,5	0,5	0,75	0,5	1	0,5
γ	0,5	0,5	0,5	0,75	0,5	1
Precios						
e_1	2	2	1	1	0,14	2
e_2	1	1	0,75	0,5	0,14	1
c_1	1	1	0,83	0,83	4,14	1
c_2	0,5	0,5	0,46	0,58	2,14	0,83
Proporción						
n	0,17	0,17	0,15	0,10	0,03	0,17
Salarios nominales						
S_1	1,25	1,14	1,06	1,13	1	1,21
S_2	1,25	1,14	1,09	1,09	1	1,14
Salarios reales						
S_1	1,25	1,14	1,28	1,35	0,24	1,45
S_2	1,20	2,28	2,37	1,86	0,47	1,96

2. La realización del excedente y la función activa del crédito

A partir de este esquema general de reproducción ampliada ya hemos sacado una primera conclusión de gran importancia, a saber, que el equilibrio dinámico exige que haya un sistema de crédito que ponga a disposición de los capitalistas el ingreso que obtendrán en la fase siguiente. Esta demostración establece el estatus de la teoría marxista de la moneda y da un contenido preciso a la proposición marxista (anti cuantitativista) según la cual la oferta monetaria se ajusta a su demanda (a la necesidad social) vinculando esta necesidad social a las condiciones de acumulación. La importancia de esta proposición se les escapa evidentemente a aquellos que, en el campo de la teoría, no se atreven a proseguir la obra de Marx y prefieren contentarse en hacer su exégesis. Además, esta integración precisa del crédito en la teoría de la acumulación es la única respuesta al problema de los mercados planteado por Rosa Luxemburg¹.

3. ¿Es posible la acumulación en la hipótesis del estancamiento de los salarios?

Hemos de examinar ahora si existe una solución al problema del equilibrio dinámico cuando los salarios reales no aumentan como

1. Por lo que respecta al debate sobre los "mercados", véase *El romanticismo económico* de Lenin. Respecto a la cuestión de los mercados: Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital* (bibliografía completa del debate de la época); Tougan Baranowsky, *Las crisis industriales en Inglaterra* (1ª edición alemana, 1901). Nuestra intervención en este debate se expone en *Le développement inégal*, pp. 146 y siguientes.

las productividades, por ejemplo si el salario real por hora permanece estancado.

Existen solamente dos familias de soluciones matemáticas a este problema: una de ellas, absurda, corresponde al "carrusel" de Tougan Baranowsky; la otra, real, hace intervenir el consumo de plusvalía.

En una intervención sobre el doble debate relativo a los mercados y al ciclo, Tougan Baranowsky imaginaba, ya a principios de siglo, una sucesión de fases en equilibrio dinámico pese al estancamiento del salario real por hora. Los equipos suplementarios producidos en el transcurso de cada fase en cantidades crecientes como consecuencia de los progresos de la productividad se destinan a la sección I durante la fase siguiente para producir otros equipos, y así indefinidamente, mientras que la sección II solo aumenta en tanto en cuanto que la puesta en funcionamiento de los equipos exige una expansión cuantitativa de la mano de obra, puesto que el salario real por hora no cambia. En nuestro ejemplo, en el que la productividad se duplica de una fase a otra en cada una de las dos secciones, tenemos:

Fase 2

Sección I:

$$50e + 100h (25h, 75h) \rightarrow 150e$$

Sección II:

$$10e + 20h (5h, 15h) \rightarrow 60e$$

Total:

$$60e \quad 120h (30h, 90h)$$

Fase 3

Sección I:

$$137,5e + 137,5h (17,5h, 120h) \rightarrow 412,5e$$

Sección II:

$$12,5e + 12,5h (1,5h, 11h) \rightarrow 75e$$

Total:

$$150e \quad 150h (19h, 131h), \text{ etc.}$$

La puesta en funcionamiento de 60e producidos durante la fase 1 exigen 120h de trabajo directo durante la fase 2. La mano de obra, con una tasa de salario real que no cambia, tiene poder adquisitivo para comprar 60e, que solamente exigen 10e y 20h de trabajo directo. El excedente de equipos (50e) permitirá producir 150e. Estos equipos exigirán en la fase 3 una extensión del empleo a 150h, y por tanto del producto de II a 75e, que solamente exige 12,5h. El equilibrio se logra de una fase a otra pese al estancamiento del salario real por hora, combinado con el crecimiento de la productividad, que se duplica de una fase a otra en cada sección, acompañando al aumento de la composición orgánica física, que se duplica de una fase a otra en las dos secciones. El equilibrio se obtiene mediante una distorsión del reparto de las fuerzas productivas a favor de I y el aumento de la tasa de la plusvalía, del siguiente modo:

	Fase 1	Fase 2	Fase 3
Composición orgánica	30e/120h	60e/120h	150e/150h
(Índice)	100	200	400
Productividad en la sección I	60e/80h	150e/100h	412,5e/137,5h
(Índice)	100	200	400
Productividad en la sección II	60e/40h	60e/20h	75e/12,5h
(Índice)	100	200	400
Reparto I/I+II	2/3	5/6	0,91
Tasa de la plusvalía	100%	300%	690%

Esta solución del “carrusel” es evidentemente absurda, porque el equilibrio consumo/equipo tiene que obtenerse de una fase a la siguiente y no puede aplazarse indefinidamente. Si cada fase corresponde a la duración de maduración de los equipos, esta duración coincide igualmente con la de la “planificación” de las decisiones de invertir. Los equipos solamente serán producidos en el curso de una fase si en la fase siguiente la producción de bienes de consumo que ellos hacen posible encuentra su mercado. De hecho, pues, si los salarios por hora se estancan, habrá crisis de sobreproducción desde la fase 2, los equipos producidos durante la fase 1 no podrán entrar en funcionamiento y la fracción que sí podrá hacerlo ocasionará solamente una demanda de empleo reducida. Este es el problema de Keynes y la gran crisis: la máquina está averiada (equipos disponibles y paro) y solamente es posible ponerla de nuevo en marcha con una subida de los salarios.

Curiosamente, la solución de Tougan Baranowsky, que es absurda en el capitalismo real, podría contemplarse en la hipótesis de un estatismo planificador que dispusiera de los medios que le permitieran diferir indefinidamente el horizonte del consumo, que en el capitalismo determina la rentabilidad y la decisión de invertir. Esta era, por otra parte, la situación que se daba en el sistema soviético de la época estalinista.

Evidentemente, se puede, evitar este absurdo si se consume la plusvalía. En nuestro esquema muy simple, la plusvalía es íntegramente “ahorrada”, pero si se establece la hipótesis de que una proporción constante de ella se consume, no cambia nada en la naturaleza de los equilibrios. Así pues, si los salarios por hora reales se estancan, o crecen menos deprisa que la productividad, para realizar el equilibrio dinámico sería preciso que una fracción creciente de la plusvalía se consumiera de otro modo.

No hay pues contradicciones “insuperables” —tesis del hun-

dimiento catastrófico, de la “crisis general”, etc.—, sino solamente diferentes alternativas para superarlas: las del capitalismo, que preservan las características esenciales del sistema, y las del socialismo, que las trascienden.

En el capitalismo, la pregunta que formulo encuentra respuesta en una de las tres soluciones siguientes:

La primera “solución” —el consumo individual de una fracción creciente de la plusvalía por parte de los capitalistas— no es “natural” porque la competencia entre capitalistas impone “el ahorro” y porque la ideología del sistema, que refleja las características fundamentales del modo capitalista, se opone al mismo.

La segunda “solución” es la que el propio sistema ha descubierto para superar sus contradicciones. La competencia monopolista, la inclusión de los “costes de venta” en el precio del producto y el consiguiente desarrollo del parasitismo terciario, bien descritos desde hace tiempo por Chamberlin y Joan Robinson, constituyen, como han sabido ver Baran y Sweezy, la solución “espontánea” del sistema².

La tercera “solución” implica la intervención activa del Estado en la absorción: gastos públicos, civiles y militares, etc. La gran intuición de Baran³ ha sido comprender que en lo sucesivo el análisis del equilibrio en dinámica ya no podía llevarse a cabo en el marco del modelo “puro” de dos sectores, sino que tenía que llevarse a cabo en un nuevo marco de tres sectores, siendo el tercer sector precisamente el Estado, consumidor de una fracción creciente del

2. E. H. Chamberlin, *The Theory of Monopolist Competition*, Boston 1931; Joan Robinson, *Imperfect Competition*, Londres 1935; Baran y Sweezy, *Le capitalisme monopolistique*, Maspéro 1968.

3. P. Baran, *L'Économie politique de la croissance*, Maspéro 1964; H. Magdoff, *L'âge de l'impérialisme*, Maspéro 1970.

excedente. Este análisis, que responde a la realidad, hacía obligatoria la introducción de un concepto más amplio que el de la plusvalía, un concepto vinculado de una forma inmanente a la productividad del trabajo productivo. Este concepto es el de excedente.

¿Suprime la introducción de estas “soluciones”, y concretamente de la tercera de ellas, el estatus objetivo de la fuerza de trabajo? Sí, para quien interpreta este estatus de una manera economicista. Pero en realidad estas “soluciones” nos recuerdan simplemente la existencia de una dialéctica fuerzas subjetivas/fuerzas objetivas. Pues la intervención del Estado tiene que reubicarse en el marco de la lucha de clases que le da sentido: Dialéctica no significa yuxtaposición de elementos autónomos. La lucha de clases, en toda la riqueza de sus expresiones aquí esquematizadas, no “revela”, por un feliz azar, las necesidades objetivas del equilibrio. La lucha de clases modifica las condiciones objetivas. El modelo es forzosamente unilateral pero la realidad no lo es. Los resultados de la lucha de clases modifican las condiciones del “modelo”: actúan sobre la asignación de recursos, las tasas de crecimiento y la productividad, etc. Condiciones objetivas y fuerzas subjetivas actúan y reaccionan unas sobre otras.

Una última observación: nuestro análisis del equilibrio dinámico no hace intervenir hipótesis relativas a la tendencia de la tasa de ganancia. No entraré aquí en los debates relativos a la “ley tendencial de la caída de la tasa de ganancia”. Después de Paul Sweezy yo mismo he osado proponer unas cuantas reflexiones que van más allá del texto de Marx sobre la cuestión. Mi intervención, por lo tanto, consistía en proponer que se tuvieran en cuenta las constataciones fácticas que es posible hacer respecto a los movimientos de la tasa de ganancia en un marco histórico concreto que define fases sucesivas caracterizadas por combinaciones particulares de los indicadores (λ y γ) de los progresos de la productividad

en cada una de las dos secciones del modelo de razonamiento de Marx.

4. De los precios de producción a los precios del mercado

Si la competencia de capitales parcelados basta para dar cuenta de la transformación de los valores en precios de producción, hemos de considerar ahora una tercera familia de realidades operativas que transforman a su vez todos los precios de producción en precios de mercado.

El primer elemento a tomar en consideración aquí es la existencia de oligopolios, que deja en nada la hipótesis liberal de la “competencia”. Estos oligopolios, que definen el capitalismo realmente existente —como hicieron Marx y después de él Braudel (*Les Défis de la mondialisation*, pp. 131-145)—, están en condiciones de extraer sobre la plusvalía global producida, unas rentas de monopolio que les garantizan unas tasas de ganancia superiores a las que pueden registrar los segmentos del capital que dominan. Prolongando este análisis introduje la tesis de que el grado avanzado de centralización del capital que caracteriza ya al capitalismo contemporáneo justificaría hablar por vez primera del sistema de los oligopolios generalizados, mundializados y financiarizados, fundamento de la cristalización de un imperialismo colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa, Japón) (*Au-delà du capitalisme sénile*, pág. 63 y ss). Una tesis que pocos marxistas se atreven a proponer, temiendo sin duda ser comparados —injustificadamente— con Kautsky y con su tesis del “superimperialismo”.

El segundo elemento de intervención en la determinación de los precios del mercado precisa del análisis teórico de las funciones del patrón monetario. Marx propone aquí unos desarrollos de un

interés mayor respecto a la articulación de la “mercancía/patrón” (el oro) y de la creación/destrucción de moneda por el crédito. Pro-puse también algunas tesis relativas a esta cuestión en las nuevas condiciones de abandono generalizado del patrón metálico. (*Le Développement inégal*, pp. 74-76). Resulta que las sociedades humanas –por el hecho de su alienación (en este caso, de la alienación mercantil propia del capitalismo)– tienen siempre necesidad de un “fetiche”. El oro sigue siendo en última instancia el de nuestro mundo “moderno”, como vemos en los momentos de crisis de la acumulación –el nuestro por ejemplo.

Una tercera familia de elementos inconexos, que definen tanto la coyuntura general (momentos de crecimiento fácil y momentos de agudización de la competencia de capitales) como diversas coyunturas particulares (productos “nuevos” frente a productos cuyo potencial de expansión se agota), intervienen a su vez en la determinación de los precios observados en los mercados.

El empirismo absoluto en el que se sitúa la economía vulgar, dominante sobre todo en las culturas anglosajonas, pretende inducir directamente de la observación de las realidades inmediatas (los precios tal como son) “leyes” que permitirían comprender “la vida económica”. Su fracaso –como demostrarán nuestros desarrollos (que presentaremos después) sobre el modelo sraffiano– pone de manifiesto simplemente el carácter ideológico de la economía vulgar, reducido a un discurso destinado a dar legitimidad a las prácticas del capital.

5. El ineludible rodeo por el valor

¿Qué dice la ley del valor? Que los productos, cuando son mercancías, tienen un valor, que se puede medir y cuya medida es la can-

tividad de trabajo abstracto socialmente necesario para su producción; en fin, que esta cantidad es la suma de las cantidades de trabajo directo e indirecto (transmitido) registradas en el proceso de producción. El concepto de mercancía y la existencia de la ley del valor así formulada están indisolublemente asociados.

¿Qué no dice la ley del valor? 1º) Que las mercancías se intercambian proporcionalmente a su valor; 2º) que el trabajo directo es trabajo presente, mientras que el trabajo indirecto es trabajo pasado, cristalizado en los medios de producción (el Libro II de *El Capital* se basa en el hecho de que la producción de los medios de producción y la de los medios de consumo no son sucesivas en el tiempo, sino simultáneas, y esta simultaneidad define la división social del trabajo en su aspecto más fundamental).

Tener un valor e intercambiarse por su tipo son dos proposiciones diferentes. Marx dice que en el modo capitalista las mercancías se canjean de acuerdo con las relaciones definidas por su precio de producción. ¿Contradicción? ¿Rodeo inútil?

En absoluto. Los precios de producción son la resultante de la síntesis de la ley del valor, por un lado, y la ley de la competencia de los capitales, por otro. Estas leyes operan a niveles diferentes, y la primera tiene un nivel más fundamental pero más difícil de descubrir al no ser inmediatamente aparente. La primera determinación, más fundamental, llevaría al intercambio a prorrateo de los valores en un modo de producción reducido a la única realidad del dominio de la mercancía: el modo mercantil simple. Este modo existe tan poco en la historia como el vacío en la naturaleza. No pudiendo reducirse a él, el modo capitalista se caracteriza, además de por la dominación de la mercancía, por la parcelación del capital y por la competencia de los capitales (y de los capitalistas). La realidad visible, los precios de producción, resulta de la combinación de estas dos leyes situadas en niveles diferentes.

Los precios de producción resultan, pues, de la combinación de dos leyes. ¿Es posible expresar esta combinación en una fórmula cuantificada de transformación? En el libro III, Marx lo hace del modo en él habitual, mediante ilustraciones cifradas de diversos casos posibles. No propone aproximaciones sucesivas; se limita a la primera aproximación: el capital constante se mide en valor, no en precio. Se puede resolver el problema de la transformación sin dificultades ni titubeos, y de una manera elegante, mediante un sistema de ecuaciones simultáneas. ¿Es lícita esta operación? Sin duda. Pues el valor no es una categoría del proceso de producción, mientras que los precios vendrían determinados por el proceso de circulación. Valor y precio son categorías del proceso en su conjunto. Efectivamente, el valor solo se realiza, y por tanto solamente existe, en virtud del intercambio. Es en este proceso de conjunto donde el trabajo concreto se transforma en trabajo abstracto, el trabajo complejo en trabajo simple.

La única condición puesta por la transformación es la posibilidad de reducir el trabajo concreto a una cantidad de trabajo abstracto. La tendencia real del capitalismo, al someter al trabajo y al proceder a su descualificación es la de reducir efectivamente los trabajos concretos a trabajo abstracto.

La cuestión de la transformación se ha visto oscurecida por el hecho de que los primeros autores que trataron de proseguir la operación iniciada en el Libro III querían resolver un problema que se ha podido fácilmente demostrar que era irresoluble: transformar los valores en precios conservando la igualdad entre la tasa de ganancia expresada en un sistema establecido en precios y la tasa de ganancia asociada a la tasa de la plusvalía que se deduce del modelo en valor.

Si se renuncia a esta condición no hay ninguna dificultad en transformar los valores en precios. ¿Es un problema el hecho de

que las dos tasas de ganancia sean necesariamente diferentes? Al contrario, es normal que lo sean: este resultado de la transformación es precisamente un descubrimiento esencial del marxismo.

En los modos de explotación transparentes, la tasa de la explotación se manifiesta inmediatamente: el siervo trabaja tres días sus tierras y tres días las de su amo. Ni él ni su señor son ciegos a esta evidencia. El modo de explotación capitalista es opaco: por un lado, el proletario vende su fuerza de trabajo, pero parece que esté vendiendo su trabajo: le pagan por las ocho horas que proporciona, no por las cuatro del trabajo que sería necesario; por otro lado, el burgués realiza un beneficio a prorrato del capital que controla, no del trabajo que explota: sin duda alguna, para él el capital es productivo.

Yo he atribuido una importancia fundamental a esta diferencia entre la transparencia de la explotación precapitalista y la opacidad de la extorsión capitalista del trabajo extra, y he fundamentado en esta distinción una serie de proposiciones que caracterizan en sentido propio: 1º) los contenidos diferentes de la ideología precapitalista (alienación en la naturaleza) y los de la del capitalismo (alienación mercantil); 2º) las relaciones diferentes entre la base y la superestructura: el predominio de la instancia ideológica en todos los modos precapitalistas y, por el contrario, el dominio directo de la base económica en el modo capitalista. Por ello, la aparición de "leyes económicas", y por consiguiente de una "ciencia económica", es algo propio del modo capitalista.

La ciencia económica vulgar querría captar las leyes de reproducción del sistema directamente, a partir de las evidencias inmediatas. Considera, pues, el capital por lo que este parece ser para el capitalista, es decir, uno de los factores de la producción, productivo en sí mismo, y el trabajo como otro factor productivo.

Podríamos limitarnos a responder que comprender el capita-

lismo no es solamente comprender sus leyes económicas sino comprender también la articulación entre estas leyes y las condiciones generales de su reproducción social, es decir, el funcionamiento de su instancia ideológica en sus relaciones con su base. Ahora bien, la ley del valor ocupa una posición clave que permite captar esta realidad en toda la riqueza de su totalidad. Quienes llevan a cabo la reducción que denunciamos acaban siempre por imaginarse el socialismo como una especie de "capitalismo sin capitalistas".

Pero este argumento, por fundamental que sea, no es único. Veremos, en efecto, que el tratamiento empirista de la cuestión, que "se ahorra" este "rodeo molesto e inútil" —para ella— mediante la aprehensión directa de la realidad expresada en forma de "precio de mercado" conduce a un callejón sin salida.

¿Qué pasa, en efecto, si nuestro análisis, efectuado en un marco estrechamente inspirado en el Libro II de *El Capital*, sustituye al análisis llevado a cabo directamente en función del precio, utilizando un modelo de tipo sraffiano?

El esquema de Sraffa

La diferencia entre ambos métodos se sitúa en dos planos que conviene separar cuidadosamente: 1º) la sustitución de precios por valores, y 2º) la adopción de un sistema de producción de n ramas en lugar de dos secciones especializadas en la producción de bienes de equipo y bienes de consumo.

Sean dos producciones (1) y (2) que son a la vez, una y otra, bienes de producción y bienes de consumo; a_{ij} los coeficientes de inputs necesarios para su producción; p_1 y p_2 sus precios unitarios; w el salario unitario (con las cantidades de trabajo afectadas por los coeficientes a_{01} y a_{02}); y r la tasa de beneficio. Tenemos:

$$(a_{11}p_1 + a_{12}p_2 + a_{01}w)(1+r) = p_1$$

$$(a_{21}p_1 + a_{22}p_2 + a_{02}w)(1+r) = p_2$$

A este sistema le corresponde el siguiente sistema en valores:

$$a_{11}v_1 + a_{12}v_2 + a_{01} = v_1$$

$$a_{21}v_1 + a_{22}v_2 + a_{02} = v_2$$

Recordemos que al no estar destinados por naturaleza los dos productos uno a equipos y el otro al consumo, el sistema no describe un equilibrio oferta/demanda para cada sección. Las condiciones de este equilibrio, supuestamente realizado, son externas al modelo.

Se definen dos parámetros de mejora de la productividad π_1 y π_2 específicos de cada una de las ramas (1) y (2). Supongamos para simplificar que sea el mismo.

Supongamos, pues, que el sistema en valores para la fase 1 sea el siguiente:

$$0,2v_1 + 0,4v_2 + 0,4 = v_1$$

$$0,5v_1 + 0,1v_2 + 0,6 = v_2$$

$$\text{(de donde } v_1 = 1,15 \text{ y } v_2 = 1,30)$$

Con la hipótesis de que la misma cantidad de trabajo directo es capaz de poner en funcionamiento el doble de equipos y de materias primas (y, para simplificar, en las mismas proporciones a_{ij}) para suministrar el doble de productos finales (es decir, si $\pi = 0,5$) tenemos, para la fase 2:

$$0,4v'_1 + 0,8v'_2 + 0,4 = 2v'_1$$

$$1,0v'_1 + 0,2v'_2 + 0,6 = 2v'_2$$

$$\text{(de donde } v'_1 = 0,58 \text{ y } v'_2 = 0,65)$$

La tabla inferior muestra entonces la evolución del sistema de los valores obtenidos con la misma cantidad global de trabajo, que no cambia:

Fase 1	Fase 2
Producción	
$1,0v_1 + 1,0v_2 = 2,45$	$2,0v'_1 + 2,0v'_2 = 4,92$
- Consumo productivo	
$0,7v_1 + 0,5v_2 = 1,45$	$1,4v'_1 + 1,0v'_2 = 2,92$
= Producto neto	
$0,3v_1 + 0,5v_2 = 1,00$	$0,6v'_1 + 1,0v'_2 = 2,00$

Una productividad más fuerte se expresa ya sea mediante la baja de los precios, permaneciendo las rentas nominales sin cambios, ya sea por precios sin cambios resultando entonces al alza las rentas nominales. Esta segunda opción es la que hemos aplicado en el cuadro de más arriba: aquí v'_1 y v'_2 son entonces dobladas y devienen $v'_1 = 1,16$ y $v'_2 = 1,30$.

Los resultados, a saber, el crecimiento del producto neto (de 100 a 230), son independientes del reparto (no se formula ninguna hipótesis relativa a los salarios o a la tasa de ganancia).

Si se examinase en cambio la evolución de un sistema expresado en precios, habría que introducir una hipótesis relativa al reparto de la renta.

El sistema precedente, expresado en precios, o sea:

$$(0,2p_1 + 0,4p_2 + 0,4w)(1 + r) = p_1$$

$$(0,5p_1 + 0,1p_2 + 0,6w)(1 + r) = p_2$$

completado por una hipótesis relativa al salario, por ejemplo que:

$$w = 0,2 p_1 + 0,2 p_2$$

puede reducirse a un sistema de "producción de mercancías exclusivamente mediante mercancías", que es aquí el siguiente:

$$(0,28p_1 + 0,48p_2)(1 + r) = p_1$$

$$(0,62p_1 + 0,22p_2)(1 + r) = p_2$$

cuyas soluciones son

$$p_1 / p_2 = 0,93$$

Para la fase siguiente, el sistema se convierte en:

$$(0,4p_1 + 0,8p_2 + 0,4w')(1 + r) = 2p_1$$

$$(1,0p_1 + 0,2p_2 + 0,6w')(1 + r) = 2p_2$$

Los resultados (precios relativos y tasa de beneficio) dependerán de la evolución del salario. En la hipótesis de un salario real que no cambia, es decir, si

$$w = 0,2 p_1 + 0,2p_2$$

el sistema reducido se convierte en:

$$(0,24p_1 + 0,44p_2)(1 + r') = p_1$$

$$(0,56p_1 + 0,16p_2)(1 + r') = p_2$$

cuyas soluciones son:

$$p_1 / p_2 = 0,98$$

de donde se extrae la tabla comparativa siguiente establecida en precios:

Fase 1	Fase 2
Producción	
$1,0p_1 + 1,0p_2 = 2,08$	$2,0p'_1 + 2,0p'_2 = 4,08$
– Consumo productivo	
$0,7p_1 + 0,5p_2 = 0,84$	$1,4p'_1 + 1,0p'_2 = 2,42$
= Producto neto	
$0,3p_1 + 0,5p_2 = 0,84$	$0,6p'_1 + 1,0p'_2 = 1,62$
en donde salarios	
$0,2p_1 + 0,2p_2 = 0,42$	$0,2p'_1 + 0,2p'_2 = 0,40$
y beneficios	
$0,1p_1 + 0,3p_2 = 0,42$	$0,4p'_1 + 0,8p'_2 = 1,22$

Se observará que la comparación entre las dos fases se ve oscurecida por el hecho de que la solución del sistema arroja precios relativos p_1 / p_2 y p'_1 / p'_2 diferentes según la evolución del salario. Desde luego sabemos por hipótesis que el sistema de la segunda fase permite obtener, con la misma cantidad total de trabajo, el doble de producto físico (de valores de uso) de (1) y de (2). Pero si hacemos que $p_1 = p'_1 = 1$, tenemos $p_2 \neq p'_2$, puesto que tanto p_1 / p_2 como p'_1 / p'_2 dependen del reparto. Aquí $p_2 = 1,08$ y $p'_2 = 1,02$.

El producto neto, en el que la medida del crecimiento en valor es independiente del reparto (en nuestro modelo, este producto neto en valor pasa de 1,00 a 2,00), se incrementa aquí pasando de 0,84 a 1,62 (tasa de crecimiento de un 193%) cuando se analiza la

evolución del sistema en precios en la hipótesis deducida relativa al salario.

El principal defecto del análisis en términos de precios por comparación al efectuado en valores no resulta del carácter “abierto” del modelo de Sraffa (a saber, que el equilibrio dinámico de la oferta y la demanda de cada producto, concretamente de bienes de equipo y de bienes de consumo, no es formalizado como condición interna del modelo, sino que simplemente se supone realizado exteriormente), por oposición al carácter “cerrado” (concluso) del modelo de Marx (donde el equilibrio en cuestión está formalizado en el propio modelo). Este defecto resulta de la sustitución de los precios, que dependen del reparto, por los valores, que no dependen de él. Por ello, el concepto de mejora de la productividad del trabajo (como medida del desarrollo de las fuerzas productivas), que es perfectamente objetivo en Marx (no depende de la tasa de plusvalía), no lo es en Sraffa o en cualquier modelo establecido en precios.

El marco sraffiano no se presta pues al análisis de las condiciones del equilibrio dinámico, ya que él no se interesa por el equilibrio oferta/demanda de cada tipo de productos, como el marco de Marx. No es posible, pues, deducir del mismo las proposiciones más arriba enunciadas relativas a la reproducción ampliada. Se trata de un modelo empírico y pobre, que permite en rigor deducir una evolución constatada, pero no inferir leyes de evolución.

Sin duda un sistema definido directamente en precios está perfectamente determinado –en el sentido en que lo están los precios relativos y la tasa de ganancia– en cuanto se da la tasa del salario real.

Pero entonces se plantea la cuestión de un patrón que Sraffa, en la tradición ricardiana, define de la siguiente manera: ¿existe un patrón que dejaría el producto neto invariado cuando el reparto (w

o r) se modifica de una manera autónoma? La respuesta a esta cuestión es negativa.

Veamos por qué.

Sraffa no analiza el sistema como Marx. Él excluye la fuerza de trabajo del proceso productivo para considerar el salario, no como el valor de la fuerza de trabajo, sino como una categoría del reparto. Por esta razón escribe el sistema del siguiente modo:

$$(0,2p_1 + 0,4p_2)(1 + r) + 0,4w = p_1$$

$$(0,5p_1 + 0,1p_2)(1 + r) + 0,6w = p_2$$

Nos propone, por añadidura, como es sabido, elegir como patrón el precio del producto neto, o sea:

$$0,3p_1 + 0,5p_2 = 1$$

Con este patrón, r y w se encuentran en una relación lineal independiente de los p :

$$r = R(1 - w)$$

En este patrón, r y w se encuentran en una relación lineal descrita por una recta de la figura próxima, mientras que en cualquier otro patrón se da una relación entre r y w que no es ni lineal ni monótona y que representa una curva de tipo C de la figura.

¿Pero es este patrón mejor que otro?

No.

1º) porque este patrón supone el tratamiento sraffiano del salario; si este está integrado en el proceso productivo como capital variable, el patrón varía cuando w varía: ya no es independiente de los precios;

2º) porque incluso en la formulación sraffiana el producto neto cambia con el tiempo (a resultas del crecimiento) y el patrón no es independiente de los precios, es elástico.

Así pues, si se reintegra a w en el proceso productivo, como hay que hacer, y sea cual sea el patrón, tenemos tres ecuaciones y cuatro incógnitas (p_1 , p_2 , r y w). Siempre es posible expresar r en función de w . Pero la relación ya no es lineal, ni siquiera necesariamente monótona decreciente.

El patrón-valor, en cambio, permite medir el progreso de las fuerzas productivas de una fase a otra.

No se hace justicia a Marx si se reduce su propuesta—elegir el valor como patrón de los precios— a la demostración de que este patrón “funciona”, es decir, que la transformación es posible. El debate sobre la transformación sigue siendo accesorio por muchos ríos de tinta que haya hecho correr.

De hecho, Marx buscaba un instrumento que permitiese medir el desarrollo de las fuerzas productivas. Este instrumento es el valor. En efecto, la cantidad de trabajo social necesario es la única “riqueza” en última instancia de la sociedad. Y el valor es independiente del reparto.

Este patrón-valor equivale a comparar los progresos de un sistema (0) con los de otro (1), (2), etc., a lo largo del eje de las ordenadas w . A lo largo de este eje $r = 0$ y el salario w absorbe todo el producto neto. El sistema que maximiza w para $r = 0$ maximiza la renta o minimiza el tiempo de trabajo social necesario para producir una suma de valores de uso determinada. Corresponde, pues, a unas fuerzas productivas más eficientes, más desarrolladas.

En cambio, el patrón Sraffa equivale a comparar los sistemas a lo largo del eje de las abscisas r . Para $w = 0$, $r = R$ y el beneficio absorbe todo el producto. La hipótesis $w \neq 0$ no modifica nuestro razonamiento ya que Sraffa anula el salario sustituyendo los bienes

consumidos por el salariado. Sraffa compara entonces los sistemas a lo largo de un eje horizontal situado en el eje de las r , partiendo de un punto cualquiera situado sobre el eje vertical w . El sistema que maximiza la tasa de beneficio R será considerado como superior. ¿No es lo mismo?.

No.

¿Y por qué no? Porque a lo largo del eje de las ordenadas ($r = 0$) la comparación de los sistemas toma en consideración simultáneamente (para un sistema de dos productos) los cuatro coeficientes que corresponden a los inputs mercancías y los dos coeficientes a_{01} y a_{02} que definen los inputs de trabajo directo. En efecto, los sistemas productivos (para $r = 0$) se convierten en:

$$a_{11}p_1 + a_{12}p_2 + wa_{01} = p_1$$

$$a_{21}p_1 + a_{22}p_2 + wa_{02} = p_2$$

y los precios p son entonces análogos a los valores.

En cambio, comparar los sistemas productivos a lo largo del eje de las abscisas para el que $w = 0$, es considerar solamente los cuatro primeros coeficientes (la producción de mercancías por medio de mercancías y no de mercancías y de trabajo directo) e ignorar los dos coeficientes de inputs de trabajo directo. En efecto, los sistemas se convierten entonces (para $w = 0$) en:

$$(a_{11}p_1 + a_{12}p_2)(1 + r) = p_1$$

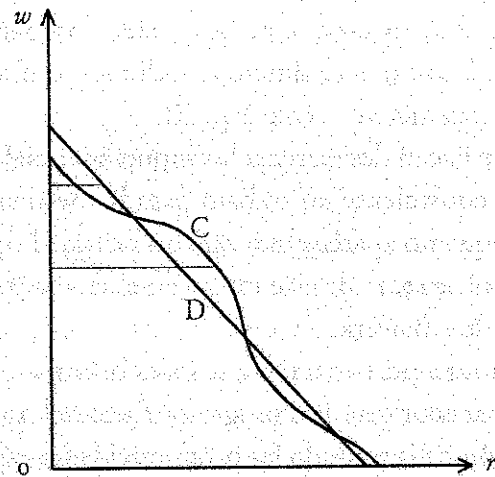
$$(a_{21}p_1 + a_{22}p_2)(1 + r) = p_2$$

El patrón-valor es superior porque es el único que considera la producción como resultante del conjunto de los coeficientes técnicos que la describen.

La conclusión de este análisis es fundamental: el sistema social

que maximiza la tasa de beneficio (para un salario dado) no maximiza necesariamente el desarrollo de las fuerzas productivas (la reducción del tiempo de trabajo social).

No hay forma de prescindir de la teoría del valor. Solo ella permite remitir todas las magnitudes económicas (precios y rentas) a un denominador común —el valor, es decir, la cantidad de trabajo social necesario— independiente de las reglas de reparto (explotación, competencia, etc.) y ello tanto para caracterizar una fase dada (análisis estático sincrónico) como para medir el cambio de una fase a otra (análisis dinámico diacrónico) del progreso de las fuerzas productivas.



La cuestión fundamental subyacente al debate —elegir como patrón el valor u otra cosa— es la de la medición precisa y objetiva del progreso de las fuerzas productivas.

Si se elige el mismo patrón para describir dos sistemas que se suceden en el tiempo o que son concomitantes, tenemos una relación entre w y r ilustrada por dos curvas de tipo C o por una recta D y una curva C.

En el sistema de Sraffa no existe patrón común posible para dos sistemas.

En este sistema, que reemplaza los salarios por sus equivalentes (los bienes consumidos por los asalariados), el trabajo desaparece de las ecuaciones de la producción; las mercancías solamente son producidas por medio de mercancías y sin intervención de trabajo (que sigue siendo subyacente); el excedente es totalmente atribuible al capital, ¡que se ha convertido en el único factor de la producción!

Hemos llegado así al estadio supremo de la alienación: las mercancías (subsistencias de los trabajadores incluidas) engendran hijos (una cantidad mayor de mercancías) sin que intervenga el trabajo en cuanto tal. Esta alienación suprema puede compararse con la del financiero que, como hace dinero con dinero, califica a este de intrínsecamente productivo (véase cap. II).

O también se hacen desaparecer los inputs materiales reemplazándolos por su equivalente en trabajo pasado. Se tiene entonces un sistema en el que no aparece más que un factor, el trabajo, pero es trabajo antiguo; se recae de este modo en el factor "tiempo productivo", a lo Bohm Bawerk.

Toda la economía post-marxiana se ha esforzado—para librarse de Marx— en situar el origen del "progreso" fuera del trabajo social. Con esta intención ha inventado las productividades específicas de los "factores de la producción" o ha reducido estos a la de la "mercancía" (Sraffa: las mercancías producen mercancías), a la del dinero (el dinero produce dinero), a la del tiempo ("time is money", la depreciación del futuro en Bohm Bawerk) o —actualmente— a la de la "ciencia" (el "capitalismo cognitivo" cuyo precursor era la eficacia marginal del capital tal como la entendía Keynes). Todo esto no son más que formas diferentes de la alienación fundamental propia del pensamiento social convencional —burgués.

Marx había completado su crítica de la realidad capitalista con la de los discursos destinados a legitimar las prácticas del capital, tanto los producidos por los grandes clásicos fundadores del pensamiento moderno en el campo de la nueva economía política (Smith, Ricardo) como los de la economía vulgar, presente ya en su época (Bastiat y otros). La crítica de los economistas post-marxianos no es menos necesaria. La han hecho unos cuantos buenos marxistas liberados del grillete de la exégesis pero desgraciadamente pasados de moda. Incluyo aquí mis propias contribuciones a la crítica de la mejor economía convencional que prolonga a los clásicos (Keynes, Sraffa), así como las de las nuevas formas de la economía vulgar ("la brujería de los tiempos modernos", como he escrito) que el lector interesado podrá encontrar en *El desarrollo desigual*.

Patrón y numerario

La economía vulgar confunde sin problemas el patrón, en el sentido de los desarrollos precedentes consagrados a la crítica del enfoque empirista (al estilo Sraffa), y el numerario, es decir, el denominador común que permite expresar las magnitudes propias de las ecuaciones del equilibrio general (en valor o en precio) en unidades homogéneas (llamadas francos, euros o dólares).

Marx evita esta confusión a pesar de los efectos de la existencia del patrón —el oro, en su época. El abandono de este patrón, en nuestra época, no comporta en absoluto el de la distinción entre el concepto de patrón y el de numerario. Este último puede ser perfectamente arbitrario, en el sentido en que su definición no modifica en nada las conclusiones del análisis de las condiciones de la acumulación.

Los precios relativos son independientes del numerario; sola-

mente los precios absolutos dependen de él. Tanto si se elige un numerario arbitrario cualquiera o un numerario correspondiente a una de las condiciones de Marx como si se elige el numerario real (el oro, por ejemplo), es muy poco lo que está en juego.

El sistema empírico en cuestión se presenta en efecto a la observación como un sistema de cuatro ecuaciones (para dos ramas):

(1) sistema productivo:

$$(0,2p_1 + 0,4p_2)(1 + r) + 0,4w = p_1$$

(2)

$$(0,5p_1 + 0,1p_2)(1 + r) + 0,6w = p_2$$

(3) salario:

$$w = 0,2p_1 + 0,2p_2$$

(4) numerario:

$$f(p_1, p_2) = 1$$

La forma algebraica más simple para definir el numerario (un concepto que no debe confundirse con el de patrón) es, por ejemplo:

$$p_1 + p_2 = 1$$

Estas cuatro ecuaciones no son más que una formalización tanto de la realidad inmediata, p_1 , p_2 , w , r y del numerario observado como de sus relaciones.

6. Leyes económicas del capitalismo y lucha de clases. De la economía política al materialismo histórico

El esquema de reproducción ampliada parece pues revelar la existencia de leyes económicas precisas, que, como toda ley, tienen una existencia objetiva, es decir, que, de grado o por fuerza, se imponen a todos.

La importancia del Libro II, *tal cual es* resulta esencial, pues muestra que, en el modo capitalista, la reproducción social se presenta en primer lugar como una reproducción *económica*. Mientras que, en los modos precapitalistas, donde la explotación es transparente, la reproducción implica la intervención directa del nivel superestructural, que aquí no es el caso. Conviene insistir en esta diferencia cualitativa.

Hasta ahora no se ha hablado de lucha de clases. Esta está por otro lado ausente del discurso directo del Libro II. Marx era ajeno al "economicismo", pero el marxismo histórico no lo ha sido. La reducción economicista lineal, asociada a una visión filosófica cientificista del "progreso", predominó en la segunda internacional y se acentuó todavía más cuando la socialdemocracia abandonó su referencia a Marx después de la Segunda Guerra Mundial.

En esta concepción de la historia, la lucha de clases, que enfrenta a burgueses y proletarios por el reparto del producto (la tasa de plusvalía), está subordinada a las leyes económicas. La lucha de clases solamente puede, como mucho, revelar la tasa de equilibrio objetivamente necesaria. Ocupa, en este marco, una posición análoga a la "mano invisible" de la economía burguesa. El lenguaje de la "armonía universal" de los intereses sociales desaparece para dejar lugar al de "las necesidades objetivas del progreso".

Tenemos aquí una reducción del marxismo a la economía política llamada marxista, o mejor, marxiana, que está en boga en el

mundo anglosajón con la etiqueta de *Marxian economics*.⁴ Según ella, existirían leyes económicas que constituyen necesidades objetivas, independientemente de la lucha de clases.

Pero a partir de ahí no se puede concebir verdaderamente la sociedad sin clases. Esta se parece como una gota de agua a otra a la sociedad de clase. El progreso de las fuerzas productivas la domina, como ha dominado toda la historia. Este progreso tiene sus propias leyes: la división cada vez más extendida del trabajo, de la forma por todos conocida. El capitalismo solamente es responsable de no poder proseguir con tanta eficacia la marcha del progreso. En cuanto a los escritos de Marx que juzgan severamente la miopía del fariseo incapaz de imaginar un porvenir en el que no se es artista pintor o tornero, son simples sueños utópicos. El capitalismo es, en el fondo, un modelo eterno. Solamente se le recrimina el “despilfarro” social representado por el consumo de los capitalistas, y la anarquía que comporta la competencia de los capitales. El socialismo pondrá fin a estos dos abusos organizando, sobre la base de la centralización estatal de la propiedad de los medios de producción, una “planificación racional”. ¿Y cómo se llega a este modo de producción estatal, etapa suprema de la evolución, sumisión sensata a las “leyes objetivas” para el mayor bien de toda la sociedad? Por la vía reformista, evidentemente: unos sindicatos que imponen un “contrato social” para el reparto de los beneficios de la productividad preparan la expropiación formal de los capitalistas inútiles, una vez que han servido de escuela de gestión a los cuadros y a las élites que representan al proletariado y que tienen vocación de organizar y mandar.

4. El mejor ejemplo de esto es el libro de Michio Morishima *Marx's Economics*, Cambridge University Press, 1973.

Salir del marco estrecho de la concepción economicista de la “economía marxiana” para elevarse al nivel de las exigencias de una lectura materialista histórica del capitalismo realmente existente es una forma de reacción contra este tipo de análisis. Se proclama entonces la supremacía de la lucha de clases, que ocupa el primer plano. El salario no resulta de las leyes objetivas de la reproducción ampliada; resulta directamente de la confrontación entre las clases. La acumulación se acomoda, si puede, al resultado de esta lucha. Y si no puede, el sistema entra en crisis, y eso es todo.

He avanzado aquí cuatro tesis relativas a la articulación entre las “leyes” económicas de la acumulación capitalista, por un lado, y las luchas sociales *lato sensu*, por otro. Entiendo por ello el conjunto de las luchas y de los conflictos sociales y políticos, nacionales e internacionales.

Tesis 1: Estas luchas y conflictos, en toda su complejidad, producen sistemas “nacionales” y un sistema mundial que se desplazan de desequilibrio en desequilibrio sin tender nunca hacia el equilibrio ideal formulado por los economistas convencionales o marxianos (y muy poco marxistas en mi opinión).

Tesis 2: La lógica inmanente del capitalismo —la maximización de la tasa de beneficio y de la masa de la plusvalía— genera un desequilibrio tendencial a favor de la clase dominante (la burguesía *lato sensu*) en detrimento de las remuneraciones del trabajo (en la diversidad de sus formas). La reproducción capitalista debería ser por eso mismo imposible. Y efectivamente la historia del capitalismo no es la de un “crecimiento continuo”, la de “un largo río tranquilo” capaz de asegurar el progreso continuo de la producción y el consumo, y de superar unos obstáculos accidentales que responden al nombre de “las crisis”. Con Paul Sweezy, al contrario,

leo esta historia como la de las largas crisis (1873-1945; 1971 hasta hoy y mucho más allá, sin duda) que reducen los momentos de crecimiento acelerado (y "sin problemas") a una pura excepción en dicha historia (como lo fueron los "treinta gloriosos" de 1945 a 1975). (*Itinéraire intellectuel*, p.187; *La Crise*, pp. 10-12).

Tesis 3: a pesar de este malestar permanente, el capitalismo ha conseguido hasta hoy salir del atolladero e inventar los medios eficaces de su adaptación a las exigencias de los cambios en las relaciones de fuerza sociales e internacionales. Esta tesis recuerda que el progreso de las fuerzas productivas en sus ritmos y sus orientaciones no es un dato exógeno autónomo, sino que resulta de la lucha de clases y se inscribe en las relaciones de producción, y que lo modulan las clases dominantes. Esta tesis recuerda también que el taylorismo ayer, la automoción y la "revolución tecnológica" hoy, son respuestas a las luchas obreras, del mismo modo que la centralización del capital, el imperialismo, las deslocalizaciones y todo lo demás. Pues en tanto en cuanto el capitalismo no sea derrocado, la burguesía tendrá la última palabra en las luchas. No hay que olvidarlo nunca. Es decir, que si las crisis no llevan a este derrocamiento, un acto siempre político, tienen que resolverse a favor de la burguesía. Los salarios "demasiado elevados" son roídos por la inflación, hasta que la clase obrera, cansada, cede. O bien la "unión nacional" permite que recaiga en otros el peso de la crisis.

La lucha de clases procede de una situación concreta que traduce la realidad de una base económica característica. Esta lucha modifica la base económica pero, mientras se permanece en el sistema capitalista, esta modificación se inscribe necesariamente en las leyes de la reproducción económica del sistema. Una modificación del salario afecta a la tasa de beneficio, determina un tipo de reacción de la burguesía que se expresa en unas tasas definidas

de "progreso", en unas direcciones dadas; modifica la división social del trabajo entre las dos secciones, etc. Pero en tanto en cuanto se permanece en el seno del capitalismo, todas estas modificaciones respetan las condiciones generales de la reproducción capitalista. En resumen, *la lucha de clases opera sobre una base económica y da forma a la transformación de esta base en el marco de las leyes inmanentes del modo capitalista.*

Los esquemas de reproducción ampliada ilustran esta ley fundamental según la cual el valor de la fuerza de trabajo no es independiente del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. El valor de la fuerza de trabajo tiene que elevarse de conformidad con el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta es nuestra manera de comprender el "elemento histórico" al que hace referencia Marx en la determinación de este valor. La otra respuesta lógica es la determinación rígida del valor de la fuerza de trabajo por la "subsistencia" (al modo de Ricardo, Malthus y Lasalle).

Pero esta necesidad objetiva no resulta espontáneamente del funcionamiento del capitalismo. Al contrario, topa constantemente con la verdadera tendencia inherente a este, que es la contraria. Los capitalistas tratan siempre de aumentar la tasa de plusvalía, y esta tendencia contradictoria es en definitiva la que se impone. Es así como entendemos el sentido de la "ley de la acumulación" y de la "pauperización relativa y absoluta" mediante la cual se manifiesta. Los hechos demuestran la realidad de esta ley, pero a escala del sistema capitalista mundial, no de los centros imperialistas considerados aisladamente: pues si en el centro, desde hace un siglo, el salario real se ha ido elevando de un modo progresivo paralelamente al desarrollo de las fuerzas productivas, en la periferia se manifiesta en toda su brutal realidad la pauperización absoluta de los productores explotados por el capital. Pero es ahí precisamente donde se detiene la tendencia pro-imperialista en el marxismo, porque es a

partir de ahí cuando el marxismo se vuelve subversivo (encontraremos de nuevo este problema de la lucha de clases en relación con la acumulación a escala mundial en el cap. IV).

El capital supera su contradicción inmanente con el desarrollo de una "tercera sección" cuya función es absorber el excedente de plusvalía que no puede ser absorbido en las secciones I y II, a consecuencia de la insuficiencia del crecimiento del salario real de los trabajadores productivos. Esta aportación decisiva de Baran y Sweezy para comprender el mundo contemporáneo nunca ha sido aceptada por los exégetas que se aferran exclusivamente al texto de *El Capital*.

El capitalismo ha experimentado, a partir de los años 1930, y sobre todo a partir de 1945, una transformación gigantesca que ha llevado a las actividades denominadas "terciarias" a unas dimensiones hasta entonces desconocidas. La lectura de esta transformación por parte de los economistas convencionales, incluido Fourastié, que fue el primero en proponer un análisis de la misma, ha sido acrítica, apologética de hecho. La nuestra no lo es.

Sin duda el "terciario" ha existido siempre, aunque solo sea porque no hay sociedad capitalista pensable sin un Estado cuyas funciones de regalía tengan un coste social, cubierto —fuera del mercado— vía impuestos. Sin duda igualmente la expansión de los "costes de venta" asociados a la competencia monopolística evocada más arriba, así como la autonomización relativa de las actividades comerciales y financieras, están en el origen del crecimiento acelerado del "terciario". Pero también, y no de un modo menos importante, lo está la expansión de los servicios públicos (educación, salud, seguridad social) producida por las conquistas de las luchas populares.

Sin entrar, pues, en el dédalo de las actividades denominadas "terciarias" —de naturalezas fundamentalmente diferentes— sola-

mente destacaré aquí las tesis que yo mismo he propuesto respecto a la articulación del inflamiento de esta sección III, de absorción de la plusvalía con el hecho imperialista: la concentración de las operaciones de control del sistema mundial por parte de los poderes de la tríada imperialista (Estados Unidos, Europa, Japón) a través de lo que yo he calificado de "los cinco monopolios del imperialismo colectivo de la tríada".

La captura del control de este inflamiento de las actividades "terciarias" opone las estrategias del capital, que se dedica, mediante la privatización de su gestión, a abrir nuevos campos a su expansión —más por expropiación que por nueva creación— a las estrategias populares de un eventual control democrático de las actividades implicadas.

La expansión vertiginosa del "departamento III" (de forma complementaria a los departamentos I y II del análisis de la acumulación propuesto en *El Capital*), que se ha convertido *de facto* en "dominante" en el sentido de que determina dos terceras partes o más de lo que la economía convencional califica de PIB (producto interior bruto) interpela ciertamente a las formulaciones de la ley del valor que nos propone Marx. Es también ahí donde residen principalmente los argumentos en favor de una supuesta "superación de la ley del valor".

Tesis 4: El capitalismo no se adapta a las exigencias del despliegue de las luchas y conflictos que configuran su historia más que al precio de la acentuación de su carácter destructor de los fundamentos de la riqueza —los seres humanos (reducidos al estatus de fuerza de trabajo/mercancía) y la naturaleza (reducida del mismo modo al estatus de mercancía). Su primera larga crisis (iniciada en 1873) se ha saldado con treinta años de guerras y revoluciones (1914-1945). La segunda (iniciada en 1971) ha entrado, con el hundi-

miento financiero de 2008, en la segunda etapa de su despliegue, forzosamente caótico, portadora de horrores y destrucciones que amenazan desde este momento a la humanidad entera. El capitalismo se ha convertido en un sistema social obsoleto (*Más allá del capitalismo senil*).

7. ¿Ha sido superada la ley del valor?

La identificación del valor como eje central del análisis crítico de la economía del capitalismo y por tanto de su presencia enmascarada por las operaciones de su transformación en precios observados no deja de ser un problema. Los desarrollos que el propio Marx dedicó a estas cuestiones son una invitación a los marxistas a no limitarse a la exégesis de sus textos sino a atreverse a ir más allá. En particular por lo que respecta al tratamiento (i) de los trabajos concretos de calificaciones diversas y de su reducción al concepto de trabajo abstracto; (ii) del tiempo exigido para la producción, la circulación y la realización de la plusvalía partiendo de la relación trabajo vivo/trabajo muerto transferido; (iii) de la identificación de los valores de uso; (iv) de los recursos naturales, tanto si son objeto de apropiaciones privadas o no; (v) de la definición apropiada, específica del capitalismo, del trabajo social y del análisis de sus relaciones con respecto a las otras formas de trabajo; (vi) de la acentuación de las formas de absorción de la plusvalía por el departamento III.

La evolución del capitalismo desde la época de Marx y las transformaciones gigantescas que han producido interpelan al análisis marxista. Una perspectiva que pretenda mantener e incluso profundizar esta crítica radical del capitalismo exige ir mucho más allá de las respuestas de Marx a los desafíos relativos a estas cuestiones.

Algunos marxistas, yo mismo entre ellos, lo han hecho. Mis intervenciones en estos debates, así como las propuestas que he formulado en respuesta a tales desafíos, han sido sumariamente retomadas en *Du Capitalisme à la civilisation* (pp.84-95).

Las corrientes actuales no son favorables a la prosecución de este empeño de enriquecimiento del marxismo, él mismo concebido como un marxismo sin fronteras en su crítica fundamental a la realidad del mundo capitalista. En lugar de enriquecer el pensamiento marxista, se prefiere enterrarlo y pretender que se vuelva a empezar. De este modo se cae a menudo —conscientemente o no— en las redes del pensamiento vulgar, acrítico por naturaleza. La crítica radical de la reducción del concepto de progreso al crecimiento del PIB que he propuesto (*Du Capitalisme à la civilisation*, cap.III, p.98 y siguientes) y —en contrapunto— la tesis que he adoptado asimilando progreso a emancipación (*Modernité, Religion et Démocratie*, capítulo introductorio) se inscriben aquí contra las corrientes actuales.

Hoy está de moda decir que la ley del valor está “superada”. Esta ley sería algo propio de la etapa industrial manufacturera del capitalismo, superada por la formación del “capitalismo cognitivo” contemporáneo. Se olvida de este modo que, por su naturaleza esencial, el capitalismo, hoy como ayer, se basa sobre unas relaciones sociales que garantizan el dominio del capital y la explotación de la fuerza de trabajo que le es consustancial. No puede ser de “otra” manera.

La invención del concepto de “capitalismo cognitivo” radica en la adhesión al método de la economía vulgar basado en la “medida” de las productividades específicas de los “factores de producción” (el trabajo, el capital, la naturaleza). Se “descubre” entonces que los progresos registrados por estas productividades factoriales no explican más que el 50, el 60 o el 70% del “progreso general”

(del "crecimiento"). Se atribuye esta diferencia a la intervención de la ciencia y de la tecnología, consideradas como constitutivas de un cuarto "factor", independiente. Hay quienes creen redescubrir en este concepto el *general intellect* cuya posición central en la definición de la productividad del trabajo social ya había señalado Marx. Pero no hay de hecho nada nuevo en ello, ya que el trabajo y los conocimientos científicos y técnicos son indisolubles en todas las épocas de la historia humana (*Du Capitalisme à la civilisation*, anexo 2, pp. 113-123). Yo he propuesto una crítica radical al método vulgar, al que acuso de separar artificialmente el trabajo (con los instrumentos que utiliza y en las condiciones naturales del marco en que se despliega) de los conocimientos científicos y técnicos sin los cuales es impensable. La operación es análoga a la de la teología cuando separa cuerpo y alma. (*Du Capitalisme à la civilisation*, pp. 77-84).

No hay más que una productividad, la del trabajo social que opera con los instrumentos adecuados, en un marco natural dado, y sobre la base de los conocimientos científicos y técnicos, constituidos en elementos indisolubles unos de otros. Lo que la economía vulgar disocia artificialmente, Marx lo asocia, dando así al concepto de valor que de este modo emerge su estatus fundamental, condición a su vez de una crítica radical de la realidad capitalista.

El concepto de capitalismo cognitivo es un *oxymoron*. Solamente se podrá hablar de una *economía cognitiva* cuando existan unas relaciones sociales diferentes de aquellas en las que se basa el capitalismo.

En lugar de esta deriva inspirada por las corrientes actuales, he tratado de formular las metamorfosis de las formas de expresión de la ley del valor que engendran las transformaciones del capitalismo.

En *Critique de l'air du Temps* (cap. V, pp. 66-80) he imaginado un "capitalismo" llevado al extremo en su movimiento de reduc-

ción del trabajo destinado a la producción material (el *hardware*, la "quincalla": objetos manufacturados y productos alimenticios) mediante de una generalización imaginaria de la robotización. Los departamentos de producción no movilizan más que una fracción ínfima de la fuerza de trabajo; esta por una parte se emplea en la producción de las ciencias y tecnologías (*software*) necesarias para el *hardware*, y por otra en los servicios asociados al consumo. En estas condiciones, las relaciones de dominio del capital se expresan en el reparto global, y el valor solamente tiene sentido a esta escala integrada y global. El concepto de valor solamente subsiste porque la sociedad permanece alienada en el economicismo.

Una vez que el sistema ha llegado a este estadio de su evolución ¿merece ser calificado todavía de "capitalismo"? Probablemente no. Se trataría de un sistema *neotributario* basado en el ejercicio de una violencia política sistemática (asociada a procedimientos ideológicos capaces de darle una apariencia de legitimidad), en sí misma indispensable para asegurar la reproducción de la desigualdad. Un sistema así es desgraciadamente pensable a escala mundializada, y está ya en vías de construcción. Lo he calificado de "apartheid a escala mundial". Las lógicas de las fuerzas que rigen la reproducción capitalista operan en esta dirección, es decir, en la que produciría "otro mundo posible", todavía más bárbaro de lo que lo han sido todas las sociedades de clase que se han sucedido en la historia.

Capítulo II

El capítulo del interés, la moneda y el Estado

1

Cuando se pasa al Libro III de *El Capital*, el lenguaje de Marx cambia bruscamente. Ya no se trata de mercancía-fetiche y de alienación, de valor de la fuerza de trabajo y de plusvalía. Marx nos habla ahora de clases sociales tal como se dan en la realidad concreta, de obreros, de capitalistas industriales, de capitalistas comerciales, de prestamistas, de terratenientes, de campesinos, etc., igual que nos habla de rentas tal como es posible captarlas directamente mediante estadísticas como el salario, el beneficio del industrial y el comerciante, el tipo de interés, la renta de la tierra, etc. Es el momento en que se inicia la superación de la economía política en cuestión y comienza la elaboración en términos de materialismo histórico.

2

Los desarrollos de Marx respecto a la moneda y el interés son dispersos. En los borradores de *El Capital* (concretamente en los *Grundrisse*), Marx nos ofrece una serie de reflexiones sumamente concretas: observaciones relativas a la política del tipo de descuento del Banco de Inglaterra o del Banco de Francia en aquel momento preciso de la historia, reflexiones críticas acerca de los comentarios

de los principales economistas de la época respecto a dichas políticas, etc. Ninguna teoría explícita. En cambio, en el Libro III, Marx nos propone una teoría del tipo de interés que es la siguiente: 1º el interés es la remuneración del capital-dinero (no del capital productivo); 2º es, pues, una categoría del reparto; 3º el tipo de interés viene determinado por el juego de la oferta y la demanda de capital-dinero que enfrenta a dos subclases, la de los prestamistas y la de los prestatarios; 4º este tipo es indeterminado y puede situarse en cualquier lugar en un espacio definido por un suelo (tipo nulo) y un techo (un tipo igual a la tasa de beneficio).

Esta teoría nos parece insuficiente. Por lo demás, Marx no tiene ninguna querencia particular por el recurso a la oferta y la demanda y en general, cuando lo hace es para plantear inmediatamente la cuestión: ¿qué fuerzas reales determinan esta oferta y esta demanda? Ahora bien, aquí no hay nada de esto.

Esta teoría es insuficiente, de entrada porque el suelo y el techo en cuestión son demasiado bajo uno y demasiado alto el otro. El tipo de interés no puede ser nulo porque a esta tarifa no habría prestatarios. Tampoco puede ser igual a la tasa de beneficio porque entonces los capitalistas productivos dejarían de producir y por tanto de pedir prestado.

Pero es sobre todo insuficiente porque el recurso a las dos subclases de capitalistas, imaginados de forma independiente uno de otro, está en contradicción con la tesis de Marx relativa a la moneda. Marx considera en efecto la demanda de moneda, la necesidad social de una cierta cantidad de moneda, como algo determinado a priori por las condiciones de la reproducción ampliada, estando la producción y los precios determinados, a su vez, independientemente de la cantidad de moneda ofertada. Esta postura, reconocida como rigurosamente anticuantitativista, nosotros la hemos prolongado y precisado con respecto a los esquemas de reproducción am-

pliada (véase el cap. 1). Marx sugiere por lo demás que la oferta de moneda se ajusta a esta necesidad, a esta demanda. La creación y destrucción del crédito por el sistema de las instituciones bancarias cumplen esta función.

Si es así, no se entiende cómo la oposición entre oferta y demanda podría determinar un tipo de interés cualquiera. No vemos dos subclases autónomas encontrándose en un mercado de préstamo. Lo que vemos es, por una parte, demandantes —el conjunto de capitalistas productores— que solicitan más o menos en función de si su propio capital es más o menos suficiente, y por otra parte instituciones que responden a su demanda. ¿Qué y a quién representan dichas instituciones? No representan a una subclase, la de los banqueros. Pues aunque los bancos son entidades privadas, aunque el banco emisor al que están sometidos, puesto que es este el prestamista en última instancia, es también una entidad privada, la política del Estado siempre ha intervenido (incluso en el siglo XIX) para regular esta oferta de moneda. El sistema monetario del capitalismo siempre ha estado relativamente centralizado, porque representa los intereses colectivos de la clase burguesa, como el Estado. Las “doscientas familias” accionistas del Banco de Francia no eran solamente capitalistas prestamistas, constituían también, mediante la banca, el núcleo principal de la burguesía francesa. Tenemos, pues, aquí una oposición no entre dos subclases, sino entre los capitalistas como individuos en oposición unos a otros (parcelación del capital), por una parte, y la clase capitalista colectivamente organizada, por otra. El Estado, las instituciones monetarias, no son la expresión de intereses parciales opuestos a otros intereses parciales, sino la expresión de los intereses colectivos de la clase, el medio para regular la confrontación de los intereses parciales.

La crítica radical de la economía política iniciada por Marx captó desde su origen la realidad de la dualidad “economía real/imagen

financiera” propia del capitalismo. El capitalismo no se expresa solamente a través de la propiedad privada de los bienes de producción reales (fábricas, stocks, etcétera). Se expresa igualmente a través de la propiedad de los títulos relativos a estas propiedades “reales”. La sociedad por acciones proporciona el ejemplo clásico del modo de financiarización asociado a la circulación mercantil de dichos títulos de propiedad. La dualidad capital real/capital ficticio no es pues el producto de una “deriva”, y todavía menos de una “deriva reciente”. A través de ella se manifiesta desde el principio la alienación específica del modo de producción capitalista. Esta sustituye la producción del trabajo social –única realidad objetiva– por la de los “factores” de producción separados, entre los cuales, evidentemente, el capital, asimilado a los títulos de su propiedad.

Esta asociación de las dos caras de la acumulación –real y “ficticia”– se inicia en el Libro III; pero Marx pensaba desarrollar este tema en los libros siguientes, que no tuvo tiempo de escribir.

La alienación del mundo moderno, capitalista, y también la de épocas más antiguas, separa “el cuerpo y el alma” y da al alma (hoy, la propiedad) la preeminencia sobre el cuerpo (hoy, el trabajo). Por desgracia, nuestra izquierda moderna, prisionera del positivismo empirista (particularmente anglosajón) y simultáneamente alérgica a Marx está, por eso mismo, mal equipada para captar la inmanencia de la dualidad en cuestión y de la ineludible financiarización.

La financiarización no es pues, de ninguna manera, una deriva deplorable, y su explotación no se despliega en detrimento del crecimiento de la economía “real” de producción. Hay una buena dosis de ingenuidad en las propuestas al estilo de la “socialdemocracia tomada en serio” que sugieren el control de la expansión financiera y la movilización del excedente financiero para sostener el crecimiento “real”. La tendencia al estancamiento es inherente al capitalismo de los monopolios, magníficamente estudiada por Ba-

ran, Sweezy y Magdoff. Así pues la financiarización no solamente proporciona al excedente de capitales su única salida posible, sino que constituye también el único acicate del crecimiento lento observado desde los años 1970 en Estados Unidos, Europa y el Japón. Hacer retroceder la financiarización solo debilitaría aún más el crecimiento de la economía “real”. Simultáneamente, esta ineludible financiarización fragiliza el equilibrio global y multiplica las ocasiones de “crisis financieras”, que, a su vez, se transmiten a la economía real. El capitalismo de los monopolios se ha financiarizado necesariamente; su reproducción se desplaza de “burbuja” en “burbuja”. Una primera burbuja explota forzosamente cuando la prosecución de su crecimiento “indefinido” se ve obstaculizado por cualquier motivo; y el sistema no puede salir de la crisis financiera ocasionada por esta explosión más que lanzándose a la fabricación e hinchazón de una nueva burbuja.

Los analistas de la izquierda crítica (la que rechaza la adhesión social liberal) creen poder proponer políticas que permitirían “regular” el capitalismo y obligarlo a tomar en consideración las exigencias sociales legítimas de los trabajadores y de los ciudadanos. Temen ser calificados de “radicales ilusos” (¡incluso de marxistas!) si se atreven a proponer algo más. Son, sin embargo, sus propuestas las que son poco realistas, por los motivos dados por Baran, Sweezy y Magdoff en sus precoces análisis de la “financiarización”, captada desde su origen, en los años 1980.

El hundimiento financiero de 2008 dio lugar a una oleada de desinformación organizada por los medios de comunicación dominantes con la ayuda de “expertos” que acusaban a los bancos de haber “abusado de las desregulaciones”, de haber “cometido errores de juicio” (las *subprime*) e incluso de falta de honradez, y rehabilitando en cambio a los “buenos capitalistas” que innovan e invierten en la producción real. Esta disociación no tiene ningún sentido;

los mismos oligopolios dominan igualmente los centros de producción y las instituciones financieras. Además, esta disociación procede de una "teoría" que ignora que el Estado de clases no puede ejercer sus funciones de Estado de clases más que situándose precisamente por encima de los intereses de los capitales parcelados para hacer prevalecer —mediante las finanzas en particular— el interés colectivo del capital. La "regulación" es el nombre dado a esta intervención permanente e ineludible del Estado.

Esta regulación opera en dos campos en los que el interés colectivo se impone. El primero es el de la regulación del ciclo, el segundo el de la competencia internacional.

3

La regulación de la coyuntura no es una supresión del ciclo, sino, al contrario, una acusación ordenada de su amplitud, medio de maximizar el ritmo de la acumulación en tiempos de prosperidad, y luego de ordenar esta mediante liquidaciones, reestructuraciones y concentraciones en tiempos de crisis. Regulación que encuentra su expresión ideológica en las teorías monetaristas de la coyuntura, es decir, en la tentativa de racionalizar la práctica burguesa de la competencia. El tipo de interés aparece como el instrumento por excelencia de esta regulación.

Cuando el Estado, por medio del sistema monetario, impone una subida del tipo de interés, el poder central interviene activamente en la vida económica, en el sentido de los intereses colectivos del capital. La subida del tipo de interés acentúa la crisis multiplicando las quiebras. Pero por ello mismo acelera el proceso de concentración del capital, condición de la modernización del aparato productivo y de las reconversiones convertidas en necesarias. La re-

ducción del tipo de interés, al contrario, acelera el ritmo de crecimiento y permite a la economía en cuestión obtener el máximo beneficio de su competitividad externa restaurada.

4

El segundo campo es el de la competencia entre capitalistas nacionales. En el siglo XIX, en tiempos de Marx, la regla del juego respecto a las relaciones internacionales de competencia entre las formaciones capitalistas centrales, es la del patrón oro (doble convertibilidad interna y externa). Asimismo, los flujos de metal amarillo son sensibles al diferencial de los tipos de interés. Ahora bien, estos flujos constituyen una fuente, positiva o negativa, de oferta de moneda a disposición de las instituciones monetarias nacionales. La práctica de la política monetaria, es decir, la manipulación de los tipos de interés, constituía, pues, un medio de intervención en la conducta de las relaciones entre las diferentes formaciones nacionales. También en este caso la subida de los tipos de interés en período de crisis contribuye a restablecer el equilibrio exterior amenazado durante el período de reconversión por el recurso a los capitales flotantes procedentes del extranjero.

Las modalidades de gestión de la competencia internacional no son ya las que Marx conoció y criticó. El abandono del patrón oro y la generalización de los cambios flexibles, por un lado, y el crecimiento del departamento III de absorción del excedente de plusvalía, por otro, han impuesto y permitido simultáneamente una diversidad extrema de procedimientos en las políticas económicas y financieras. Estas intervenciones se basan en una buena dosis de empirismo; están "las que funcionan" y las que no. Pero todas ellas movilizan por igual un vasto repertorio de "teorías", que van

desde Keynes a Hayek y a la escuela monetarista de Chicago. Reformulan sin cesar expresiones modelizadas que pretenden poder integrar los "datos" proporcionados por la observación y garantizar por tanto la eficacia de las políticas cuya implementación preconizan. Prolongar la crítica de los fundamentos y del método de la economía vulgar iniciada por Marx impone a su vez la crítica de todas estas teorías postmarxianas que surgen del campo de la economía vulgar (*Le Développement inégal*, pp. 66-98).

Por supuesto, el estudio del campo de la competencia internacional no puede reducirse al análisis abstracto de las relaciones mecánicas que conectarían entre sí las magnitudes económicas nacionales y extranjeras: volúmenes y precios de las importaciones y de las exportaciones, flujos de capitales y respuestas de estos a las tasas de beneficio y a los tipos de interés, etc. Siempre es posible, en este campo, pretender inducir leyes económicas de la observación empírica de los hechos. Se han elaborado miles de modelos econométricos con este propósito. Los resultados que se han obtenido con ellos han sido escasos. En la mayor parte de los casos las leyes inferidas de la observación del pasado no pueden verificarse en el futuro y no consiguen dotar a los poderes públicos de instrumentos eficaces. La razón de ello es que lo esencial queda a menudo al margen de estos modelos: el ritmo del progreso de las fuerzas productivas, los resultados de la lucha de clases y de los conflictos internacionales y los efectos de esta sobre aquel.

Creemos incluso que la razón por la cual Marx no desarrolló una teoría económica de las relaciones internacionales hay que buscarla en esta dirección. Marx, como es sabido, había anunciado en los *Grundrisse* y en varios planes del proyecto de *El Capital*, un capítulo sobre las relaciones internacionales que nunca llegó a escribir. ¿Fue porque no tuvo tiempo de hacerlo? Creemos más bien que renunció a escribirlo porque se dio cuenta de que no había teoría

económica posible del comercio mundial. Antes de abordar el aspecto económico de las relaciones internacionales (las "apariencias económicas", la parte emergente del iceberg), era preciso profundizar el análisis en términos de materialismo histórico. Del mismo modo que el análisis de lucha de clases a la escala de las formaciones nacionales había sido la base de la teoría del modo capitalista, un análisis de la lucha de clases a escala del sistema capitalista mundial es la condición previa para el análisis de la economía mundial. Por eso mismo una teoría "económica" de las relaciones internacionales es imposible. Tras haber recusado las teorías económicas del ajuste de la balanza de pagos, nosotros mismos hemos concluido la necesidad de llevar a cabo una investigación sobre las luchas de clases a escala mundial que configuran los ajustes estructurales entre formaciones nacionales en el marco de las cuales operan las leyes económicas aparentes (*Le Développement inégal*, pp. 88-112).

5

Los dos campos, el de la coyuntura interna y el de la competitividad exterior, están estrechamente relacionados. Y por ello el instrumento de la política monetaria sigue siendo el instrumento por excelencia de la política económica burguesa de Estado.

He aquí, pues, dos campos en cuyo interior operan las fuerzas que determinan los tipos de interés, dos campos derivados del materialismo histórico y no del económico. Pues la teoría económica (se sobreentiende: pura, es decir, ciencia autónoma respecto al materialismo histórico) ignora el Estado, expresión colectiva de la burguesía y los Estados nacionales de las burguesías centrales en conflicto. El marxismo, por su parte, no debería jamás ignorar estas dimensiones de la realidad social.

La ideología economicista burguesa ha producido en este ámbito decenas de teorías, miles de modelos y otras tantas recetas y escuelas. Pero lo propio de todas estas teorías, y es por lo que son ideológicas, es eludir precisamente el papel de la crisis en la restauración del orden (porque no hay que poner en duda el carácter armonioso del crecimiento capitalista; la crisis es siempre un accidente) y la naturaleza de la lucha por el reparto de la dominación del mundo (porque la ideología burguesa opone la economía, donde reina una competencia pacífica, a lo político, que es el lugar donde pueden darse las actitudes agresivas más desagradables).

Sin duda el contenido exacto de estas teorías ha tenido que adaptarse más o menos a la evolución real del sistema. Las transformaciones en las formas predominantes de la competencia (la formación de los monopolios), la interpenetración del capital industrial y financiero, la desaparición de la convertibilidad interna en metal precioso, la organización de bloques monetarios internacionales; todos estos fenómenos relacionados con el análisis del imperialismo han modificado las reglas del juego monetario y las relaciones entre las coyunturas interna e internacional.

Queda el hecho de que el objetivo supremo de esta ideología economicista es construir un modelo general del equilibrio monetario, completando el del equilibrio real de tipo walrasiano.

El método del materialismo histórico está en las antípodas del preconizado por la búsqueda del equilibrio monetario general. Y no es que ignore las técnicas y las políticas monetarias, sino que va más allá para resituirlas en su marco, el de instrumentos del Estado burgués en las luchas de clases internas e internacional.

Capítulo III

El capítulo de la renta de la tierra

I

Marx, como es sabido, toma prestada la teoría de la renta diferencial de Ricardo. No se trata de un razonamiento marginal. El marginalismo, en efecto, supone que la producción varía por el hecho de la asociación de dosis de un factor en cantidades crecientes a otro factor, fijo en cantidad. Aquí, la misma dosis de trabajo total (acompañado de la misma proporción de trabajo directo e indirecto) arroja resultados diferentes según la calidad de la tierra (que, al no ser homogénea, no es un factor). Como también se sabe, Marx prosigue con el mismo espíritu la teoría de la renta diferencial introduciendo la "renta II", intensiva, que completa la "renta I", extensiva. Demuestra de este modo que no ignoraba que la fertilidad no es natural sino que resulta del trabajo invertido en lo que puede llamarse la producción de la tierra. Algo que los agrónomos y los ruralistas saben bien pero que los economistas clásicos y neoclásicos continúan ignorando.

No es fácil poner en duda la existencia de rentas diferenciales. Pero la determinación de estas por diferencia entre la productividad del trabajo sobre un terreno dado y la productividad del trabajo sobre el terreno más desfavorecido no ha sido siempre convincente. Un autor que se considera marxista, Henri Regnault, ha tratado de reconstruir una teoría de la renta partiendo de una determinación

de los precios agrícolas por las condiciones promedio de producción, como en la industria.⁵ El terreno favorecido recibe entonces una renta diferencial positiva, el desfavorecido (con respecto al terreno "medio") una renta diferencial negativa. Esta solamente es posible si se da como deducción de una renta absoluta superior. Las rentas diferenciales resultarían, pues, de transferencias de propietarios desfavorecidos a propietarios favorecidos. Sobre esta base Regnault propone releer el análisis de los "efectos externos".

Hay en ello, ciertamente, una reflexión estimulante. Pero ¿dónde se sitúa verdaderamente el argumento de Marx (y el de Ricardo)? Lo que incomoda a Regnault es que, según él, este argumento haría intervenir, de manera poco habitual en Marx, la "demanda". No es esta nuestra opinión. A nosotros nos parece que el argumento se sitúa en otro terreno: el de la reproductibilidad o no de las condiciones medias. Si las condiciones medias son reproducibles (cristalizadas en un equipo que siempre puede ser adquirido), los capitalistas reciben superbeneficios (positivos o negativos) —y no rentas (ni siquiera rentas de monopolio)— según implementen equipos superiores o inferiores al equipo medio. Pero si se trata de las condiciones naturales de la producción, es decir, por definición, de las condiciones no reproducibles (más allá de su modificación posible, como se ve en la renta II), ¿acaso no desaparece el concepto medio?

Sea como sea, tanto si se trata de industria (medios reproducibles) como si se trata de agricultura (condiciones no reproducibles), la demanda interviene, y de la misma manera. Cuando se da un sistema productivo (poco importa aquí que se exprese en valores, al modo de Marx, o en precios, al modo de Ricardo-Sraffa) se su-

5. Henri Regnault, *La Contradiction foncière*, tesis, París 1975, documento mimeografiado.

pone que la producción se ajusta adecuadamente a la demanda: el reparto cuantitativo de la producción que excede al consumo productivo que exige entre cada producto, *i. . . , n*, responde a un reparto equivalente de la demanda de los asalariados y los capitalistas (incluida la demanda resultante de la ampliación de la reproducción). Marx no elimina el valor de uso y no cae en una visión unilateralmente basada en el valor de cambio.

Pero lo que aquí nos interesa es la renta absoluta, la de la tierra más desfavorable (y no marginal, destaquémoslo). Marx relaciona su existencia con la de una clase, la de los terratenientes.

¿Está determinado el nivel de esta renta? ¿Por qué y cómo? Marx habría podido hacer aquí un razonamiento similar al que hace respecto al interés y decir que la renta es indeterminada y que resulta de la confrontación entre las dos clases, propietarios y capitalistas, y admitir solamente un suelo —cero— y un techo —un nivel de la renta que absorbiera la totalidad de la plusvalía.

¿Por qué no? Pues se da por supuesto que la renta es una categoría del reparto, ya que el propietario no interviene en el proceso de producción. Evidentemente, el estatus de cada una de estas dos rentas de transferencia tiene su particularidad: si los propietarios se niegan a arrendar sus tierras no hay producción posible; en cambio, si el dinero desapareciera habría que crearlo. La tierra forma parte de las condiciones naturales de la producción; el dinero es una de sus condiciones sociales.

Pero, excepto esto, podría sostenerse el mismo razonamiento. Incurriría en la misma crítica: que el suelo es demasiado bajo (al nivel cero, la tierra no se arrienda) y el techo demasiado alto (si la

renta absorbe toda la plusvalía, los capitalistas dejan de producir).

Así pues, la cuestión parece ser: ¿está determinada la renta por alguna ley económica que forme parte del conjunto del sistema de las leyes relativas a la formación de los precios, o está determinada por una relación de poder pura y simple? De hecho, la cuestión está mal planteada y hay que sustituirla por otra: ¿cómo opera esta lucha de clases (propietarios contra capitalistas) sobre una base económica dada y cómo la modifica? Solamente así los dos campos —el de la economía y el de la lucha de clases— no estarían separados, sino captados conjuntamente, definiendo aquí y en cualquier parte el verdadero campo de la ciencia, el que lleva el nombre de materialismo histórico.

Sin embargo, aquí Marx da una respuesta simple a la cuestión de la determinación de la renta, una respuesta que no recurre más que a una realidad económica. Declara que la composición orgánica, más débil en la agricultura, determina el valor retenido por el propietario. Ya hemos dicho que considerábamos esta proposición inaceptable: por una parte en el plano empírico (la composición orgánica en la agricultura ¿es siempre inferior? ¿Por qué? Y si fuera superior, ¿tendría que ser negativa la renta?, y por otra parte en el plano lógico: aunque la composición orgánica fuese superior en la agricultura, la renta, impuesta por la propiedad, ¿no podría actuar para deformar los precios (con respecto a los precios de producción sin renta) del mismo modo que la competencia entre capitalistas deforma los precios de producción (con respecto a los valores)? Pero ¿no se cae entonces de nuevo en la indeterminación?

3

Preocupado por sustituir la de Marx por otra determinación eco-

nómica, Regnault ha tratado de relacionar la renta con el tipo de interés. He aquí, pues, su razonamiento clave, formulado en forma de discurso imaginario:

“Vosotros poseéis los capitales, yo poseo el terreno. Vosotros podéis arrendar el terreno, yo puedo pedir prestados los capitales mediante el tipo de interés. Si vosotros invertís 100, habréis ganado $100r$ (r es la tasa de beneficio). Si yo pido prestados 100, gano $100(r - i)$. Para arrendar mi terreno os pido $100(r - i)$.”

Y Regnault concluye que la renta absoluta sale de la existencia de un mercado de capitales en el que el interés es inferior a la tasa media de beneficio. También hay que destacar que esta determinación no tiene que confundirse con la determinación del precio del suelo por capitalización de la renta.

Lo que nos incomoda aquí es que el capitalista que aceptaría pagar un arrendamiento igual a $100(r - i)$ ya no lograría el beneficio medio r . ¿Por qué aceptaría entonces invertir en esta rama a menos que pueda añadir a sus gastos de producción el beneficio medio) ¿Por qué tendría que renunciar a su estatus de capitalista (recibiendo r) y contentarse con el de un prestador de dinero, recibiendo $r - (r - i)$, es decir, i ? El problema se ha alejado, pero sigue estando ahí.

4

La mayoría de marxistas que se han interesado por la renta entre los autores que no se conforman con hacer la exégesis de Marx, se han inclinado hacia la indeterminación en el plano de lo económico después de rechazar la determinación por las composiciones orgánicas comparadas.

La única conclusión que se puede extraer de un sistema ricar-

diano, neoricardiano o sraffiano, en el que se introduzca la renta absoluta, es que la renta y el beneficio son inversamente proporcionales. La teoría económica no puede, por tanto, dar cuenta del nivel de esta renta, de su determinación.

Parece efectivamente indiscutible que la punción sobre el producto neto que representa la renta absoluta modifica los precios relativos y reduce la tasa de beneficio, igual que lo hace una subida del salario (sabemos que los precios relativos y la tasa de beneficio dependen del salario). La demostración de este hecho puede llevarse a cabo bien a partir de los esquemas de la transformación de Marx, bien a partir de un modelo sraffiano.

Consideremos por ejemplo un esquema de transformación con dos ramas (1) y (2), una tasa de plusvalía del 100% y composiciones orgánicas diferentes. Sin renta absoluta, el esquema de la transformación, en el caso del ejemplo ilustrativo descrito en la tabla siguiente, arroja una tasa de beneficio de un 28,5% y unos precios $p_1 = 38,5$ y $p_2 = 51,5$.

			Sobreproducto		Valores (5)	Precio de producción (6)
	Capital constante (1)	Capital variable (2)	Forma plusvalía (3)	Forma beneficio (4)		
Rama (1)	20	10	10	8,5	40	38,5
Rama (2)	30	10	10	11,5	50	51,5
Total 20	50	20	20	20	90	90

Si ahora suponemos que la rama (1) soporta una renta absoluta de 4 y para una tasa media de beneficio r proporcional al capital avanzado (respectivamente 30 y 40), tenemos:

$$\text{Rama (1): } p_1 = 30(1 + r) + 4(\rho = 4)$$

$$\text{Rama (2): } p_2 = 40(1 + r)$$

$$\text{y } p_1 + p_2 = 90$$

$$\text{que da } p_1 = 40,9 \quad p_2 = 49,1 \quad \text{y } r = 23\%$$

Por supuesto, no hay motivo para que la punción que representa la renta absoluta esté determinada por adelantado y en términos de valores. Lo único que puede decirse es que, si existe ($\rho \neq 0$), por una parte comporta una modificación de los precios relativos y de la tasa media de beneficio, y por otra parte su magnitud podría definirse en términos reales, como el salario, en función de los propios precios, de forma general:

$$\rho = \alpha p_1 + \beta p_2$$

Por supuesto es igualmente posible la inclusión de la renta en un esquema sraffiano y las conclusiones de esta operación son idénticas. La renta absoluta, expresión de una relación social, no puede estar determinada por la ley económica, natural, simple.

Pero nosotros creemos, precisamente por esta razón, que esta crítica se detiene allí donde los problemas empiezan a ser interesantes. Pues lo que nos importa es cómo se determina la renta en el campo del materialismo histórico.

Se ha dicho que el materialismo histórico no puede reducirse a una teoría de juegos desgajada de su base económica. No es un ejercicio formal que permitiría fijar el punto de equilibrio entre dos o tres actores sociales (burguesía y proletariado o estas dos clases

más la de los terratenientes) que se enfrentan por el reparto de un determinado pastel.

5

Pero antes de proceder a este análisis nos parece útil recordar que Marx, tanto en *El Capital* como en otros escritos "políticos" ya había respondido a su manera a esta problemática.

Después de determinar la renta por las composiciones orgánicas comparadas, Marx pasa en efecto al orden del día y examina en los capítulos siguientes la historia de la renta. ¿Qué hace en este momento? Se olvida completamente de las composiciones orgánicas, no hace ninguna alusión a ellas, no trata de ofrecer ningún indicio acerca de lo que son. Por otra parte deja de hablar de terratenientes en general para hablar, en el caso de Inglaterra, de *landlords* (que él opone a los *farmers*) y, en el caso de Francia, de *paysans* [campesinos].

Entramos ahora de lleno en el campo del materialismo histórico.

El caso que él estudia, el de Inglaterra, es rico en enseñanzas sobre su método, sobre la manera como determina la renta en el campo del materialismo histórico. Mientras la clase de los terratenientes ingleses comparte el poder con la burguesía (y ahí vemos de nuevo al Estado interviniendo para ampliar el campo de lo económico) una renta elevada amputa el beneficio. Esta renta viene determinada por la división del trabajo entre la agricultura y la industria que se impone en tanto en cuanto la economía inglesa tiene que alimentar a sus obreros sin importaciones de trigo (prácticamente prohibidas por las *Corn Laws*). Se puede demostrar que el sistema económico, para responder a la exigencia de equilibrio de

oferta y demanda de los productos agrícolas, por una parte, e industriales, por otra, asigna a la renta un nivel dado. Más allá de este nivel, la acumulación en la industria disminuye y la oferta de trigo es excedentaria con respecto a la demanda. Más acá de este nivel, se produce la situación contraria.

Este ejemplo demuestra que Marx no excluye de su análisis la estructura de la demanda, sin reducir de todos modos este análisis a un "equilibrio general" (al estilo Walras) que no es más que una descripción estática y que en el plano de la explicación es pura tautología. Marx supera el problema por cuanto considera el equilibrio de la oferta y de demanda.

Ya hemos visto cómo integra Marx la demanda en el proceso de acumulación y cómo es el equilibrio dinámico de la oferta y la demanda de bienes de producción y bienes de consumo lo que cierra el sistema, determinando simultáneamente, sobre la base de un salario real dado (el valor de la fuerza de trabajo), los precios relativos y la tasa de beneficio. Este primer modelo no comportaba más que dos clases (proletarios y capitalistas) y dos rentas (salarios y beneficios). El cierre del sistema implicaba un determinado reparto de la fuerza de trabajo entre cada sección I y II, es decir, una modalidad adecuada de la división del trabajo, conforme a la estructura de la demanda.

Así pues, una vez introducida la renta absoluta $\rho = f(p_1 p_2 \dots)$ se proseguirá el mismo razonamiento. Si los datos técnicos de la producción (inputs materiales e inputs de trabajo directo) y el salario real (el valor de la fuerza de trabajo) están dados, si por otra parte el destino de la renta es conocido (por ejemplo, destino íntegro a consumo de lujo), para un sistema dado no existe más que un nivel de la renta que permita el equilibrio dinámico. Lo mismo puede decirse *mutatis mutandis* del salario. Pues, para un nivel de la renta más elevado, y una reducción del beneficio, el crecimiento

disminuye y ello afecta al mercado de trabajo en el sentido de una modificación a la baja del salario. Inversamente, la reducción de la renta comporta una crisis de realización: los beneficios demasiado elevados alimentan una producción creciente que no puede encontrar salida sin cambio de los salarios.

El modelo comporta desde este momento tres clases y tres rentas. Las luchas y las alianzas entre estas tres clases operan sobre la base de un sistema económico definido por modalidades adecuadas de la división del trabajo y, a su vez, como hemos visto en el caso de la lucha entre las dos clases fundamentales, modifican las condiciones del funcionamiento de este sistema.

Pues las luchas de clases modifican esta base económica. Efectivamente, ¿cómo consigue la burguesía inglesa reducir la renta de los *landlords*? Mediante la abolición de las *Corn Laws* y la sustitución del trigo inglés por el trigo americano, que no paga renta (porque no hay *landlords* al otro lado del Atlántico). Es pues mediante el establecimiento de una nueva alianza de clases (capitalistas ingleses aliados con los granjeros americanos) como la burguesía inglesa se libera de su adversario local. A su vez, esta redistribución de las fuerzas modifica la división del trabajo. En Inglaterra permite una aceleración de la industrialización, y en América el desarrollo de la agricultura. A escala del conjunto Inglaterra-América, las leyes económicas del equilibrio oferta-demanda reaparecen "sin renta".

Cuando Marx analiza el caso francés, en cambio, habla de la alianza burguesía/campesinado. Aquí se trata de campesinos (propietarios de su tierra y de su capital que solo marginalmente explotan trabajo asalariado). Marx evita dividir la persona de estos campesinos en tres seres —el propietario, el capitalista y el proletario— como osarán hacer más tarde nuestros economistas neoclásicos. Marx sabe que en este caso se trata de un modo de producción campesino articulado (y dominado) por el modo capitalista. Sabe

que, en este modo campesino, la subsistencia es importante, pero también sabe que la dominación del capital impone la comercialización de una fracción del producto. La alianza burguesía/campesinos (alianza desigual en la que domina la burguesía, pero alianza al fin y al cabo contra el proletariado) halla su expresión en la política agrícola del Estado francés (proteccionismo y otras medidas que permitan un precio relativamente elevado de los productos agrícolas). Que esta política resulte en un nivel de vida campesino más elevado que el de los proletarios (comparación difícil de hacer) es una posibilidad. Pero no es útil calificar de renta a la diferencia entre el ingreso global de los campesinos (subsistencia más producto comercializado) y la suma de la contrapartida de su trabajo y de la remuneración de su capital. También aquí esta alianza tiene efectos "económicos" y funciona sobre la base de una división del trabajo diferente de la que caracteriza a Inglaterra.

Progresivamente, por lo demás, a medida que el peligro proletario se aleja (después de 1871 y con la expansión imperialista) la burguesía da menos importancia a la alianza campesina. Se las arregla para reducir los precios agrícolas y acaba —tardíamente— por ajustar la remuneración del trabajo campesino al valor de la fuerza de trabajo. El acento puesto por toda una línea de investigación en Francia sobre el "dominio formal" que vacía de contenido a la propiedad campesina (puesto que dicha propiedad no da derecho a una pseudo-renta) encuentra aquí las condiciones objetivas que le han permitido desarrollarse sistemáticamente. La colonización —y la hegemonía socialdemócrata en el proletariado que la acompaña— ha facilitado por otra parte esta evolución. Así, la colonización en Argelia se beneficia de la existencia de "tierras sin amo" (por las leyes de expropiación de los argelinos) y el vino argelino, que no paga renta, permite reducir los ingresos de los viticultores franceses.

Solamente esta línea de análisis de la renta nos permite situar correctamente el problema de la determinación de la renta en *el campo del materialismo histórico*.

Desde este punto de vista, la escuela francesa —cuando todavía no había renunciado al marxismo— hizo contribuciones muy valiosas al análisis de la sumisión del campesinado “independiente” al capital dominante. Además enfocó en unos términos análogos el “tributo terreno urbano”, enriqueciendo de este modo a Marx.

Por lo que respecta a nuestra propia contribución, remitimos al lector a otros escritos⁶. Esta contribución, preocupada sobre todo por la articulación/dominación entre el capitalismo de la época imperialista y los modos campesinos de la periferia, constituye una transición con la continuación de nuestro plan, que se fija el objetivo de implementar el método del materialismo histórico como instrumento de análisis, no ya del modo capitalista (y de las formaciones centrales) sino del sistema capitalista mundial (de las formaciones centrales y periféricas en sus relaciones mutuas).

6. Samir Amin & Kortas Vergopoulos, *La Question paysanne et le capitalisme*, Anthropos 1974; Samir Amin, *Impérialisme et développement inégal*, 1976; “Le capitalisme et la rente foncière”, pp. 45-82; Samir Amin, Bjorn Beckman, Lin Chun & Abdelnasser Djabi, *Las luchas campesinas y obreras frente a los desafíos del siglo XXI*, El Viejo Topo, 2005.

La acumulación a escala mundial y la renta imperialista

Abordo ahora la metamorfosis del valor, que me parece de lejos la más importante por sus consecuencias, pues interviene de manera decisiva en los campos de todas las luchas sociales y de todos los conflictos políticos nacionales e internacionales del mundo moderno. Me refiero a *la transformación del valor en valor mundializado*.

“Intuí” la importancia de esta cuestión cuando estaba redactando mi tesis de doctorado (en 1954-56), aunque necesité unos diez años para hacer una primera formulación, todavía torpe, de la misma. La cuestión no la había planteado Marx. Y es pues en este sentido que yo pretendería —sin falsa modestia— haber contribuido a prolongar y a enriquecer el marxismo. La tesis no convenció demasiado a los pensadores de los marxismos occidentales, con la excepción, que yo sepa, de Giovanni Arrighi, Sweezy y Magdof. En cambio, fue bien recibida en Asia y en África, donde, por caminos diferentes pero finalmente confluyentes, ha contribuido a configurar un rostro asiático y africano del marxismo, a la emergencia de un verdadero “Marx sin orillas” (*La Déconnexion*, 1986, pp. 233-297).

El argumento es simple aunque doble.

El capitalismo histórico realmente existente ha sido siempre

imperialista, en el sentido preciso de que los mecanismos inherentes a su despliegue mundializado, lejos de "homogeneizar" progresivamente las condiciones económicas a escala planetaria, han producido, reproducido y profundizado, al contrario, el contraste que opone los centros (imperialistas) dominantes a las periferias dominadas. Es en esta asimetría donde se afirma, con una violencia todavía mayor que la imaginada por Marx, la ley de la pauperización indisolublemente asociada a la lógica de la acumulación del capital.

Pero, a pesar de esta asimetría permanente, el capitalismo es uno e indivisible. El capitalismo no son los Estados Unidos y Alemania mientras que la India y Etiopía solo lo serían "a medias". El capitalismo son los Estados Unidos y la India, Alemania y Etiopía considerados como un todo. Esto significa que la fuerza de trabajo tiene solamente un valor, el asociado con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas considerado a escala global (el *general intellect* a esta escala). En respuesta al argumento polémico que se había esgrimido en contra —¿cómo comparar el valor de una hora de trabajo en el Congo y en los Estados Unidos?— Arghiri Emmanuel había escrito: del mismo modo que se compara el valor de una hora de trabajo del peluquero de Nueva York y un obrero de Detroit. Hay que ser consecuentes. ¡No se puede invocar la mundialización "ineludible" cuando resulta conveniente y negarse a tomarla en consideración cuando constituye un estorbo!

Pero si no existe más que un valor de la fuerza de trabajo a escala del capitalismo mundializado, esta fuerza se paga, con todo, a precios muy diferentes. Desde luego se dan variaciones del precio de la fuerza de trabajo en los propios países capitalistas centrales, pero su amplitud se decuplica a escala mundial.

Es posible, pues, modelizar las expresiones de esta realidad, y a partir de ellas, medir su amplitud, si se quiere hacer este esfuerzo, es decir, la de la transferencia de valor de las periferias hacia los cen-

tros. Una transferencia oculta detrás del sistema de precios y salarios observados, impensable por tanto para el economista empirista vulgar. Formularé, pues, los términos de esta modelización necesaria para entender la metamorfosis que transforma la ley del valor en ley del valor mundializado en la primera parte de este capítulo

La segunda serie de argumentos es la relativa al acceso a los recursos naturales, las normas que regulan su gestión y los usos que se hace de ellos.

Ya no estamos aquí "en" la ley del valor, sino en las fronteras exteriores de la misma. Esta es la razón de que Marx no confunda "valor" y "riqueza" como sí lo hacen todos los economistas vulgares, incluidos los "marxistas" supuestamente "abiertos" a las "aportaciones" de la economía convencional. Marx concluye su crítica radical en *El Capital* con la afirmación de que la acumulación capitalista se basa en la destrucción de los fundamentos de la riqueza: el ser humano y la naturaleza.

Ha habido que esperar un siglo y medio para que nuestros ecologistas redescubrieran esta realidad, actualmente irrefutable. Es cierto que los marxismos históricos habían prescindido en gran parte de los análisis propuestos por Marx sobre el tema para adoptar el punto de vista de la burguesía —asimilado a un punto de vista "racional" intemporal— por lo que respecta a la explotación de los recursos naturales. Así pues, hoy hemos de retomar la cuestión desde el principio. Es cierto que la economía burguesa estaba obligada a tomar en consideración el "precio" del acceso a aquellos recursos que son objeto de una apropiación privada, y concibió por ello una "renta minera" análoga a su manera a la renta de la tierra. Se reconoce desde este momento que el desafío se sitúa en un plano muy diferente que ha de integrar el conjunto de los recursos no apropiados. Como veremos, la economía vulgar es incapaz de hacerlo, mientras que el enriquecimiento del marxismo lo permite.

La cuestión del tratamiento de los recursos naturales es indisoluble del análisis de la mundialización asimétrica producida por la expansión capitalista. Pues el acceso desigual a la utilización de los recursos del planeta constituye a su vez la segunda dimensión de la renta imperialista, no menos importante que la que resulta de la jerarquización mundializada de los precios de la fuerza de trabajo. Abordaremos todas estas cuestiones en la segunda parte de este capítulo.

1. La jerarquización mundializada de precios y la fuerza de trabajo

El sistema mundial no parece prestarse a formalizaciones algebraicas. Se compone en efecto de segmentos aparentemente heterogéneos, incluso heteróclitos: conjuntos de empresas capitalistas en franquicia que producen mercancías mediante técnicas más o menos eficientes que emplean trabajo asalariado cuyas remuneraciones reales son diversas; zonas de apariencia precapitalista donde determinados productos, solo parcialmente mercantilizados, se obtienen en el marco de modos campesinos diversos, con o sin extorsión del trabajo extra de diversas formas (rentas de la tierra, tributos, etc.); conjuntos de recursos naturales (mineros) el acceso a los cuales se ve más o menos dificultado (en función del derecho de los Estados que se los apropian o no). Además, no hay ninguna economía mundial a propósito de la cual sea posible hacer abstracción de los Estados. Estos existen no solamente en el plano de la realidad política, sino también en el económico. Los intercambios económicos entre estos Estados tienen que equilibrarse. Existen sistemas monetarios nacionales articulados entre sí. Etc.

Querer traducir el conjunto de estas realidades en un sistema

de ecuaciones parece algo imposible. De hecho, resumir un sistema considerado próximo a un modo capitalista puro en un modelo al modo de Marx (sección I y sección II expresadas en valores) o al modo de Sraffa constituye una simplificación cuya manipulación ha de rodearse de numerosas precauciones.

Y sin embargo, nosotros no consideramos que el recurso a esquemas relativamente simples tenga que ser proscrito. Cada uno de dichos esquemas tendrá un valor no solamente pedagógico sino incluso científico, aunque necesariamente limitado. Con la condición de que se defina precisamente lo que se da en ellos y que se sepa cuál es el significado de estos datos.

Un ejemplo. Es posible definir un sistema en el cual unas mercancías \dots, i, \dots, z se produzcan por medio de técnicas caracterizadas por unos inputs materiales A_{ij}^c y unas cantidades de trabajo directo L_i^c , y las otras por medio de otras técnicas caracterizadas por unos inputs A_{ij}^p y unas cantidades de trabajo directo L_i^p . Se puede caracterizar este sistema de la manera siguiente: 1º) una sola tasa de beneficio r , regla única de reparto para todo el sistema; 2º) un solo precio P^i para cada producto i ; 3º) dos salarios W^c y W^p diferentes ($W^c > W^p$). Determinadas mercancías (1 a m) tienen, en estas condiciones, un precio inferior si son producidas con las técnicas ($A_{ij}^c L_i^c$), y otras (n a z) si son producidas con las técnicas ($A_{ij}^p L_i^p$), en el bien entendido de que las producidas según las primeras pagan salarios W^c , las producidas según las segundas W^p y que en todos los casos el capital recibe una remuneración igual r .

Este sistema podría ilustrar (sin explicarlas) las condiciones de la reproducción (equilibrio ofertas-demandas, etc.) en un modelo que refleja una cierta realidad. Esta es la siguiente: 1º) todos los productos son mercancías mundiales (estas mercancías solo tienen un precio: el que se obtiene en las condiciones que lo hacen mínimo); 2º) el capital es móvil a escala mundial; 3º) el trabajo no lo es

y obtiene remuneraciones diferentes en el centro y en la periferia. Dicho de otro modo, se da una esquematización de la mundialización del proceso productivo en el sistema imperialista.

Un modelo de este tipo puede expresarse en términos sraffianos o en términos de valores. Es cierto que no se trata de un sustituto del materialismo histórico, como no lo son los esquemas del Libro II de *El Capital*. Pero es útil en tanto en cuanto explicita lo que parece ser en dicho sistema una ley económica objetiva. Es una base sobre la cual podrá operar el materialismo histórico.

Si se admiten los datos del sistema y se trata de permanecer en su marco, hay que plantearse inmediatamente tres cuestiones: 1º) ¿Por qué en la zona periférica no se combinan las técnicas $A_{ij}^c L_i^c$ con los salarios W^p , lo que produciría un beneficio superior al que se obtiene con las técnicas $A_{ij}^p L_i^p$? 2º) ¿Por qué en este caso no emigra todo el capital desde el centro hacia la periferia? 3º) En un momento dado, siendo la distribución de las técnicas la que es, la división internacional del trabajo de ella resultante (el centro se especializa en las producciones I a m intercambiadas por los productos n a z a los precios p_i) tiene que ser la misma.

La teoría económica trata de responder estas preguntas. Y fracasa. Hemos examinado las diferentes teorías producidas para dar cuenta del equilibrio de la balanza de pagos (teorías de los efectos-precio o de los efectos-intercambio); hemos mostrado el carácter circular de sus razonamientos (basados en la teoría cuantitativa de la moneda o en hipótesis relativas a las elasticidades de la demanda que suponen el resultado) y hemos concluido que se trataba solamente de una expresión de la ideología de las armonías universales. En cambio, cuando la teoría económica, abandonando estas pampinas, habla de efectos-renta "reequilibradores" da en el clavo. Pero invita entonces a plantear las verdaderas cuestiones que quedan

fuera de su ámbito: ¿cómo —es decir, bajo el efecto de qué fuerzas— se ajustan las estructuras? (Se trata de las luchas de clases a escala mundial).

El modelo ilustra un caso posible: aquel en el que el trabajo no es explotado uniformemente, es decir, en el que las tasas de plusvalía son desiguales. Para introducir esta hipótesis (en este estadio se trata solamente de una hipótesis) es necesario establecer el modelo en términos de valores, y no directamente en precios. La explotación desigual se manifiesta entonces mediante el intercambio desigual. La explotación desigual (y el intercambio desigual de ella derivado) determina la desigualdad en la división internacional del trabajo, puesto que deforma la estructura de la demanda, acelerando la acumulación autocentrada en el centro y modulando la acumulación dependiente extravertida a la periferia.

Uno o dos modelos de acumulación

Yo he propuesto (en *Le Développement inégal*, pp. 60-65 y 164-69) dos modelos de acumulación, uno de ellos relativo al centro y el otro a la periferia. El modelo central viene regido por la articulación de los dos departamentos I y II de *El Capital*, que de este modo expresa la coherencia de una economía capitalista autocentrada. En cambio, en el modelo periférico la articulación que rige la reproducción del sistema combina las exportaciones (motrices) y el consumo (inducido). El modelo es "extravertido" (por oposición al "autocentrado"). Traduce una "dependencia" en el sentido de que la periferia se ajusta "unilateralmente" a las tendencias dominantes a escala del sistema mundial en el que está integrada, estando estas tendencias reguladas por las exigencias de la acumulación en el centro.

Evidentemente, cada uno de los modelos (central y periférico) ha pasado por fases sucesivas que tienen sus propias características. Por ejemplo, el modelo periférico pasa del primer estadio (exportaciones agrícolas y mineras) al estadio de la industrialización por sustitución de importación (es el modelo general de la segunda mitad del siglo XX, en la era de Bandung) y de este al estadio de la industrialización generalizada de exportaciones en competencia con las industrias del centro (el modelo chino de los años 1990). Sin embargo, el modelo sigue siendo periférico en el sentido de que se inscribe en el ajuste unilateral a las exigencias de la mundialización.

Estas condiciones que regulan la acumulación a escala mundial reproducen por tanto el desarrollo desigual. Explican que los países subdesarrollados lo son porque están sobreexplotados y no porque estén atrasados (si han estado efectivamente atrasados, esto es lo que ha permitido su sobreexplotación).

Por otra parte la experiencia confirma este punto de vista. Todas las proyecciones de políticas de desarrollo dependiente elaboradas a precios constantes desembocan en un bloqueo por doble déficit de la balanza exterior y de las finanzas públicas; todas las proyecciones de estas mismas políticas hechas "ex-post" a precios corrientes (precios relativos de las importaciones y de las exportaciones) desembocan aún más rápidamente en ese mismo bloqueo. Esto solo tiene una explicación: que las estructuras de precio se deforman (por el efecto combinado de las luchas de clases a escala mundial) lo que produce un agravamiento de la explotación en la periferia.

La "recuperación", en el sentido que le da la falsa teoría de las "etapas del crecimiento", se hace imposible en el marco del capitalismo realmente existente, imperialista por naturaleza. Esta conclusión no se refiere solamente al pasado; interpela también al futuro

en construcción. La idea de que los países llamados "emergentes" están en vías de recuperación gracias a la profundización de su integración en la mundialización tal como es (y no puede ser de otro modo) carece de fundamento.

No por ello, sin embargo, dejan los "dos modelos" de ser constitutivos de una sola realidad, la de una acumulación que opera a escala mundial, caracterizada por la articulación de los dos departamentos I y II de Marx, captados desde este momento a escala global y no solamente a la de las sociedades del centro. Pues las exportaciones de la periferia se convierten a esta escala en elementos constitutivos del capital constante y del capital variable (cuyos precios reducen), mientras que sus importaciones desempeñan funciones análogas a las del departamento III, es decir, facilitan la realización del excedente de plusvalía.

Luchas sociales y conflictos nacionales e internacionales a escala mundial

El modelo de acumulación a escala mundial no implica una franca generalización de la forma capitalista de explotación en todo el sistema. El sistema supone solamente la producción mercantil y que las mercancías sean mercancías mundiales. En efecto, si la introducción para cada ecuación correspondiente a una producción de una tasa de beneficio r deja entender la forma capitalista generalizada, esta condición no es necesaria para la lógica del modelo. Se puede, por ejemplo, conservar la tasa r para las producciones a a s y anular esta tasa para las producciones t a z . Esto significaría que las mercancías n a s producidas en la periferia lo son por medio de empresas capitalistas (y en este caso se puede introducir también aquí las técnicas $A_{ij}^c L_i^c$ con la tasa W^p del salario), mientras que las

mercancías *t a z* son producidas por modos no capitalistas pero están sometidas al capital por su integración mercantil. Se evoca aquí la dominación formal. Es fácil demostrar que en este caso el trabajo extra captado por el capital dominante es todavía más importante, es decir, la sobreexplotación es mayor.

Es solamente ahora cuando se puede (y se debe) ir más allá del modelo, que sigue siendo económico. Se introducen entonces correctamente las luchas de clases.

En primer lugar, ir más allá es dar cuenta de la génesis histórica del sistema. Esto supone que se sepan definir y analizar los modos precapitalistas, observar y analizar los efectos de dominación del capital sobre estos modos, etc. Contribuciones como las de Frank, Giovanni Arrighi o yo mismo se sitúan en el marco de esta preocupación fundamental. Pero no son más que inicios. En este dominio, todavía poco desbrozado, se imponen unas tesis parciales, incluso temerarias. Muchas discusiones han enfrentado entre sí a estas tesis y seguirán haciéndolo, pero los progresos son evidentes porque la problemática anti-imperialista es común a todas ellas.

En segundo lugar, ir más allá es comprender que no hay leyes económicas autónomas con respecto a las luchas de clases. Este es el motivo de que hayamos dicho que una teoría económica de la economía mundial no era posible (*Le Développement inégal*, p.112). Fue igualmente por esta razón, a nuestro entender, que Marx renunció a su capítulo sobre la economía mundial. Hay, sin embargo, nostálgicos de la economía que intentan elaborarla.

Ir más allá es, pues, proponer articular las luchas de clases a escala mundial y hacer funcionar esta articulación sobre una base económica explicando cómo estas luchas modifican esta base, en qué sentido lo hacen, etc. Esta es nuestra preocupación y esta es sin duda la aportación esencial, mal recibida en Occidente. Sin responder aquí a estos análisis, recordaremos que nosotros distinguimos: 1º)

la burguesía imperialista que domina el conjunto del sistema y concentra en su beneficio una fracción importante del trabajo extra generado a escala mundial; 2º) el proletariado de los centros, que se beneficia de un crecimiento de su salario real más o menos paralelo al de la productividad del trabajo y que, en conjunto, acepta la hegemonía socialdemócrata (estando estos dos fenómenos relacionados entre sí como consecuencia de la estructura capitalista históricamente acabada, la acumulación autocentrada, y estando también relacionados con el imperialismo); 3º) las burguesías periféricas dependientes cuyo lugar viene definido por la división internacional del trabajo y cuya acción anti-imperialista eventual modifica esta; 4º) el proletariado de la periferia, sometido a sobreexplotación debido al carácter inacabado de la estructura capitalista, a la sumisión histórica de esta (su carácter de acumulación extravertido) y a la desconexión de ello resultante entre el precio de su fuerza de trabajo y la productividad del trabajo; 5º) el campesinado explotado de la periferia, sometido a veces a la doble explotación articulada de formas precapitalistas y del capital, y a veces directamente explotado por el capital solo por medio de la sumisión formal, y por tanto siempre sobreexplotados; 6º) las clases explotadoras de los modos no capitalistas organizadas en relación con el punto precedente.

Esta presentación simplificada al extremo ilustra el hecho de que la contradicción principal, la que gobierna a las demás y cuyas vicisitudes determinan en gran parte las condiciones objetivas sobre las que estas operan, es la que opone a los pueblos de la periferia (proletariado y campesinado explotado) al capital imperialista —y no, por supuesto, la periferia al centro en su conjunto.

Estas luchas determinan, en primer lugar, directa y simultáneamente, los precios relativos de los intercambios centro-periferia y las estructuras de la división internacional del trabajo. Determinan

la orientación y los ritmos de la acumulación en el centro, en la periferia y a escala mundial. Y condicionan por ello las luchas en el centro.

Estas luchas operan en un campo definido por contrastes y alianzas que se modifican de una fase a otra. La alianza socialdemócrata (hegemonía del imperialismo sobre las clases obreras del centro) es una constante en el capitalismo moderno, con la excepción de los momentos de crisis posibles en las que ya no puede funcionar. La dirección de la alianza de liberación nacional (proletariado, campesinado y burguesía, al menos en parte) se la disputan las clases populares (en cuyo caso la burguesía en su conjunto se pasa al enemigo) y la burguesía (que consigue entonces imponer al imperialismo nuevas formas de la división internacional del trabajo).

Estas luchas y alianzas determinan, pues: la tasa de la plusvalía a escala mundial y las tasas respectivas (diferentes) en el centro y en la periferia; el trabajo extra extraído en los modos no capitalistas sometidos; la estructura de precios de las mercancías mundiales mediante la cual esta plusvalía se distribuye (y particularmente compartida entre el capital imperialista y las burguesías dependientes); los salarios reales, a los niveles de su media mundial y de sus promedios en el centro y en la periferia; el volumen de las rentas de las clases no capitalistas (especialmente en la periferia); el equilibrio de los intercambios centro-periferia, flujo de mercancías y capitales (y por tanto los tipos de cambio), etc.

El marco del análisis, en términos de materialismo histórico a escala mundial, implica que se incluya el carácter mundial de las mercancías (y por tanto del valor) y la movilidad mundial del capital. No se trata más que de tendencias, por supuesto, pero son tendencias esenciales, puesto que representan la dominación del capital a escala del conjunto del sistema.

La conclusión que he sacado de la puesta en práctica de esta articulación economía capitalista mundializada/luchas sociales y conflictos políticos nacionales e internacionales, es que el “conflicto Norte-Sur” y el conflicto entre la tendencia a reproducir unas relaciones sociales propias del capitalismo, por una parte, y las exigencias de su superación socialista, por otra, son indisolubles (*Du Capitalisme à la civilisation*, p. 39 y ss.).

2. El acceso desigual a los recursos del planeta

La economía vulgar clásica solo se interesaba en los recursos naturales en la medida en que estos eran objeto de una apropiación privada. Trataba estos recursos como “factores de producción” que daban derecho, por este mismo hecho, a una renta determinada por la productividad del factor en cuestión. Al contrario, Marx analiza estas rentas como categorías del reparto, es decir, como punciones efectuadas sobre la plusvalía. Pues los recursos naturales no son creadores de valor, si bien constituyen un fundamento importante de la riqueza.

La explotación actualmente desmesurada de los recursos del planeta, tanto si son objeto de apropiación (como lo son en general los recursos del subsuelo) como si no (como en el caso del aire), ha impuesto un retorno a la cuestión del tratamiento de las condiciones “naturales” de la producción. La economía vulgar contemporánea se ha mantenido, sin embargo, en sus posiciones de principio, tratando de “integrar” en sus razonamientos habituales estos nuevos “factores de producción” para asignarles un “precio”. Por mi parte, procedo de otro modo, digamos que prolongando sin temor las reflexiones iniciadas por Marx. Pues la emergencia de estas cuestiones constituye precisamente el mejor testimonio de los límites que la

ciencia llamada económica no puede franquear, e invita a profundizar la crítica radical a la vez de la realidad que representa el capitalismo, por una parte, y sus representaciones alienadas formuladas por la nueva economía vulgar (llamada "verde"), por otra.

La cuestión de los recursos naturales —de todo el planeta— interpela por definición a la naturaleza misma del sistema mundializado asimétrico del capitalismo/imperialismo realmente existente. Las estrategias y las prácticas puestas en práctica por los centros dominantes se emplean para conservar en beneficio propio la exclusividad del acceso a estos recursos. La renta imperialista reviste por ello una segunda dimensión, que se añade a la derivada de la jerarquización mundializada de los precios de la fuerza de trabajo.

Abordaremos, en las páginas siguientes, el conjunto de estos problemas partiendo de la "renta minera" (el punto de partida histórico del tratamiento de los recursos naturales), para abrir luego el debate más amplio sobre los recursos no apropiados, y concluir con el examen de los principales conflictos Norte-Sur en torno a este desafío decisivo para el futuro de la humanidad.

Teoría y práctica de la renta minera

¿Puede extenderse la teoría marxista de la renta de la tierra al sector minero? Se trata aquí igualmente de un acceso necesario a las condiciones naturales de la producción, a propósito del cual el capital tropieza eventualmente con la barrera de la propiedad. Pero el sector minero presenta especificidades evidentes.

La primera es el carácter no renovable de los recursos explotados. Este carácter impone un coste de producción específico, que no es un elemento de la renta y que es el coste de sustitución. Este coste lo tiene normalmente en cuenta, en el sistema capitalista, el

explotador, es decir, el capitalista minero. Pero entonces esta toma en consideración viene determinada por las condiciones de funcionamiento del capitalismo, es decir, está doblemente limitada: 1º) por el horizonte temporal del cálculo capitalista del beneficio, y 2º) por el horizonte temporal de la concesión en virtud de la cual se otorga el acceso al recurso. Por lo general, estos dos horizontes no son mutuamente independientes. El minero se asegura, pues, una punción que utiliza para proseguir su explotación a la misma tasa de beneficio, hasta su agotamiento. Así, los mineros consagran una parte de su beneficio bruto aparente (en realidad, esta parte es un coste) a la búsqueda de nuevas reservas en la zona concedida y en otros lugares. El horizonte relativamente corto de la operación da cuenta de este hecho banal y conocido: que las reservas están en proporción con la producción y no a la inversa; en general, en cualquier momento de la historia las reservas parecen no poder durar más que unos veinte años de explotación.

El coste de agotamiento para la colectividad es algo muy distinto. Ya hemos expresado el punto de vista según el cual el control del devenir social por la sociedad implicaba un horizonte considerablemente más largo que el del cálculo capitalista, cuya racionalidad parecía, en esta ocasión, relativa y corta. Para la sociedad —que por ejemplo otorga la concesión por un acto de autoridad estatal— el problema se plantea en los siguientes términos: cuando el recurso se haya agotado, la punción en concepto de sustitución ha de permitir: o bien haber invertido lo suficiente para explotar, con el mismo coste social, una nueva mina del mismo producto; o bien haber invertido lo suficiente para sustituir este producto natural por un sucedáneo artificial del mismo valor de uso y al mismo coste; o bien, finalmente, haber invertido lo suficiente para conseguir sustituir este recurso por otra actividad productora en otro sector (que proporcione otros valores de

uso) pero considerada equivalente (es decir, que produzca el mismo valor añadido).

Varias cuestiones quedan abiertas: 1º) la de la incertidumbre de estos cálculos (a cincuenta años, por ejemplo), incertidumbre ineludible en cualquier sociedad, incluso socialista; 2º) la de saber cómo puede técnicamente una sociedad sin clases racionalizar de este modo sus opciones colectivas.

¿Hay que añadir que este cálculo supera la cuestión, sin solución además, de las "economías y deseconomías externas"? Estos últimos elementos pueden eventualmente tenerse en cuenta, parcialmente, en el capitalismo, por medio de medidas legislativas que impongan tasaciones compensatorias.

¿Hay que añadir también que el carácter no renovable es menos específico de la producción minera de lo que parece? El suelo agrícola tampoco es inagotable; solamente lo es si se mantiene; y la experiencia histórica del capitalismo ilustra también aquí los límites de su racionalidad (el despilfarro irreversible de las tierras en este sistema, particularmente en la periferia, es un hecho histórico). Pero hay más: los recursos aparentemente inagotables (el aire, el agua), a partir de una determinada intensidad de la industrialización, tienen que ser igualmente mantenidos, como se ha descubierto recientemente a propósito de los llamados temas medioambientales.

La segunda especificidad de la producción minera es de orden histórico. La producción minera surge y se desarrolla con el desarrollo del capitalismo, mientras que la producción agrícola ya existía, evidentemente, cuando apareció el capitalismo. Mientras que la renta de la tierra capitalista se incorpora a una categoría que la precede, la renta minera no tiene prácticamente relación con ningún antecedente. Pero salvo esto, en este estadio el sector minero no presenta particularidades.

Se reconocerán, pues, en este aspecto, rentas diferenciales que

tendrán, sin duda, sus formas de expresión específicas. La tecnología pesada aplicada en el sector minero pone el acento en las rentas de tipo II (ligadas a la intensificación de las inversiones) más que en las rentas de tipo I. La barrera a la entrada en el sector que representa el volumen de los capitales necesarios asocia frecuentemente a las rentas diferenciales unos superbeneficios de monopolio (en el sentido vulgar de la expresión) llamados tecnológicos, temporales o no, que no hay que confundir, al menos conceptualmente, con la renta.

La renta minera absoluta aparece eventualmente más allá de estos costes, rentas diferenciales y superbeneficios. Y es a este nivel, en las condiciones de su formación, de su determinación y de su asignación donde la renta minera absoluta presenta analogías, aunque también diferencias específicas, respecto a la renta de la tierra.

La renta minera, igual que la renta de la tierra, aparece cuando una clase social particular controla el acceso a los recursos en cuestión. Cada vez que los propietarios del suelo han hecho valer también sus derechos sobre el subsuelo, han impuesto una renta minera a los explotadores capitalistas. Ejemplo: la renta petrolera en Estados Unidos (hablamos de la renta absoluta de los propietarios de los yacimientos más desfavorecidos, no de las rentas diferenciales, captadas por otra parte por las sociedades que explotan los yacimientos más ricos, por ejemplo, en Oriente Medio). Pero en general, en la explotación minera, el Estado capitalista, actuando en nombre de los intereses colectivos de la burguesía demandante de un derecho de propiedad sobre el subsuelo, se contentaba con ofrecer a los sectores dominantes del capital un acceso casi libre a estos recursos (cargas simbólicas para las concesiones).

Lo mismo ha ocurrido a escala del sistema mundial. El control de los Estados imperialistas sobre las colonias e incluso sobre los Estados formalmente independientes ha tenido como corolario,

desde hace tiempo, el acceso libre de los monopolios a los recursos naturales de la periferia, como lo atestiguan las concesiones gratuitas otorgadas por las administraciones coloniales o arrancadas mediante la política de la cañonera, cuando no contra el pago de un canon simbólico, un "bakchich" del mismo tipo que los 'gastos imprevistos' políticos del capital y no de la naturaleza de una renta.

La renta minera apareció recientemente, al nivel del sistema mundial, cuando los Estados de la periferia empezaron a pretender imponer un canon real para el acceso a sus recursos.

Conviene distinguir claramente, a nivel conceptual, el Estado-rentista de la empresa capitalista explotadora, extranjera o incluso nacional, aunque ella misma sea una empresa estatal. Pues el producto de la mina se exporta y, por ello, las condiciones de su explotación, que permiten a la vez un beneficio para el capital de explotación y una renta, están determinadas por el conflicto, a escala mundial, Estados-propietarios/capital de los monopolios que dominan la explotación.

Por supuesto, los monopolios en cuestión no son el equivalente de los arrendatarios en la agricultura, del mismo modo que los Estados no son el equivalente de los propietarios de tierras. La analogía tiene unos límites evidentes. La formulación neoclásica superficial hablaría en este caso de "monopolio bilateral", por oposición a la doble competencia "pura y perfecta" de los arrendatarios y los propietarios. Pero nuestro análisis prefiere evitar este tipo de análisis formal y, por contraste, caracterizar las clases en juego.

3º) Hay que plantear aquí la cuestión de la determinación del nivel de la renta minera.

Tampoco en este caso es posible contentarse con una teoría del abanico: la renta se sitúa entre cero y el nivel en el que absorbería toda la plusvalía.

La economía vulgar está obsesionada por el falso concepto de

los "precios verdaderos", tanto se trate del precio de las mercancías normales como del trabajo, del dinero, del tiempo o de los recursos naturales. No hay "precios verdaderos" que el mercado tendría la virtud de "revelar". Los precios los productos combinados de las tasas de explotación del trabajo (las tasas de plusvalía), de la competencia de los capitales parcelados y de la punción extraída en forma de "rentas de oligopolios"; de las condiciones políticas y sociales que determinan el reparto de la plusvalía entre beneficios, rentas de la tierra y rentas mineras.

Las rentas mineras están pues determinadas por los compromisos resultantes de la confrontación entre los propietarios del subsuelo, por una parte, y el conjunto de la clase capitalista, por otra. Y precisamente porque la punción que representa la renta minera afecta al sistema de conjunto de la reproducción del capital, la intervención de los poderes públicos en este sector ha sido siempre decisiva.

La cuestión ecológica y el desarrollo supuestamente duradero

Abordamos ahora cuestiones que, como ya he dicho, invitan a salir del marco estrecho del razonamiento llamado económico.

Los trabajos de Wackernagel y Rees (primera publicación inglesa, 1996)⁷, inician una reflexión mayor para el pensamiento social radical orientado a la construcción del porvenir.

Los autores no se limitan a proponer un concepto nuevo, el de la huella ecológica, sino que elaboran un sistema para medirla y con este propósito inventan una unidad definida en términos de

7. Mathis Wackernagel & William Rees, *Notre empreinte écologique*, Montréal, Eco Société, 1999.

“hectárea global”, confrontando la biocapacidad de las sociedades/países (su capacidad para producir y reproducir las condiciones de la vida en el planeta) con el consumo de dichas sociedades/países de los recursos puestos a su disposición por esta biocapacidad.

Las conclusiones a las que llegan los autores son inquietantes. A escala de la humanidad, la biocapacidad de nuestro planeta es de 2,1 hag (hectáreas globales) per cápita (o sea, de 13.200 millones de hag para 6.300 millones de habitantes). Por el contrario, la media mundial del consumo de estas capacidades era ya —a mediados de los años 1990— de 2,7 hag. Esta “media” enmascara una dispersión gigantesca, habiendo alcanzado ya la media de los países de la tríada un múltiplo (del orden de 4 veces) de la media mundial. Una buena parte de la biocapacidad de las sociedades del Sur es captada por y en beneficio de los centros. Dicho de otro modo, la expansión del capitalismo realmente existente es un elemento destructor del planeta y de la humanidad, y la prosecución de la lógica de esta expansión exige o bien un verdadero genocidio de los pueblos del Sur, o bien su mantenimiento en una pobreza llamada a agravarse sin cesar. Se perfila una corriente ecológico-fascista que da legitimidad a este tipo de solución del problema.

El interés de estos trabajos va más allá de sus conclusiones. Pues se trata de un cálculo (digo bien, cálculo, no discurso) que se lleva a cabo en términos del valor de uso de los recursos del planeta ilustrado por su medida en hectáreas globales (hga), no en dólares.

Ya se ha hecho pues la prueba de que el valor de uso social puede ser objeto de cálculos perfectamente racionales. Esta prueba es decisiva por su alcance, puesto que el socialismo se define en los términos de una sociedad basada en el valor de uso y no en el valor de cambio. Y los defensores del capitalismo-fin-de-la-historia siempre han considerado el socialismo como una utopía irrealista

porque —según ellos— el valor de uso no sería medible, salvo confundiendo con el valor de cambio (basado en la “utilidad” de la economía vulgar).

La toma en consideración del valor de uso (cuya medida con la huella ecológica constituye un buen ejemplo) implica que el socialismo ha de ser “ecológico”, que solamente puede ser ecológico, como proclama Altvater (“Solar Socialism” o “no socialism”)⁸. Pero implica también que esta toma en consideración es imposible en un sistema capitalista cualquiera, incluso “reformado”, como veremos después.

En su época Marx no solo había sospechado la existencia del problema en cuestión. Había formulado ya la expresión de su existencia mediante la rigurosa distinción que estableció entre valor y riqueza, que la economía vulgar confunde. Marx dice explícitamente que la acumulación capitalista destruye las bases naturales sobre las que se asienta: el hombre (el trabajador alienado y explotado, dominado y oprimido) y la tierra (símbolo de la riqueza natural ofrecida a la humanidad). Y sean cuales sean los límites de esta expresión, prisionera como siempre de su época, no por ello deja de ser la manifestación de una conciencia lúcida del problema (más allá de la intuición) que merece ser tenida en cuenta.

Es pues lamentable que los ecologistas de nuestra época, Wackernagel y Rees incluidos, no hayan leído a Marx. Hacerlo les habría permitido ir más lejos en sus propuestas, captar mejor el alcance revolucionario de las mismas e incluso, evidentemente, ir más lejos que el propio Marx en este tema.

Esta deficiencia de la ecología moderna facilita su captura por la ideología de la economía vulgar en posición dominante en el

8. Elmar Altvater, *The Plagues of Capitalism* (artículo presentado en Caracas 2008).

mundo contemporáneo. Esta captura está ya en curso, e incluso está muy avanzada.

La ecología política (como la que propone Alain Lipietz) se situaba inicialmente en el ámbito de la izquierda política, “pro-socialista”. Después, los movimientos (posteriormente partidos) “verdes” se situaron en el centro-izquierda mediante la expresión de sus simpatías por la justicia social e internacional, la crítica del “despilfarro”, la sensibilidad respecto a la suerte de los trabajadores y de los pueblos “pobres”. Pero más allá de la diversidad de estos movimientos, habrá que constatar que ninguno de ellos había establecido una relación rigurosa entre la dimensión socialista auténtica necesaria en respuesta al desafío y la toma en consideración no menos necesaria de su dimensión ecológica. Para conseguirlo no es posible saltarse la distinción valor/riqueza que tiene su origen en Marx.

La captura del ecologismo por parte de la ideología vulgar avanza a paso de gigante. Miles de jóvenes investigadores en Estados Unidos, y por imitación en Europa, se han movilizado con este fin.

Los “costes ecológicos” son, en este contexto, asimilados a economías externas. El método vulgar del cálculo costes/beneficios propio de la medida del valor de cambio (confundido con el precio del mercado) se moviliza para definir un “precio justo” que integra las economías y las deseconomías externas. Y la cosa está hecha.

Por supuesto, los trabajos –muy matematizados– realizados en el marco de este método tradicional de la economía vulgar no dicen cómo el “precio justo” calculado podría convertirse en el del mercado realmente existente. Se imagina entonces que unos “estímulos”, fiscales o de otro tipo, podrían ser suficientemente eficaces para producir esta convergencia. La prueba de que podrían serlo brilla por su ausencia.

De hecho, como vemos, los oligopolios se han apoderado del ecologismo para justificar la apertura de nuevos campos a su ex-

pansión destructora. François Hourtat ha dado una ilustración decisiva de ello en su obra sobre los agrocarburos⁹. El “capitalismo verde” es desde este momento objeto de los discursos obligatorios de los hombres/mujeres de los poderes en la tríada (de derecha y de izquierda) y de los dirigentes de los oligopolios. Por supuesto, el ecologismo en cuestión se acomoda al punto de vista de la llamada “sostenibilidad débil” (jerga al uso), es decir, a la mercantilización de los “derechos de acceso a los recursos del planeta”. En el informe de la comisión de las Naciones Unidas por él presidida, presentado en la Asamblea General celebrada entre el 24 y el 26 de junio de 2009, Stiglitz se alinea abiertamente con esta posición, proponiendo la “licitación de los recursos mundiales (pesca, permiso para contaminar...)”. Una propuesta que equivale simplemente a apoyar a los oligopolios en sus ambiciones de hipotecar todavía más el porvenir de los pueblos del Sur.

La captura del discurso ecologista por la cultura política del consenso (expresión necesaria de la concepción del capitalismo-fin-de-la-historia) no está menos avanzada.

Esta captura toma el camino fácil. Pues responde a las alienaciones e ilusiones de que se nutre la cultura dominante, que es la del capitalismo. Camino fácil porque esta cultura existe realmente, está instalada y en un lugar dominante en la opinión de la mayoría de seres humanos, tanto en el Sur como en el Norte.

Por su parte, en cambio, la expresión de las exigencias de la contracultura del socialismo toma un camino difícil. Pues la cultura del socialismo no está aquí, ante nosotros. Es un futuro por inventar, un proyecto de civilización abierto al imaginario inventivo. Fórmulas como “la socialización por la democracia y no por el mercado”; “el dominio de la cultura sustituyendo al dominio de lo eco-

9. François Hourtat, *L'Agro-énergie*, Couleur Livres, Charleroi 2008.

nómico y lo político” no bastan, pese al poder que tienen de poner en marcha el proceso histórico de la transformación. Pues se trata de un proceso largo, “secular”, el de la reconstrucción de las sociedades sobre unos principios distintos de los del capitalismo tanto en el Norte como en el Sur, un proceso que no puede imaginarse como “rápido”. Pero la construcción del futuro, por lejano que sea, empieza hoy.

Ecología y marxismo

El punto de vista de las corrientes dominantes del ecologismo, en particular evidentemente el del ecologismo “fundamentalista”, no es el del marxismo, si bien unos y otros denuncian con toda razón los efectos destructores del “desarrollo” tal como es.

El ecologismo atribuye este efecto destructor a la adhesión de la “modernidad” a una filosofía calificada de “eurocéntrica” y de “prometeica” según la cual el “ser humano” no formaría parte de la naturaleza, sino que pretendería someterla para satisfacer sus necesidades. Esta tesis tiene un corolario culturalista fatal por cuanto inspira la apelación a la adhesión a “otra filosofía” que ponga el acento en la pertenencia de la humanidad a la “madre” naturaleza. Con esta idea y de hecho por oposición a la filosofía calificada de “occidental”, se hace el elogio de filosofías supuestamente alternativas y mejores, como la derivada de una lectura particular del hinduismo. Un elogio desconsiderado que ignora que la práctica de la sociedad “hinduista” no ha sido (no es) diferente de la de las sociedades llamadas occidentales, ni en lo que respecta al uso de la violencia (la sociedad hinduista no tiene nada de “no violenta” como pretende) ni por lo que respecta a la sumisión de la naturaleza a su explotación.

Marx desarrolla su análisis en un terreno muy diferente. Atribuye el carácter destructivo de la acumulación del capital a la lógica de la racionalidad del capitalismo, regida exclusivamente por la búsqueda del beneficio inmediato (la rentabilidad a corto plazo). Lo demuestra y extrae explícitamente esta conclusión en el Libro I de *El Capital*.

Estos dos métodos de lectura de la historia y de la realidad inspiran juicios diferentes sobre “lo que hay que hacer” para hacer frente al desafío (los efectos destructores del “desarrollo”). Los ecologistas se ven llevados a “condenar el progreso” y se alinean de este modo con los postmodernistas en este juicio negativo respecto a los descubrimientos científicos y a los avances de la tecnología. Esta condena inspira a su vez un método puesto en práctica para imaginar cómo podría ser el futuro que es, y es lo menos que se puede decir, poco realista. Se construyen así proyecciones que conducen al agotamiento de tal o cual recurso natural (las energías fósiles, por ejemplo) y se generaliza la validez de tales conclusiones –fatalmente alarmistas– afirmando, solo en principio y sin que la afirmación tenga un alcance relativo a lo que de ella puede deducirse, que los recursos del planeta no son infinitos. Se ignoran, pues, deliberadamente los descubrimientos científicos posibles del futuro que podrían aniquilar tal o cual conclusión alarmista. El futuro lejano, por supuesto, seguirá siendo desconocido y la garantía de que el “progreso” permitirá encontrar siempre la solución a los desafíos desconocidos venideros no existirá jamás. La ciencia no es un sucedáneo de la creencia en la eternidad (religiosa o filosófica). Situar en este terreno el debate sobre la naturaleza de los desafíos y la manera de hacerles frente no lleva a ninguna parte.

Por el contrario, situando el debate en el terreno desbrozado por Marx –el análisis del capitalismo– se está en condiciones de avanzar en el de los desafíos. Se producirán en el futuro descu-

brimientos científicos a partir de los cuales se podrán derivar tecnologías para el aprovechamiento de las riquezas de la naturaleza. Pero lo que sí puede afirmarse sin temor a errar es que, en tanto en cuanto la lógica del capitalismo impone a la sociedad la sumisión en sus opciones a las exigencias exclusivas de la rentabilidad a corto plazo (como implica la valorización del capital), las tecnologías que se pondrán en práctica para la explotación de los nuevos avances científicos solamente se elegirán si son rentables a corto plazo, lo que hará que comporten un riesgo elevado de ser ecológicamente destructivas, e incluso de que lo sean cada vez más. Solamente cuando la humanidad haya construido un modo de gestión basado en la toma en consideración de los valores de uso que sustituya en su gestión el valor de cambio asociado a la valorización del capital, se habrán reunido las condiciones para una mejor gestión de las relaciones entre la humanidad y la naturaleza. Digo bien: una gestión mejor, no una gestión perfecta y definitiva que aniquile los límites con los que topa todo pensamiento y acción humanos. La crítica precoz del eurocentrismo que yo mismo he propuesto (y que he retomado en la edición aumentada de *Modernité, Religions, Démocratie, Critique de l'eurocentrisme, Critique du culturalisme*, Parangon 2008), se situaba en la estela de la obra iniciada por Marx y en las antípodas del discurso culturalista postmodernista y supuestamente ecologista.

La elección por parte de los ecologistas de un terreno inadecuado para debatir estas cuestiones lleva a un callejón sin salida no solamente teórico sino sobre todo político. Pues esta elección permite la manipulación por parte de las fuerzas dominantes del capital de todas las propuestas políticas que de ella se deducen. Es sabido que el alarmismo permite a las sociedades de la tríada imperialista conservar su privilegio de acceso exclusivo a los recursos del planeta y prohibir a los pueblos de las periferias estar en condi-

ciones de hacer frente a las exigencias de su desarrollo —sea como sea este desarrollo, “bueno” o “malo”. No se responde correctamente a los discursos “antialarmistas” señalando el hecho —incontestable— de que estos discursos son creaciones de los “lobbies” (como por ejemplo el automovilístico). El mundo del capital funciona siempre de esta manera: los lobbies que defienden los intereses particulares de segmentos del capital se enfrentan sin fin. Hoy, los lobbies de los partidarios de las opciones energéticas se enfrentan a los lobbies del capitalismo “verde”. Los ecologistas no podrán salir de este laberinto si no comprenden que tienen que hacerse... marxistas.

El conflicto Norte-Sur por el acceso a los recursos del planeta

La cuestión de la “renta minera”, o más en general de la renta que los países pueden sacar de los recursos naturales situados en su territorio, es indisociable de la cuestión de las formas de ejercicio de la dominación del capital imperialista sobre las periferias subordinadas. El tratamiento de esta cuestión está entonces estrechamente asociado al análisis de las fases del imperialismo, de las alianzas de clases internacionales relacionadas con el mismo, y de las modalidades de la división del trabajo que estas determinan. A cada fase le corresponde, pues, una determinada disposición simultánea de las producciones y las demandas, una estructura adecuada del reparto de las rentas: jerarquización de las remuneraciones de la fuerza de trabajo, magnitud y tasa del beneficio, volumen y tasas de las rentas de la tierra, volumen de las rentas obtenidas de los recursos naturales.

En una primera aproximación distinguimos tres fases en la evolución de la acumulación del capital en el seno del sistema imperialista.

En el curso de la primera fase (a lo largo del siglo XIX y hasta

los años 1930 y 1960 del siglo XX, según los países y las regiones), la división internacional del trabajo, de tipo colonial, confina a la periferia en la exportación de productos agrícolas y minerales. Esta división del trabajo, basada en la alianza de clases entre el imperialismo y las clases dominantes locales tradicionales comporta una estructura de los precios relativos de las mercancías intercambiadas a escala mundial que favorece la acumulación del capital industrial en el centro, y permite la subida de salarios paralela al desarrollo de las fuerzas productivas.

Las estructuras de precios que corresponden a este equilibrio contienen las rentas de la tierra que remuneran a los hacendados aliados del imperialismo, pero no contienen rentas mineras, pues el capital de los monopolios imperialistas se reserva el acceso libre a los recursos del subsuelo de la periferia y confina a la burguesía de las regiones dominadas a su fracción *compradore**. Se olvida a menudo que el crecimiento fácil de los "treinta gloriosos" (1945-1975) estuvo asociado a un precio de la energía (del petróleo en particular) casi igual a cero.

La segunda fase de la mundialización asimétrica moderna se abre con las victorias de los movimientos de liberación nacional de los países de Asia y África, la "era de Bandung" (1955-1980) y el despliegue del Movimiento de los No Alineados. Esta segunda fase se caracteriza por la industrialización por sustitución de la importación. Esta impone la renovación de las alianzas de clases internacionales, la sustitución por la burguesía nacional de las antiguas clases dirigentes.

Durante esta fase el equilibrio dinámico continúa operando principalmente sobre la base de la expansión del mercado central,

* *Compradore*: Fracción de la burguesía nacional que privilegia los intereses extranjeros, de los que saca provecho. (*Nota del T.*)

alimentada por el crecimiento de los salarios, acentuada por el mantenimiento del intercambio desigual, continuando la periferia suministrando materias primas en unas condiciones de estancamiento de las remuneraciones del trabajo, con las que paga desde este momento las importaciones de bienes industriales de equipo que sustituyen a los bienes de consumo hasta entonces importados. Las rentas de la tierra a veces desaparecen, cuando la alianza feudal se rompe a causa de las reformas agrarias burguesas que establecen nuevas clases de *kulaks* y de campesinos medios. La reducción relativa de los precios de los productos agrícolas que le sigue conviene a la burguesía local implicada en la industrialización de sustitución igual que conviene al imperialismo, en la medida en que los productos agrícolas en cuestión continúan siendo exportados hacia el centro.

Sin embargo, fueran los que fuesen los límites de este primer momento del "despertar del Sur", el movimiento de los pueblos y de las naciones de Bandung en marcha, no tardarían mucho en plantearse la cuestión de la renta extraída por los Estados implicados de sus recursos naturales. Bandung proclamó el principio del ejercicio de la soberanía nacional sobre dichos recursos y, como es sabido, consiguió imponer, si bien tardíamente —en 1973— una revisión al alza de los precios del petróleo.

Este "reajuste" de las condiciones de acceso a los recursos naturales (el precio del petróleo es un símbolo del mismo) no era por naturaleza "anticapitalista". Al contrario, la inclusión de rentas (petroleras en ese caso) en los precios de los productos de los recursos naturales exportados por el Sur habría mejorado la capacidad de financiación de la burguesía periférica y le habría permitido participar en una nueva etapa de la industrialización basada esta vez en la exportación de productos industriales hacia los centros. La deslocalización de determinadas industrias abandonando el Norte y recreando una reserva de paro, habría permitido simultáneamente

elegir la tasa de beneficio. La expansión la habría iniciado entonces la industria de exportación del Sur, sobre cuya base nuevas industrias motrices podían retomar su expansión al Norte. Esta perspectiva—de naturaleza totalmente capitalista—de superar las contradicciones del sistema mundial constituía el programa de las burguesías periféricas de la época.

La tríada imperialista rechazó las propuestas del “nuevo orden económico internacional”, pese a que finalmente se impuso el reajuste de los precios del petróleo. Por lo demás, sobre este tema se han formulado tesis muy diferentes. Unas ponen el acento en las condiciones económicas objetivas de la producción de energía: la inversión de la tendencia de los costes relativos del petróleo, por ejemplo, que, tras disminuir durante un siglo, habría iniciado una larga fase de ascenso a partir de los años 1960-1970. Otras insisten en las contradicciones inter-imperialistas y subrayan la voluntad de Estados Unidos de invertir en su favor una situación que se degradaba (crisis del dólar, etc.) movilizándolo a las multinacionales del petróleo y a los Estados petrolíferos contra Europa y Japón. Algunos van incluso más lejos y ven en esta última colusión una manifestación de la estrategia de las multinacionales, que habrían optado por la alianza con los Estados del tercer mundo contra los Estados centrales. El objetivo de las multinacionales habría sido aumentar su tasa de beneficio mediante la deslocalización de las industrias por ellas controladas.

Los “reajustes” en las economías del Norte, destinados a “absorber el shock petrolero”, inspiraron en efecto unas estrategias que permitieron recuperar la ofensiva al capital para dismantlar las adquisiciones de sus clases obreras (el compromiso socialdemócrata de la postguerra). Estas estrategias consiguieron imponer a estas clases obreras las reestructuraciones necesarias para reanudar la acumulación, que se había estancado.

El proyecto del “nuevo orden” se puso finalmente en práctica (las deslocalizaciones son su expresión). Pero no bajo el control de las burguesías y los Estados de las periferias—y en su beneficio—como se había imaginado originalmente, sino por obra y en beneficio del capital de los oligopolios de los centros imperialistas. Esta operación iniciaba la época—corta—de la nueva mundialización llamada “neoliberal”, que yo he calificado de “segunda belle époque” (*Más allá del capitalismo senil*, pp.11 y ss.)

La asfixia rápida y esperada de esta fase de la mundialización creó las condiciones de una “segunda ola del despertar del Sur”, iniciada antes incluso del hundimiento financiero del 2008.

Las clases dirigentes y los Estados del Sur—al menos aquellos calificados de “emergentes”—han recuperado la iniciativa y se han lanzado a una industrialización y “modernización” aceleradas. La consecución de este objetivo exige que estos países se beneficien de un acceso cada vez mayor a los recursos naturales del planeta. Esto se produce cuando los costes de explotación de estos recursos, que escasean cada vez más, son considerablemente más elevados que en el pasado. Más allá incluso de estas cuestiones de costes, se ha iniciado ya la batalla en el terreno del acceso puro y simple a los recursos. La tríada imperialista pretende reservárselo—condición para proseguir su “modo de vida” y fundamento del consenso social que asegura la estabilidad del poder del capital—por medio del brutal control militar del planeta. Este conflicto Norte-Sur se ha convertido, por ello, en el principal conflicto de nuestra época.

La gama de los recursos naturales en cuestión es mayor de lo que se había imaginado no hace mucho tiempo. Incluye el petróleo y el gas y también los minerales raros, el agua y las tierras agrícolas—cuyo acceso y control se ha convertido en un motivo de conflictos—e incluso la atmósfera (y por consiguiente el clima).

En estas condiciones no es posible dirimir la cuestión de la de-

terminación de la renta minera (o más generalmente del coste de acceso a los recursos en cuestión) en términos generales. Esta cuestión ha de ser objeto de análisis concretos de situaciones concretas. Para cada mineral, hay unas circunstancias específicas que condicionan la lucha por la renta y las posibles salidas. Así, a modo de ejemplo comparativo, se podría citar el caso del mineral de hierro, durante mucho tiempo producido exclusivamente en los países desarrollados por su siderurgia nacional. No pudiendo sus grandes productores asegurar la satisfacción de las necesidades de la siderurgia de los centros, Occidente se ha procurado un "cinturón minero" compuesto de países seguros (Canadá, Brasil, África del Sur y Australia) que pueden proporcionarle mineral competitivo en cantidades suficientes para un futuro previsible. En estas condiciones, los productores del tercer mundo (Venezuela, Mauritania, Guinea, Liberia, Gabón, India, Malasia) son "marginados" y despojados de medios de negociación (sobre todo si Brasil continúa negándoles su apoyo). Pero, por otro lado, las necesidades financieras para la instalación de las siderurgias del tercer mundo son considerables. Cabe aquí la posibilidad de una asociación a tres bandas: los países siderúrgicos del tercer mundo, los países con medios financieros importantes (por ejemplo China y los países de la OPEP) y los países mineros. Dicha asociación reforzaría la autonomía colectiva del tercer mundo y disociaría el conjunto minero-siderúrgico de la periferia del conjunto central, cuyos efectos de dominación se ejercen actualmente a la vez sobre los países mineros y siderúrgicos del tercer mundo. La renta minera, en una asociación de este tipo, tendría que negociarse de Estado a Estado.

El uso que se hace de la renta por parte de los países que son sus beneficiarios finales depende evidentemente de la naturaleza de las clases en posición dominante. En el caso extremo —pero todavía frecuente—, esta renta puede ser derrochada por unas camarillas di-

rigentes cuyo mantenimiento en el poder garantiza y nada más, sin que ni las clases populares ni el país puedan disfrutarla (la renta no se invierte en el desarrollo económico). En otros casos —los países del Golfo— la renta alimenta simplemente el mercado financiero mundializado controlado por los oligopolios imperialistas. Estos modos de utilización de la renta por parte de los Estados prebendados o de los regímenes arcaicos impotentes son perfectamente aceptables para el imperialismo dominante. Por el contrario, cuando la renta es puesta al servicio del desarrollo, aunque sea de tipo capitalista —como es el caso en los países emergentes— el conflicto se vuelve inevitable.

¿Es cuestionada la propia renta imperialista?

La parte visible de la renta imperialista —la que procede de la jerarquización de los precios de la fuerza de trabajo— es ya por ella misma gigantesca y mensurable si uno se quiere tomar la molestia de medirla. Esta parte solo puede ser confiscada por los países del Sur en la medida en que procedan a una desconexión —aunque sea relativa— y den la prioridad en su desarrollo a su mercado interior y a la satisfacción de las necesidades de sus clases populares. Entonces, y solo entonces, la postura anti-imperialista se articula con el inicio de una superación de las relaciones sociales capitalistas y emprende la larga ruta al socialismo.

La parte sumergida de la renta —el acceso a los recursos del planeta—, pese a no ser "mensurable" (porque este acceso se sale del campo de lo económico), no deja de ser decisiva. La batalla se centra en este caso en la afirmación de la soberanía de los países del Sur sobre estos recursos, combinada con su asignación prioritaria al desarrollo interno. Por medio de esta opción, los países del Sur

rechazarían someterse a la perspectiva del “apartheid a escala mundial” cuyo despliegue impone la lógica imperialista.

Si se emprende este camino, las victorias de las naciones del Sur crearían las condiciones para un cuestionamiento en el Norte del consenso basado en los beneficios extraídos de la renta imperialista. Los avances de los pueblos en el Norte son tributarios de la derrota de los Estados imperialistas en su confrontación con las naciones del Sur.

La renta imperialista está del mismo modo indisolublemente asociada a los monopolios de que se benefician los países imperialistas, en particular los relativos al acceso a las tecnologías (sobreprotegidas por las reglamentaciones de la OMC), a las comunicaciones y a las armas de destrucción masiva.

En conclusión

1

El análisis crítico de la realidad del mundo capitalista contemporáneo —el de hoy mismo—, así como los discursos elaborados sobre el mismo han de llevarse a cabo partiendo de un Marx leído como “sin orillas”, exigiendo pues a los “marxistas” que profundicen, corrijan —sí, que corrijan— y enriquezcan la obra por él iniciada —solamente iniciada— mediante la integración de todo lo que la historia del mundo real ha descubierto e inventado después.

Este análisis no puede llevarse a cabo a partir del pensamiento social y económico dominante, sean cuales sean las pretensiones de este a la cientificidad. Este pensamiento, incluso en sus mejores versiones, las que toman en consideración las evoluciones reales del sistema, sigue atrapado en una picota filosófica rigurosamente empirista. Cosa de la que por otra parte se enorgullece, y rechaza a Marx, a quien trata como si hubiese sido un metafísico que despreciase la realidad “empírica” constatable y constatada. Pero Marx no era un metafísico; la dialéctica materialista parte de la realidad, pero va más lejos. Este es el sentido de su postura crítica fundamental.

Sin duda el rechazo de Marx por parte del pensamiento burgués se ha visto facilitado por la confusión existente entre un Marx sin fronteras posible y el Marx de los marxismos históricos de las

escuelas de exégesis. Este rechazo ha repercutido en los propios "marxistas", fatigados de la dogmática de los marxismos de iglesia. Un buen número de ellos han tirado al bebé (Marx) al vaciar la bañera (los marxismos de iglesia).

Las cuestiones planteadas por los discursos postmarxianos, particularmente los discursos contemporáneos, abordan desafíos auténticamente reales, ya se trate de la democracia, del género, de la ecología o de otro tipo de realidades. Yo solo digo que tales discursos maniatan el tratamiento de estos verdaderos problemas con los grilletes de un método que esteriliza el alcance de los mismos. Conscientemente o no, estos discursos se dedican a legitimar unas respuestas al desafío que no ponen en cuestión las relaciones capitalistas en lo que estas tienen de esencial. Frente a estos discursos acrílicos, es indispensable oponer los análisis críticos que el marxismo sin fronteras permite desarrollar.

Por lo demás, la evolución del mundo y de la ciencia ha abierto nuevos campos de reflexión desconocidos en tiempos de Marx. El psicoanálisis es un ejemplo entre otros.

Los conocimientos relativos al pasado de las sociedades humanas no tienen punto de comparación con lo que de ellas se sabía en el siglo XIX. Las ciencias nucleares y la biociencia no existían en tiempos de Marx. El marxismo sin fronteras no puede ignorar todo esto; puede y debe restituirle toda la fuerza de su sentido, enriquecer a Marx, corregirle si es preciso, "someter al marxismo a una crítica marxista permanente". El marxismo sin fronteras —la dialéctica materialista— no ignora ninguna realidad, ninguna transposición de esta a la esfera de las ideas. Esta dialéctica parte de esta realidad y de nada más.

Marx no compartía la visión "eurocéntrica media" (la dominante en el siglo XIX. Se situaba, al contrario, entre los menos eurocéntricos de los grandes pensadores de su época. Dotado de una curiosidad científica sin fronteras, de una inteligencia precisa y de la mayor finura, y también de un profundo humanismo y de una intuición excepcional, Marx "presintió" muchos desafíos que en su época eran todavía invisibles. Por ejemplo, en su enfoque de la relación mantenida por la sociedad (capitalista) con la naturaleza (relación que él vio como destructora mucho antes de su redescubrimiento por parte de los ecologistas contemporáneos). Por ejemplo, en la simpatía hacia las sociedades llamadas "primitivas" (algo rarísimo en su época, con la excepción de dos o tres ancestros fundadores de la antropología ignorados por la opinión pública dominante), simpatía expresada en particular por Engels.

Pero Marx permanece de algún modo prisionero del eurocentrismo; y esto no es ni extraño ni escandaloso. Su visión del despliegue mundializado del capitalismo era en líneas generales el de una "recuperación" del retraso por parte de los recién llegados al mismo, aunque, precisamente por esta razón, hubiesen sido conquistados y colonizados. Los escritos de Marx sobre la India son una buena prueba de ello. Del mismo modo que esta espléndida intuición le hizo imaginar que la última expedición enviada a China se encontraba con un gallardete en el que podía leerse "Aquí comienza la República burguesa de China".

Como ya he dicho en la introducción de esta obra, mi lectura de Marx me había dejado siempre insatisfecho por lo que respecta a esta importante cuestión. Y por esta razón los esfuerzos por mí desplegados desde hace unos cincuenta años se han centrado en este desafío: enriquecer a Marx mediante la toma en consideración

de este hecho gigantesco, que el capitalismo realmente existente, en su despliegue mundializado, ha producido, reproducido y profundizado constantemente la polarización centros/ periferias.

Me atrevo a decir que este hecho gigantesco determina todas las luchas y conflictos sociales y políticos, a todas las escalas, tanto nacionales como mundial. Entiendo por ello que las luchas sociales que enfrentan a todas las clases explotadas por el capital (en la diversidad de formas de dicha explotación), por un lado, y los conflictos entre los poderes establecidos en los centros y en las periferias, por otro lado, se imbrican y se condicionan mutuamente. La reducción de esta realidad, indisociable de la polarización producida por la expansión mundial del capitalismo, a la simple afirmación de la determinación "en última instancia" por las luchas de clases que oponen capital y trabajo, excluye del campo del debate las cuestiones difíciles, las verdaderas cuestiones. Su reducción simétrica al conflicto de poderes, tal como lo analiza la geopolítica de las naciones, no es mucho mejor.

La cuestión difícil es la relativa a las perspectivas que abren —o que cierran— las luchas de los pueblos (en el sentido de las clases populares), las naciones (en el sentido de las realidades históricas que han desarrollado una personalidad propia) y de los Estados (en el sentido de los poderes ejercidos en nombre de estas naciones por las clases dirigentes instaladas en el poder).

¿Abren estas luchas la perspectiva de una "recuperación" posible en el capitalismo con los medios del capitalismo? En este caso, la tesis de las "etapas del crecimiento" se vería finalmente confirmada, no ciertamente por las virtudes del desarrollo tranquilo de la "mundialización", sino a través del combate incesante y renovado contra las formas de esta, productoras de la asimetría centros/periferias. Dicho de otro modo, la dimensión anti-imperialista de estas luchas no implicaría el rechazo de la solución capitalista, sino más

bien lo contrario, es decir, la adhesión a esta que las naciones en cuestión pretenderían y lograrían imponer a las potencias imperialistas.

O bien es posible que estas luchas no abran en absoluto el camino real de la "recuperación" dentro del sistema. Mi tesis es que esta no es objetivamente posible. Si lo fuera, ninguna fuerza, ninguna ideología, ningún proyecto cultural sería capaz de obstaculizar seriamente su marcha. Pero si en cambio este camino está cerrado —como yo creo— las luchas anti-imperialistas y los combates por "otro sistema social" (en última instancia una perspectiva socialista) se solapan. Y este solapamiento tiene su reflejo en una competencia por la "dirección" de los frentes políticos anti-imperialistas entre los poderes de clase establecidos, que aspiran "naturalmente" a expandirse en forma de burguesías nacionales y a imponer su participación igual en la configuración del porvenir del mundo, por un lado, y los bloques históricos alternativos complejos centrados en diversos grados en las clases populares, con toda la diversidad de sus expresiones, por otro.

Considero pues que esta cuestión difícil, y las respuestas de hecho que se le han dado, ha determinado en lo esencial el desarrollo de la historia del siglo XX y seguirá determinándolo durante el siglo XXI.

3

Con el despliegue de la crisis de la mundialización imperialista que ha gobernado las últimas décadas, la puesta en cuestión de la dimensión imperialista del capitalismo está a la orden del día por segunda vez en la historia contemporánea.

La primera vez fue al terminar la Segunda Guerra mundial.

A partir de 1947 la potencia imperialista dominante de la época, Estados Unidos, proclamó la división del mundo en dos esferas, la del "mundo libre" y la del "totalitarismo comunista". La realidad que representaba el tercer mundo era absolutamente ignorada, y se consideraba que este tenía el privilegio de pertenecer al "mundo libre" por cuanto "no era comunista"; y se consideraba que la "libertad" no era sino la del despliegue del capital, con el más absoluto desprecio de la realidad de la opresión colonial o semicolonial. El año siguiente, Zhdanov, en su famoso informe (de hecho Stalin), que está en el origen de la instauración del Cominform (forma atenuada del renacimiento de la Tercera Internacional), dividía igualmente el mundo en dos esferas, la esfera socialista (formada por la URSS y la Europa del Este) y la esfera capitalista (el resto del mundo). El informe ignoraba las contradicciones que, en el seno de la esfera capitalista, enfrentan a los centros imperialistas con los pueblos y naciones de las periferias implicados en las luchas por su liberación.

La doctrina Zhdanov perseguía un objetivo prioritario: imponer la coexistencia pacífica y paliar de este modo los ardores agresivos de Estados Unidos y de sus aliados subalternos europeos y japoneses. En contrapartida, la Unión Soviética aceptaría adoptar un perfil bajo, absteniéndose de inmiscuirse en los asuntos coloniales que las potencias imperialistas consideraban asuntos internos. Los movimientos de liberación, incluida la Revolución China, no fueron apoyados con entusiasmo en esa época y se impusieron por sí mismos. Pero su victoria (en particular, evidentemente, la de China) introdujo cambios importantes en las relaciones de fuerza internacionales. Moscú solamente se hizo cargo de su envergadura después de Bandung, lo que le permitió, merced a su apoyo a los países en conflicto con el imperialismo, romper su aislamiento y convertirse en un actor de primer orden en la escena mundial. En

cierto modo se puede decir que la transformación más importante en el sistema mundial fue el resultado de este primer "despertar del Sur". Sin el cual, por otra parte, no es posible comprender la afirmación ulterior de las nuevas potencias "emergentes".

El informe Zhdanov fue aceptado sin reservas por los partidos comunistas europeos y por los de la América Latina de la época. Por el contrario, encontró casi inmediatamente resistencias entre los partidos comunistas de Asia y de Oriente Medio. Resistencias disimuladas con el lenguaje de la época, en el que se afirmaba siempre "la unidad del campo socialista" alineado detrás de la URSS, pero que iban a tomar cuerpo abiertamente a medida que se desarrollaban las luchas por la reconquista de la independencia, especialmente después de la victoria de la revolución china (1949). La historia de la formulación de la teoría alternativa que concedía toda su importancia a las iniciativas independientes de los países de Asia y África, que iba a cristalizar posteriormente en Bandung (1955) y en la constitución del Movimiento de los No Alineados (movimiento calificado a partir de 1960 de Asia-África más Cuba) no ha sido jamás escrita, que yo sepa, y está enterrada en los archivos de algunos partidos comunistas (los de China, India, Indonesia, Egipto, Irak, Irán y tal vez algunos más).

Yo puedo sin embargo aportar un testimonio personal respecto a esta historia, ya que tuve la fortuna de participar, desde 1950, en uno de los grupos de reflexión formado por comunistas egipcios, iraquíes, iraníes y otros. La información relativa al debate chino, inspirado por Chu En-lai, solamente llegó a nuestro conocimiento gracias al camarada Wang (el vínculo con la revista *Révolution*, en cuyo comité de redacción yo participaba) mucho más tarde, en 1963. Supimos entonces que Chu En-lai había dicho: "Pensad por vosotros mismos, independientemente de cualquier otra opinión". En lenguaje diplomático una frase de todos modos diáfana. Nos llega-

ban también ecos del debate indio y de la ruptura que había provocado, afirmada más tarde por la construcción del CPM. Sabíamos que los debates en el seno del PC indonesio y en el de Filipinas se desarrollaban siguiendo líneas paralelas.

Esta historia tendrá que escribirse. Pues hará comprender que Bandung no salió directamente de la cabeza de los dirigentes nacionalistas (Nehru y Sukarno en particular, y todavía menos de Nasser) como dan a entender los escritos contemporáneos, sino que fue el fruto de una crítica radical de izquierda llevada a cabo en el interior de los partidos comunistas. La conclusión común de estos grupos de reflexión se resumía en una frase: a escala mundial el combate contra el imperialismo reúne fuerzas sociales y políticas cuyas victorias son decisivas en la apertura de los avances socialistas posibles en el mundo actual.

Esta cuestión dejaba abierta la cuestión central: ¿quién “dirigirá” estas batallas anti-imperialistas? Para simplificar: ¿la burguesía (entonces llamada nacional) a la que los comunistas habrían tenido que apoyar, o un frente de las clases populares “dirigido” por los comunistas y no por las burguesías (anti-nacionales de hecho)? La respuesta a esta pregunta ha sido fluctuante y a veces confusa. En 1945 los partidos comunistas implicados se habían alineado con la conclusión que Stalin había formulado: las burguesías de todo el mundo (alineadas con Estados Unidos tanto en Europa como en los países coloniales y semi-coloniales, para utilizar la terminología de la época), “tiran a la basura la bandera nacional” (frase de Stalin) y por tanto los comunistas son los únicos que pueden formar un frente unido de las fuerzas que se oponen a la sumisión al orden americano imperialista/capitalista. Esta conclusión coincidía con la de Mao, formulada en 1941 pero que solamente conocimos más tarde, en 1952, cuando se tradujo su obra *La nueva democracia* a las lenguas occidentales. La tesis sostenía que para la mayoría de

los pueblos del planeta la larga ruta hacia el socialismo solamente podía abrirla “una revolución democrática nacional, popular, anti-feudal y anti-imperialista (términos de la época) dirigida por los comunistas”. Y de manera velada podía leerse: otros avances socialistas no están a la orden del día en otros lugares, es decir, en los centros imperialistas. Solamente podrán producirse en estos después de que los pueblos de las periferias hayan infligido derrotas importantes al imperialismo.

El triunfo de la revolución china confirmaba esta conclusión. Los partidos comunistas del Sudeste de Asia inauguraban en Tailandia, en Malasia y en las Filipinas en particular, guerras de liberación inspiradas en el modelo vietnamita. Más tarde, en 1964, Che Guevara propondrá, en la misma línea de pensamiento, “uno, dos, tres Vietnams”.

Las propuestas de vanguardia de las iniciativas de los “países de Asia y África” independientes y anti-imperialistas formuladas por los grupos comunistas de reflexión fueron precoces y precisas. Pueden encontrarse en el programa de Bandung y del no alineamiento cuya presentación ordenada hice yo mismo en *L'Éveil du Sud*. Estas propuestas estaban centradas en la reconquista necesaria del control de los procesos de acumulación (el desarrollo autocentrado y desconectado).

Pero he aquí que estas propuestas son adoptadas (yo diría voluntariamente *high jacketed*)*, si bien al precio de considerables diluciones en determinados países, a partir de 1955-1960, por el conjunto de las clases dirigentes que estaban en el poder en los dos continentes. Y resulta que al mismo tiempo todas las luchas revolucionarias dirigidas por los partidos comunistas en el Sudeste Asiático son derrotadas (excepto en el Vietnam, por supuesto). ¿Y

* Con fuerte limitación. En inglés en el original (*Nota del T.*)

entonces? La conclusión que pareció imponerse fue: la “burguesía nacional” todavía no ha agotado su capacidad de combate anti-imperialista. Esta misma conclusión fue la que sacó la Unión Soviética, que decidió apoyar el frente de los no alineados, mientras que la tríada imperialista les declaraba la guerra abierta.

Los comunistas de los países implicados se dividieron entonces en dos tendencias y se enfrentaron en una serie de conflictos lamentables y a menudo confusos. Unos opinaban que había que “apoyar” a los poderes establecidos enfrentados al imperialismo, si bien este apoyo tenía que ser “crítico”. Moscú llevaba el agua a su molino inventándose la tesis de la “vía no capitalista”. Otros conservaban lo esencial de la tesis maoísta según la cual solamente el frente de las clases populares independientes de la burguesía podía llevar a buen puerto el combate contra el imperialismo. El conflicto entre el PC chino y la Unión Soviética, visible desde 1957 y abiertamente pregonado desde 1960, confirmaba evidentemente esta segunda tendencia entre los comunistas asiáticos y africanos.

Pero he aquí que, a su vez, el potencial de Bandung se agota en unos quince años, recordando, si es que era necesario hacerlo, los límites de los programas anti-imperialistas de las “burguesías nacionales”. Se habían creado ya las condiciones que permitían la contraofensiva del imperialismo, la re-compradorización* de las economías del Sur, e incluso, para las más frágiles, su recolonización.

Sin embargo, y como desmintiendo este retorno impuesto por los hechos a la tesis de la impotencia definitiva y absoluta de las burguesías nacionales –según esta versión Bandung no habría sido más que un “paréntesis pasajero” inscrito en la guerra fría–, algunos países del Sur, en el marco de esta nueva mundialización dominada

* Vuelta a economías compradore.

por el imperialismo, consiguen imponerse como “emergentes”. Pero emergentes ¿en qué sentido? ¿En el de mercados emergentes abiertos a la expansión del capital de los oligopolios de la tríada imperialista, o en el de naciones emergentes capaces de imponer una revisión seria de los términos de la modernización en cuestión y de reducir el poder que en él ejercen los oligopolios y recentrar la acumulación en su propio desarrollo nacional? La cuestión del contenido social de los poderes establecidos en los países emergentes (y en los demás países de la periferia), de las perspectivas que esto abre o cierra está pues de nuevo a la orden del día del debate ineludible sobre lo que será –o podría ser– el mundo “después de la crisis”.

La crisis del capitalismo imperialista tardío de los oligopolios generalizados, financiarizados y mundializados está abierta. Pero antes incluso de que entre en la nueva fase inaugurada por el hundimiento financiero del 2008, sus pueblos habían iniciado la salida de su letargo posterior al agotamiento de la primera ola de sus luchas por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos.

América Latina, que había estado ausente en la era de Bandung (pese a los esfuerzos de Cuba con la Tricontinental), parece incluso esta vez haber tomado la delantera.

En unas condiciones ciertamente nuevas en muchos aspectos importantes, las mismas cuestiones que se planteaban en los años 50, vuelven a estar a la orden del día. El Sur, como se dice hoy (los países emergentes y los demás) ¿será capaz de tomar iniciativas estratégicas independientes? ¿Serán las fuerzas populares capaces de imponer transformaciones en los sistemas del poder que permitan realizar avances consecuentes? ¿Podrán tenderse puentes entre las luchas anti-imperialistas y populares del Sur y los progresos de la conciencia socialista en el Norte?

Me abstendré de proponer aquí respuestas rápidas a estas difi-

ciles cuestiones que solamente el desarrollo de las luchas puede zanjar. Sin que ello signifique que subestime la importancia de los debates en los que han de implicarse los intelectuales radicales de nuestra época ni de las propuestas que de ellos puedan deducirse.

Las conclusiones a las que habían llegado desde los años 1950 los grupos de reflexión de la época formulaban el desafío en términos que después han seguido siendo fundamentalmente los mismos: los pueblos de las periferias tienen que comprometerse en construcciones nacionales (sustentadas en los planes regionales y en los del Sur en su conjunto) autocentradas y desconectadas; solo podrán avanzar por esta vía inscribiendo sus luchas en una perspectiva socialista; para ello tendrán que desembarazarse de las ilusiones de la falsa alternativa, la de la "recuperación de su atraso" dentro del sistema capitalista mundializado. Bandung dio cuerpo a la opción independiente dentro de los límites que puso de manifiesto la historia de su despliegue.

¿Podrán ser mejor las cosas en el momento actual con el inicio de un "segundo despertar del Sur"? Y sobre todo ¿será posible esta vez construir convergencias entre las luchas del Norte y las del Sur? Pues estas habían brillado cruelmente por su ausencia en la época de Bandung. Los pueblos de los centros imperialistas se acabaron alineando finalmente detrás de sus clases dirigentes imperialistas. El proyecto socialdemócrata de la época era difícil de imaginar sin la renta imperialista de la que se beneficiaban las sociedades opulentas del Norte. Bandung y el No Alineamiento no se vieron en estas circunstancias más que como un episodio de la guerra fría, incluso tal vez "manipulado" por Moscú. La dimensión real de esta historia de la primera ola de emancipación de los países de Asia y África, que había conseguido convencer a Moscú para que les diera su apoyo, se les escapaba.

El desafío —la construcción de un internacionalismo anti-im-

perialista de los trabajadores y de los pueblos— sigue en pie.

La adhesión al pensamiento de un Marx sin fronteras no proporciona automáticamente una "bola de cristal" que permita hacer previsiones infalibles. Tampoco proporciona una "teoría justa" desde la que proponer estrategias infalibles y eficaces (tenemos un buen ejemplo de ello en los virajes de los juicios formulados por los comunistas respecto al proyecto de Bandung), sino solamente unas herramientas de análisis mejores que las demás. Pensar de otro modo es ciertamente no pensar "como un marxista". Pues lo que Marx nos enseñó fue precisamente que los caminos de la historia los trazan los resultados de las luchas y los conflictos; no hay historia escrita antes de la historia. Marx nos enseñó también que las contradicciones más violentas hallan su solución o bien en la superación de un sistema que se ha vuelto obsoleto, o bien en la autodestrucción de la sociedad. Hoy más que nunca los términos de la alternativa están claros: socialismo o barbarie. Hoy más que nunca el capitalismo aparece como lo que es: un paréntesis en la historia, en el que la prosecución de su desarrollo solo puede llevar a la muerte.

Creo, sin embargo, que hay buenos motivos para pensar que las naciones de Asia, África y América Latina (¡una "minoría" que constituye el 80 por ciento de la humanidad!) saldrán adelante y conseguirán, mediante lo que yo llamo la "segunda ola del despertar del Sur", poner fin a la renta imperialista. Creo igualmente que hay buenos motivos para pensar que los pueblos del Norte —que no son "por naturaleza" unos diablos malvados—, una vez privados de las ventajas de esta renta que les ha hecho aceptar hasta ahora los términos de una adhesión "consensual" pro-imperialista, serán capaces de constituirse en bloques históricos alternativos abiertos a la perspectiva socialista. El monopolio reforzado de los poderes de la plutocracia que los gobierna no es necesariamente estabilizable.

Sin duda el escéptico nos dirá que estamos lejos de haber entendido estos caminos. No se ve que en el Norte se estén constituyendo frentes anti-plutocráticos /anti-imperialistas. Tampoco se ve que las fuerzas políticas que expresan los intereses de las clases populares sean hoy capaces de “derribar” a los poderes establecidos en el Sur. En conjunto, los movimientos de lucha y de protesta todavía están fragmentados y a la defensiva, tanto en el Norte como en el Sur. Por este motivo la capacidad de iniciativa sigue estando monopolizada por el poder establecido, que ocupa el primer plano en solitario tanto en el Norte como en el Sur (Samir Amin, site Pambazuka, 25/10 y 14/11 de 2009). Pero el optimismo de la voluntad, como decía Gramsci, se basa en la posibilidad de superar estos estadios primitivos de la confrontación.

4

El análisis riguroso de los desafíos es un requisito previo ineludible a la definición de estrategias potencialmente eficaces para cambiar las cosas y construir un mundo mejor. Este análisis será siempre difícil, y ninguna “teoría” proporciona garantías contra el riesgo de cometer errores. La libertad de pensamiento es el único medio con el que se puede reducir los peligros. Ningún modo de análisis tiene derecho a otorgar el monopolio del “pensamiento justo” (la ortodoxia es siempre religiosa). Ni siquiera en nombre de una lectura de un Marx sin orillas. Pero todavía menos en el de un pensamiento moral o religioso cualquiera. O en el de una filosofía que pretendiera que solamente con su unión y su práctica los seres humanos “transforman el mundo”, como si estos seres ya fueran libres y estuvieran emancipados, cuando en realidad todavía están en gran parte formateados por el sistema que los engloba, aunque piensen ser ad-

versarios críticos del mismo. Por mi parte yo abogo por una exigencia de gran rigor. Y con este espíritu considero que la dialéctica materialista, que integra el conflicto de las ideas en su tratamiento de la realidad, es más rigurosa que otras formas de pensamiento.

Los discursos humanistas y éticos no pueden sustituir esta exigencia de rigor. No basta con decir “queremos una sociedad basada en la solidaridad y no en la competencia”, “queremos una sociedad basada en el respeto de la naturaleza”, “queremos una sociedad basada en el respeto de los derechos de los pueblos”. Todo esto no serán más que buenos deseos en tanto en cuanto las exigencias de un avance valiente por el camino abierto por el pensamiento crítico, el de un Marx sin fronteras en particular, no hayan conquistado el mundo diversificado de los militantes de “otro mundo posible”. El sermón moral y religioso que participa de la ideología dominante —la de las clases dominantes— está destinado a encerrar en la impotencia la protesta de las víctimas, como lo demostró claramente Gramsci y como lo ilustra la cultura política de Estados Unidos, basada precisamente en el sermón religioso. Y para responder a las protestas de nuestro tiempo existen ya proyectos de “economía solidaria”, de fundamentalismo ecologista, de llamadas a sustituir un laicismo radical por la tolerancia religiosa, e incluso de un capitalismo verde.

Postfacio

En la introducción a esta obra he recordado que la lectura de *El Capital* me había entusiasmado pese a que también me había dejado insatisfecho respecto a la génesis del “subdesarrollo” de Asia y África. Y que todos los esfuerzos de análisis que he hecho desde entonces —durante medio siglo— han estado enfocados a tratar de colmar esta laguna. A mi modo de ver la obra de Marx estaba inacabada.

Yo no he sido ciertamente el único en darse cuenta. El propio Marx escribió: “El conjunto de este trabajo se divide en seis libros: 1º) el capital; 2º) la propiedad de la tierra; 3º) el trabajo asalariado; 4º) el Estado; 5º) el comercio internacional; y 6º) el mercado mundial. La cita está sacada de la carta que escribió Marx a Lassalle fechada el 22 de febrero de 1858 y que se menciona en el prefacio a la primera edición (en alemán y en ruso) de los *Grundrisse* (Instituto Marx-Engels-Lenin, Moscú, noviembre de 1939), publicada en francés por Anthropos en 1967 con el título de *Fondements de la critique de l'économie politique*, página v.

Ahora bien, como se sabe, de este vasto programa Marx solamente publicó en vida el primer libro de *El Capital*, Engels los manuscritos (casi acabados) de los Libros II y III (que cubren en parte los temas de la propiedad de la tierra y el trabajo asalariado)

y Kautsky las notas de un Libro IV que cubre la historia de las teorías sobre la plusvalía. Los Libros IV, V y VI que tenían previsto ocuparse del Estado y del sistema del capitalismo mundializado nunca fueron escritos.

Yo interpreto estos “silencios” de la obra inacabada *El Capital*. Tomo prestada esta afortunada expresión a Michael Leibowitz, autor de *Following Marx* (Historical Materialism Book Series, nº 20, Brill, Leiden 2009).

El Capital, a mi modo de ver (y al modo de ver de Leibowitz y probablemente de otros como el inglés E. P. Thompson) disecciona (“deconstruye”) la lógica del capital y para hacerlo produce una crítica de la economía política (subtítulo de *El Capital*), y entiéndase el término “crítica” no como la sustitución de una “economía mala” (o por lo menos imperfecta) por una “economía buena”, sino como la identificación del estatuto de la economía política, fundamento de la ideología burguesa (en el sentido noble del término).

Esta operación de disección permite a Marx hacer visible lo que se oculta en la economía política: el valor y la plusvalía que solamente emergen en forma de precios y de beneficios. La operación es fundamental. Sin ella, no es posible captar la realidad del capitalismo, que se presenta entonces como un “sistema” racional de gestión de la producción.

Marx se proponía, pues, completar este aspecto del análisis del capital con un libro sobre el trabajo asalariado (el Libro III de la carta a Lassalle). En él Marx se había propuesto introducir la nueva lucha de clases (la del proletariado asalariado contra la burguesía capitalista) en la construcción no de una “economía política”, sino en la de un “materialismo histórico” (o de una “historia materialista”, y digo bien “materialista”, evidentemente no “economista”). Pues el trabajo asalariado no es un “dato de la naturaleza”. El ser humano trata de escapar del mismo cuando puede hacerlo.

Marx lo dice de paso al tratar de la “nueva colonización” (la correspondiente a la población de América del Norte): la reproducción “natural” del obrero asalariado topa con el handicap que constituye su huida y su establecimiento en las tierras conquistadas en calidad de arrendatario independiente. La emancipación de quienes son, en el capitalismo, trabajadores asalariados, subordinados al capital (y explotados por él), pasa por la abolición del trabajo asalariado (el comunismo), no por la “gestión humana” del mismo. Los fragmentos del análisis del trabajo asalariado publicados en los libros de *El Capital* (enriquecidos por lo que Marx y Engels escribieron en sus artículos periodísticos y en su correspondencia) revelan claramente la intención que los guía. Pero no hay más, y este “silencio” habría sido muy probablemente corregido en el Libro III, que no llegó a ver la luz.

Puede decirse aproximadamente lo mismo del Libro II sobre la “propiedad de la tierra”. El capitalismo no ha sido el producto de una “invención teórica de la Razón”, como pensaba la Ilustración. El capitalismo se fue construyendo —primero gradualmente y finalmente impuso su dominación— mediante las luchas sociales de la burguesía naciente contra el Antiguo Régimen, en unas condiciones históricas muy concretas, de época y de lugar, por lo demás específicas de cada país. Yo siempre he dicho que eran contradicciones de idéntica naturaleza las que se daban en todas partes, desde China hasta el Oriente Medio islámico. Remito al lector a mis contribuciones a los debates relativos a la “historia global” y a las “mundializaciones”, a mi libro *Classe et Nation* y a mi crítica precoz del eurocentrismo. Pero este debate solo nos concierne aquí de un modo indirecto. La propiedad territorial en discusión en Marx se caracteriza por la transformación de la propiedad feudal (con derechos superpuestos de los señores y de los campesinos, siervos o libres) en propiedad burguesa absoluta. Marx insiste en esta transforma-

ción, que él analiza con algún detalle en sus escritos publicados (los libros que forman parte de *El Capital* y otros escritos). Lo que Marx deduce de ello respecto a la renta de la tierra lo he retomado yo mismo en esta obra y lo he desarrollado más, e incluso “corregido” (Véase el capítulo dedicado a este tema).

Pero es solamente en las *Formen* donde aborda Marx la misma cuestión en lo que respecta a las otras sociedades —las “asiáticas”. Sus escritos sobre *Las formas precapitalistas de la producción* (más conocidos como las *Formen*) —uno de los manuscritos de Marx de 1857-58— solo fueron publicados tardíamente (como complemento de los *Principios de una crítica de la economía política*) por Maximilien Rubel, y reproducidos más tarde en una publicación del CERM (el Centre d'Études et de Recherches Marxistes del Partido Comunista francés). Yo rechacé estas propuestas, que por otra parte Marx ni desarrolló ni publicó. El Libro II, si hubiese sido escrito, habría contribuido muy probablemente a esclarecer la cuestión. Pero no podemos realmente saberlo.

Si bien el Libro IV, el referente al Estado, tampoco ha sido escrito, es posible, y sobre este tema mejor que sobre otros, conocer el pensamiento de Marx. El Estado burgués es un “comprimido” de su economía, como lo formuló Lenin. Entiendo por ello no que se trate solamente del “Estado del capital” (“al servicio del capital”), sino en el sentido de que también es el que administra el “todo”, es decir, que transgrede la multiplicidad de los capitales igual que transgrede la gestión del trabajo asalariado por parte de los capitalistas. Es posible que si Marx hubiese escrito el Libro IV nos hubiese dicho más cosas al respecto de este tema, yendo más allá de sus análisis concretos de situaciones concretas —en particular de las relativas a la historia política de la Francia del siglo XIX, desde la revolución de 1848 a la Comuna. Yo he hecho una serie de propuestas relativas a una posible teoría del Estado (de clase) de las sociedades anteriores

al capitalismo (las que yo he calificado de “tributarias”), poniendo el acento en el vuelco de la relación entre lo político y lo económico que acompaña a la sustitución del Estado tributario por el Estado burgués (referencias: *Le Développement inégal*, 1973; *L'Eurocentrisme*, 1989).

Mis trabajos se han centrado principalmente en los Libros V y VI anunciados en la carta a Lassalle. La primera observación que hago respecto a estos dos libros es que parecen escindir en dos la cuestión, planteada primero en términos de “comercio internacional” —Libro V— y después en los de “mercado mundial” —Libro VI. Curioso a primera vista. Yo he seguido sin embargo los pasos de Marx sobre este tema. Propuse primero una contribución a los debates relativos al “intercambio desigual” (1973) en la que preciso que el intercambio en cuestión pone en relación “países” caracterizados por un abanico de precios de la fuerza de trabajo (los salarios reales) más amplio que el relativo a las productividades del trabajo social (tomado en el sentido que da Marx a este concepto, diferente del de la “productividad del factor trabajo” de las economías burguesas). Pero este intercambio desigual (“Norte/Sur”, para simplificar) solamente constituye la parte visible del iceberg. El concepto de “renta imperialista”, central en la construcción de lo que yo llamo la ley del valor mundializada, implica la deconstrucción del todo que constituye “la economía capitalista mundializada”. Marx podría haberse visto llevado a hacer algunas propuestas en este campo si hubiese escrito el Libro VI (“el mercado mundial”). Pero evidentemente ya no podremos saber cuáles hubiesen sido.

La obra propuesta aquí ¿puede, pues, calificarse como “el Libro VI de *El Capital*”?

No, si se entiende por ello un ejercicio de “imaginación” relativo a lo que Marx hubiera podido escribir sobre el tema. Yo no propongo en esta obra una exégesis de los textos dispersos de Marx

relativos al "mercado mundial" (el sistema capitalista mundializado) para construir un Libro VI lo más cercano posible al que Marx hubiera podido escribir. Ignoro si habría descubierto la dinámica de la polarización o si, al contrario, habría constatado la existencia de una tendencia homogeneizante de los procesos de la mundialización. Yo propongo, a partir de mis análisis del desarrollo de la mundialización capitalista, una formalización abstracta de la ley del valor mundializada que prolonga la de la ley del valor. Por lo demás, pues, escribo esta especie de Libro VI de *El Capital* situándome deliberadamente en el mundo de hoy, no en el de 1875.

Corresponde al lector juzgar si esta teoría marxista del sistema capitalista mundial y de la ley del valor mundializada va por el buen camino, prolonga los trabajos de Marx y respeta su espíritu. En todo caso confío y deseo que esta publicación abra el debate sobre este tema.

Obras de Samir Amin en castellano

La acumulación a escala mundial: crítica de la teoría del subdesarrollo. Siglo XXI de España Editores (1974)

La crisis del imperialismo. Fontanella (1975)

Sobre la transición. Zero (1975)

Imperialismo y desarrollo desigual. Fontanella (1976)

Los Ángeles, United States of Plástica. Anagrama (1976)

Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales. Anagrama (1976)

Decadencia y crisis del capitalismo actual. Zero (1977)

El desarrollo desigual. Fontanella (1978)

Elogio del socialismo y otros escritos. Anagrama (1978)

Clases y naciones en el materialismo histórico. El Viejo Topo (1979)

Cuestión campesina y el capitalismo. Fontanella (1980)

El desarrollo desigual. Editorial Planeta DeAgostini (1986)

La desconexión, hacia un sistema mundial policéntrico. Instituto de Estudios Políticos para América Latina (1988)

El Mediterráneo en el mundo: la aventura de la transnacionalización. Instituto de Estudios Políticos para América Latina (1989)

El fracaso del desarrollo en África y en el Tercer Mundo: un análisis político. Instituto de Estudios Políticos para América Latina (1994)

Mundialización y acumulación. Anthropos (1995)

El hegemonismo de Estados Unidos y el desvanecimiento del proyecto europeo. El Viejo Topo (2001)

El capitalismo en la era de la globalización. Ediciones Paidós Ibérica (2002)

Globalización de las resistencias: el estado de las luchas. Icaria (2003)

Más allá del capitalismo senil: por un siglo XXI no americano. El Viejo Topo (2003)

La segunda guerra del Golfo: Irak. Editorial Hacer (2004)

Las luchas campesinas y obreras frente a los desafíos del siglo XXI: el porvenir de las sociedades campesinas y la reconstrucción del Frente Unido de los Trabajadores. El Viejo Topo (2005)

Neoimperialismo en la era de la globalización. Editorial Hacer (2005)

Por un mundo multipolar. El Viejo Topo (2006)

Poderes emergentes en Asia. Editorial Hacer (2007)

Por la Quinta Internacional. El Viejo Topo (2007)

El virus liberal: la guerra permanente y la norteamericanización del mundo. Editorial Hacer (2007)

El imperio del caos: la nueva mundialización capitalista. Instituto de Estudios Políticos para América Latina (2008)

Memorias. El Viejo Topo (2008)

La crisis: salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis. El Viejo Topo (2009)

El socialismo en el siglo XXI: reconstruir la perspectiva socialista: cuestiones para el debate. Instituto de Estudios Políticos para América Latina (2009)

Crisis financiera, económica, sistémica. Maia Ediciones (2010)

Modernidad, religión, democracia: crítica del eurocentrismo, crítica de los culturalismos. Instituto de Estudios Políticos para América Latina (2010)

¿Primavera árabe?: el mundo árabe en la larga duración. El Viejo Topo (2011)

Índice

Introducción: Marx sin fronteras	7
Capítulo I. El estatus fundamental de la ley del valor	19
1. Una ilustración simple del modelo	22
2. La realización del excedente y la función activa del crédito	35
3. ¿Es posible la acumulación en la hipótesis del estancamiento de los salarios?	35
4. De los precios de producción a los precios del mercado	41
5. El ineludible rodeo por el valor	42
6. Leyes económicas del capitalismo y lucha de clases De la economía política al materialismo histórico	59
7. ¿Ha sido superada la ley del valor?	66
Capítulo II. El capítulo del interés, la moneda y el Estado	71
Capítulo III. El capítulo de la renta de la tierra	81
Capítulo IV. La acumulación a escala mundial y la renta imperialista	93
1. La jerarquización mundializada de los precios de la fuerza de trabajo	96
2. El acceso desigual a los recursos del planeta	105

John Bellamy Foster
LA ECOLOGÍA DE MARX

Elmar Altvater
EL FIN DEL CAPITALISMO TAL Y COMO
LO CONOCEMOS

Karl Marx
SOBRE EL SUICIDIO

Jacques Bidet / Gérard Duménil
ALTERMARXISMO
Otro marxismo para otro mundo

Domenico Losurdo
CONTRAHISTORIA DEL LIBERALISMO

Arthur Rosenberg
DEMOCRACIA Y LUCHA DE CLASES
EN LA ANTIGÜEDAD

Ellen Meiksins Wood
EL IMPERIO DEL CAPITAL

Francisco Fernández Buey
MARX SIN ISMOS

Cive Pérez
¿QUÉ ES LA DESOBEDIENCIA CIVIL?
Preguntas (y respuestas) más frecuentes